

PATROCINIO FUENTES PÉREZ

VAL DE SANTO DOMINGO Y CAUDILLA



DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE TOLEDO

Patrocinio Fuentes Pérez nació en Val de Santo Domingo (Toledo) el 24 de abril de 1904. Sus primeros estudios los realizó en Torrijos. Por causa de una enfermedad y porque el cumplimiento de su servicio militar coincidía con la guerra de África, tuvo que marcharse a Buenos Aires (Argentina), acontecimiento que llevó como una gran cruz que le pesó durante todos los días de su existencia. Ya en esta ciudad se le despertaron ciertas inquietudes de tipo social que le animaron a alistarse en «Las Huestes Juveniles», con una actividad política que le hizo famoso y que, al mismo tiempo, le cerró las puertas para publicar su extensa obra, ya que fue vigilado y perseguido por las Fuerzas de Seguridad del país.

De ese modo siguió su vida hasta que conoció a Irene Reboredo, asturiana del concejo de San Tirso de Abres, que le enamoró intensamente y cambió su vida.

Tras una etapa difícil, entró a trabajar en los ferrocarriles, con tiempo libre para escribir las obras que componen *Cosas de España*, de las que sólo pudo publicar doce libros de los setenta que la forman. Pero no acaba aquí su obra, ya que también escribió novelas y teatro.

Murió el 28 de agosto de 1970, añorando, hasta última hora, regresar a su adorada y querida España.

Una gran parte de su obra, escrita en prosa y verso, está dedicada a la comarca de Torrijos, de la que cuenta interesantes leyendas del mismo Torrijos, así como de Val de Santo Domingo, Novés, Gerindote, Maqueda, Caudilla, Alcabón y Barcience, descubriéndonos el gran amor a su «pueblito» y a su tierra, demostrando con su lucha el recuerdo palpitante y amoroso hacia esta comarca, plasmando las costumbres, folklores y originales leyendas de todos estos pueblos.



Patrocinio Fuentes Pérez

VAL DE SANTO DOMINGO Y CAUDILLA



*Foto cubierta:
Vista de Val de Santo Domingo.*

**VAL DE SANTO DOMINGO
Y CAUDILLA**

Depósito Legal: TO-749-2008.

Imprime: Imprenta Provincial.
Plaza de la Merced, 4. Toledo

PATROCINIO FUENTES PÉREZ

**VAL DE SANTO DOMINGO
Y CAUDILLA**

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE TOLEDO
TOLEDO 2008

ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
PRÓLOGO	9
VAL DE SANTO DOMINGO	16
Los «Galleguiños»	19
Domingo y Saturnino	29
Don Francisco Morejón	37
Las golondrinas	45
El huerto del tío Estanislao	53
Penas del amor soñado	69
Los húngaros o bohemios	79
Amparito Ordax	85
El Venero	99
El tío Felipe y el duende	107
La muñeca rubia	115
CAUDILLA	131
La fuente	144
A las ruinas del castillo de Caudilla	145
La procesión	151
Gloria y pena del amor	153
El trovador ciego	169
OCASO INVERNAL	
Mujer española	207
A la iglesia	208
Doncellas de mi lugar: Encarnación	212
Tira de algarrobas	213
Romances de mis nostalgias	214
Ronda de niñas	216
Doncellas de mi lugar: Juana	218
Vendimia	219

Romances de mis amigos: Julián	220
Un cuento	221
Romance de la Noche Buena	222
Navidad	225
Doncellas de mi lugar: Justa	229
Las Huertas	230
Ascensión Pastor	231
Canciones del verano	233
Romances de mis nostalgias	235
Doncellas de mi lugar: Águeda	237
La siega	238
Romance de la dicha santa	239
A un cometa	241
Doncellas de mi lugar: Casilda	246
Sentir	247
A la casa de mis mayores	248
Canciones de septiembre	251
Doncellas de mi lugar: Ana	252
Deber	253
Romance de las vísperas	254
Santiago y Santa Ana	258
Doncellas de mi lugar: Fuencisla	267
Las espigadoras	268
Romances de mis amigos: Florencio	269
Domingos del estío	270
Romances de mis nostalgias	271
Doncellas de mi lugar: Concepción	273
Propiedad	274
Cantares del mozo triste	275
Doncellas de mi lugar: Carmen	277
Otoño	278
Preámbulo	279
Ocaso invernal	281
Anhelos de lo imposible	300
Gratitud	303

PRÓLOGO

En el año 1999 llegaron a nuestras manos más de cincuenta títulos inéditos de Patrocinio Fuentes Pérez que formaban parte de una colección titulada *Cosas de España*, que él mismo comenzó a publicar en Buenos Aires durante las décadas de 1940 y 1950.

Su empeño para lograr la publicación de la obra completa encontró toda serie de dificultades determinadas por su pasado ligado a diversas actividades de tipo social y político, a pesar del éxito y reconocimiento por parte de la crítica de la época de aquello que, a duras penas, había logrado publicar.

A consecuencia de estos problemas, la aparición de nuevos títulos se dilataba cada vez más en el tiempo, de forma que en la década de 1960 aparecieron los últimos libros pertenecientes a la colección que apenas rebasaba la mitad del contenido de la misma. En el año 1970 falleció Patrocinio, por lo que la colección quedó incompleta, circunstancia que desembocó en un letargo de más de treinta años que conducía inexorablemente al olvido del autor y su obra.

Sin embargo el destino hizo cambiar el final trágico de *Cosas de España*, al que sin duda estaba condenado, porque

nuestro empeño en seguir la investigación y búsqueda de esta obra encontró un nuevo horizonte cuando conseguimos contactar con Cándida Natalia Fuentes Reboredo, hija de Patrocinio, la cual nos proporcionó no sólo lo que pretendíamos sino, además, un preciado tesoro literario que ella guardaba celosamente: los títulos inéditos de su padre.

En ellos se guardan innumerables leyendas, tradiciones, costumbres y relatos no sólo de su pueblo natal, Val de Santo Domingo, sino de todos los del entorno, lo que nos permite descubrir a través de un verso fluido y fácil unas historias llenas de romanticismo junto a la nostalgia y el amor que Patrocinio derrama hacia su tierra, su pueblo y sus paisanos.

La generosidad de Cándida Natalia nos brindaba la posibilidad de rescatar de las sombras aquello que inevitablemente se perdería en el olvido. Al mismo tiempo sentíamos como depositaba en nosotros la responsabilidad moral de continuar el camino que había iniciado su padre. Compromiso que asumimos libre y voluntariamente, por eso desde ese mismo instante nuestro objetivo se centró en conseguir sacar a la luz esta obra y verla completa al fin, para que todos pudiéramos disfrutar de ella, y a la vez poder ver culminado el sueño dorado del autor, en el cual había depositado toda su ilusión y esperanza.

A pesar que la publicación de obras literarias sigue teniendo dificultades, hoy aparece un nuevo libro inédito de Patrocinio Fuentes, que continúa la estela de los dos ya publicados anteriormente. El primero en el año 2002 con el título *Novés y sus leyendas*, que nos permite redescubrir por primera vez al autor con la revelación de dos hermosas leyendas, «La mora y el cristiano», y «La cueva del nigromántico», además de otros relatos y poemas referidos

a esta localidad toledana, y el segundo libro publicado en el año 2004, con el título *Maqueda y sus leyendas*, donde se recopilan a su vez relatos y poemas referidos a esta noble localidad, a su patrona la Virgen de los Dados y a su castillo, en el cual sucede una hermosa leyenda compuesta de dos títulos, «El capitán arrogante» y «Los mártires del amor», que nos permiten descubrir narraciones extraordinarias sobre unos temas desconocidos que Patrocinio nos permite recuperar.

En este tercer libro, que aparece ahora, se muestra de nuevo una recopilación que recoge varios títulos inéditos del autor referidos esta vez a su querido pueblo natal, Val de Santo Domingo, en donde no deja de rememorar aquella infancia y primera juventud plagada de vivencias y anécdotas propias, revelándonos travesuras y chiquilleras que todos hemos vivido alguna vez, de alguna manera. En ellas vuelca todo su amor hacia sus paisanos y amigos a los que añora y no olvida, descargando toda la nostalgia de aquel tiempo pasado, tan lejano y tan feliz para él. Del mismo modo nos muestra toda la tristeza y amargura al saber que no volverá jamás a su pueblo, ni tampoco a ver a sus amigos.

Descubrimos a un Patrocinio que retrocede en el tiempo y nos traslada al inicio de su adolescencia a través de unos poemas nostálgicos en los que recuerda a sus paisanos y amigos, así como a los personajes que marcaron su infancia. A la vez rememora costumbres de antaño, como las que se celebraban en Navidad, esas que hoy son ya una reliquia porque han desaparecido prácticamente. Del mismo modo describe como se esperaba y se vivía la alegría de las vísperas y fiestas de Santiago y Santa Ana, que afortunadamente aún se conservan con bastante fidelidad a la tradicional costumbre.

Pero a la vez, esa vuelta al pasado, a los tiempos felices de juventud, a los recuerdos y vivencias pretéritas le arrastran al desánimo mostrándonos a un hombre cargado de años, triste, abatido, vencido por la enfermedad y resignado a su destino, derramando tristeza en su *Ocaso Invernal*, donde la mente le permite viajar y acudir a su pueblo sintiéndose derrotado y convertido en anciano para despedirse por última vez.

Nos relata en prosa ágil y detallada escenas tan comunes y corrientes de aquellos primeros lustros del siglo XX que se vivían en Val de Santo Domingo y, sin duda, en tantos pueblos del entorno, rescatando personajes, hoy ya obsoletos y olvidados como son los ateros, las espigadoras, los segadores gallegos, los bohemios llamados húngaros...

En el mismo libro se recogen las tradiciones de Caudilla, un pueblo desaparecido administrativamente y casi físicamente porque lo que hoy podemos observar no es más que un pueblo abandonado, con su fuente escondida y descuidada, luciendo los despojos de su iglesia violada y saqueada, las ruinas de su noble castillo cuya única torre que aún permanece en pie rodeada de piedras amontonadas, todavía desafía al tiempo orgullosa y altiva. Sin embargo, de nuevo gracias a Patrocinio, descubrimos la vida y costumbres de este pueblo con entidad propia que las vivió y sintió junto a sus tradiciones, además de haber sabido mantener orgulloso un castillo en donde ocurrieron bellas leyendas como la del Trovador Ciego, la cual rescatada para el recuerdo nos permite poder luchar contra aquello que el tiempo se empeña tenazmente en borrar.

Con el título de *Val de Santo Domingo y Caudilla* se fusionan las tradiciones y leyendas de dos pueblos que hoy

son uno solo y del que Patrocinio se sentiría igualmente orgulloso. Nosotros con esta nueva publicación, sentimos cómo se reconfortan nuestros corazones al poder comprobar cómo Patrocinio ha ganado otra batalla después de muerto, y cómo poco a poco, lentamente, con insistente goteo se va llenando el vaso de nuestras esperanzas de poder ver algún día publicada toda la colección *Cosas de España*, soñada por el autor.

Son ya muchos los títulos inéditos que han aparecido bajo el auspicio de la Excma. Diputación de Toledo, que también ha contado con la colaboración de distintos Ayuntamientos, aunque la lucha continúa porque aún quedan nuevos relatos y nuevas leyendas por descubrir, que no dudamos aparecerán porque nuestra ilusión y ganas permanecen, esa ilusión que debemos recordar una vez más se la debemos a Cándida Natalia Fuentes Reboredo, hija de Patrocinio, cuya generosidad hoy se ve recompensada con la aparición de este libro.

Segundo Benayas Gómez-Caro
Gregorio García-Nuero Illescas

VAL DE SANTO DOMINGO

LOS GALLEGUÑOS

La llegada del verano constituía un gratísimo acontecimiento en aquella comarca rural donde nació, verdadero remanso de sosiego y paz con cielos profundamente azules como la conciencia de los justos, y tierras fértiles y llanas que se extendían kilómetros y kilómetros sin que sobre su superficie se viera un árbol ni, mucho menos, un manantial de aguas cristalinas y frescas que tanto amenizan y embellecen los campos de otras regiones. Por eso, con excepción de las manchas oscuras que formaban los olivares y el límpido y estremecido verdor de los pámpanos que cubrían las extensiones de los viñedos, en el estío los trigales y cebadales en sazón a los que los vientos ondulaban suavemente arrancándoles un sin fin de melódicos murmullos, extendían sobre los campos inmensos y monótonos una deslumbradora túnica dorada, como si Dios derramara sobre los mismos pulverizado por los ángeles todo el oro que encerraba en sus depósitos celestiales.

Al finalizar la primavera todas o casi todas las actividades del pueblito como igualmente los afanes de sus moradores, parecían concentrarse por completo en los

campos fragantes y rumorosos repletos de magníficas promesas próximas a convertirse en espléndidas realidades. A mediados del mes de mayo ya cuando sobre la azulada profundidad de los cielos orientales la aurora, como una maravillosa rosa de Dios empezaba a entreabrir sus luminosos pétalos, entre las numerosas yuntas de los gañanes y la caravana de los cavadores que durante todo el año estaban entregados al cultivo de los campos, se veían salir a numerosas cuadrillas de mujeres ágiles y animosas a realizar la alegre tira de las algarrobas, que eran las primeras en madurar, poniéndose las tierras alegres, coloridas y bulliciosas como nunca cual si las fiestas del trabajo, la justicia y la honradez, empezaran a realizarse jubilosamente sobre ellas.

Muchas cosas concurrían a dar belleza, colorido, animación y alegría, a estos tiempos tan hermosos y deseados en que la pobreza y la tristeza, originadas por la forzosa y aburridora vagancia a que se veían condenados los humildes jornaleros durante los largos y fríos meses invernales por falta de trabajo, eran completamente desconocidas pues ante la llegada de estos tiempos tan activos y promisoros desaparecían instantáneamente como las cucarachas ante la luz, pero entre todas ellas figura una a la que deseo dedicar el presente artículo y ella era la llegada, en su paso hacia las tierras de Cáceres y Badajoz, de las cuadrillas de segadores compuestas por los honrados y sufridos «galleguiños» como cariñosamente les llamábamos.

Estos tan esforzados como humildes trabajadores que desde las húmedas y pintorescas tierras de Galicia venían a las altas y reseca de Castilla y Extremadura todos los años

a servir al mismo amo en las ásperas y penosas labores de la siega, entraban en mi pueblito poniendo en él un color tan bellissimo y simpático, como si con ellos llegaran entre ráfagas de júbilos y emociones, las músicas, las brisas y las encantadoras bellezas que tan hondamente caracterizan a la peregrina región que nacer les viera.

Cuando teníamos noticias de su proximidad, los chiquillos salíamos alegres y ansiosos a esperarles en los caminos. Venían en grupos compactos y heterogéneos, compuestos por seres que nos parecían de otro mundo. Sus mayores hombres completamente maduros ya y pisando muchos de ellos en los umbrales de la ancianidad, de cuerpos musculosos y ágiles, porte grave y patriarcal aspecto, resaltaban admirablemente sobre un conjunto de jóvenes y adultos en la plenitud de su vida física, entre los que marchaban algunos zagales tímidos y primerizos que les servían de ateros, los cuales contemplaban aquellas tierras tan monótonas y secas con asombrados ojos. como si les pareciera imposible que en campos tan llanos, ardorosos y tan desprovistos de árboles y manantiales, pudiera vivir la gente. Venían vestidos, como es lógico, a la usanza de su región. Un modesto sombrero de paja o de ordinario fieltro con una cinta que les pasaba por debajo de la barba cubría sus hermosas cabezas, completando su ligera vestidura con una camisa blanca de grueso lino cuyas mangas traían arremangadas hasta arriba de los codos, un pantalón de burdo paño sujetado en la cintura con una larga faja entre cuyas vueltas llevaban los avíos de fumar, el pañuelo y la bolsa de los cuartos calzando por último sus pies algunos, con las humildes alpargatas y otros con toscas almadreñas que nos parecían diminutas barcas, las cuales no nos

cansábamos de mirar. Traían así mismo colgada de sus hombros la bolsita con la ropa indispensable, algunos dentro de una funda de modesto paño la tierna y quejumbrosa gaita consoladora eterna de sus nostalgias, en la mano enfundadas con gruesos y ásperos cordeles las filosas y relucientes hoces con las que ganaban tan noblemente su honrado pan y así, con un cigarro de tabaco fuerte entre los labios, los sombreros colgados a la espalda, las camisas desabrochadas, los velludos pechos al descubierto y casi constantemente canturreando dulces y melancólicas canciones de su tierra, marchaban por caminos y carreteras hacia los lugares donde habían sido contratados.

Cuando llegaban a las proximidades de mi pueblo entre el numeroso grupo de chiquillos que desde mucho más atrás les veníamos acompañando con la más viva simpatía, se detenían un rato sacudiéndose el polvo y echando un cigarro que fumaban lentamente entre los más diversos comentarios sentándose en los bardales del camino, y cuando se decidían a reanudar la marcha los gaiteros desenfundando sus gaitas se ponían al frente y al son de la enternecedora e inspiradísima Alborada de Veiga, que todos empezaban a cantar con su lenguaje armonioso y dulce como el trinar de los pájaros en las amaneceres primaverales, entraban ruidosamente en el lugar estremeciéndole de inusitado gozo, quebrando su habitual monotonía e inundando el corazón de cuantos les contemplaban de tan dulces y líricas emociones, que les hacían soñar deliciosamente con los maravillosos países del ensueño y la ilusión. Permanecían casi siempre en el pueblito hasta el día siguiente reponiendo sus fuerzas y descansando de su larga caminata, concentrando durante su corta permanencia en él todas las

atenciones y simpatías de sus habitantes, muchos de los cuales eran antiguos amigos de los mayores, y su partida siempre dejaba en el fondo de nuestras almas sin saber precisar por qué, un poso de triste melancolía como si nos arrancaran de ella inesperadamente una de nuestras más hermosas ilusiones.

Cuando al finalizar sus labores volvían de regreso renegridos por los ardorosos rayos del sol que soportaron y enflaquecidos por los esfuerzos realizados que fueron largos y abrumadores, pues al trabajar por contrata cuanto antes terminaran de segar más prontamente regresarían a sus tierras, pero henchidos de benditas satisfacciones por tener ya en sus bolsillos el dinero tan honradamente ganado en la siega de los sembrados que cubrían las extensas y fértiles tierras castellanas y extremeñas y alegres, profundamente alegres y como rejuvenecidos ante la perspectiva de verse al fin muy pronto en sus aldeas tras de tan larga ausencia, hacia las que marchaban ansiosos y alborozados, deseosos de unirse a sus familias y de restituirse a sus naturales medios hasta el siguiente año, su permanencia en el pueblo entonces era de uno hasta tres días pues en el mismo esperaban a otros paisanos que estaban por terminar, realizando entonces en él en las primeras horas de la noche fiestas de tan acendrado y genuino sabor gallego, que me hacían soñar honda y deliciosamente con existencias bellísimas e ideales en mundos maravillosos, las cuales jamás podré olvidar. En ellas las muñeiras, alalás y toda esa riquísima gama tan extensa y variada de los cantos vernáculos de Galicia tan tiernos, tan dulces, tan frescos y conmovedores, vibraban con sus más hondos y emocionados acentos entre los gozos tan naturales y puros que la alegría y la virtud hacían brotar

en torrente del corazón de los esforzados galleguitos, y la admiración más profunda y cariñosa de los vecinos del lugar y así hasta la tarde profundamente triste y melancólica en que al son de la dulce e inseparable gaita, volvían a salir del lugar hacia los nativos lares impacientes y jubilosos, como cautivos al recobrar la libertad anhelada. Los chiquillos les acompañábamos largo trecho por el camino y la despedida última de ellos, no podía ser más triste.

A pesar de haber transcurrido ya más de diez lustros, recuerdo aún tan clara y perfectamente una, como si hubiera sucedido ayer. Cuando hicieron un alto en su marcha como acostumbraban para despedirse de nosotros diciéndonos cariñosamente que nos volviéramos ya porque estábamos lejos del pueblo y la noche se aproximaba, los demás chiquillos obedeciéndoles emprendieron el regreso hacia el lugar mientras que yo, tras de haber dado algunos pasos con ellos volviéndome a mirarles permanecí como clavado en la tierra inmóvil y silencioso viendo con íntima tristeza como los simpáticos galleguitos se alejaban cada vez más por el camino y en esto, el bondadoso e inconfundible tío Ramón, hombre campechano y jovial de unos sesenta y cinco años aproximadamente, expertísimo y querido mayoral de rostro curtido y bronceado cruzado por un largo y espeso bigote cuyas puntas caían hacia abajo, al que por el venerable aspecto de su semblante siempre comparé con uno de aquellos bíblicos patriarcas que tanta admiración y respeto me inspiraban, y el que en varias ocasiones al advertir el profundo arrobamiento con que escuchaba sus cantos y sus músicas, había hecho alusión al mismo en los más halagadores tonos, volviendo hacia nosotros su cabeza y verme en ese estado, sin poder contener los poderosos

impulsos de su corazón noble y generoso llegando hasta mi lado e inclinándose conmovido sobre mí, con el lenguaje de su tierra dulce, dulce y arrullador como los céfiros fragantes cuando en los líricos atardeceres del estío ondulan lenta y suavemente el trémulo y rumoso océano de los áureos trigales, me dijo textualmente:

—¿Por qué te quedas aquí, herrerito?... ¡Cómo se ve que nos quieres de verdad!... Yo también te quiero mucho, mucho sí aunque nunca te lo haya dicho... Siempre me pareciste distinto de los demás chiquillos... Tienes la carita triste y la expresión de asombro, como si constantemente estuvieras contemplando maravillosas cosas o escuchando la voz dulcísima de los celestiales ángeles... En las pupilas de tus ojitos de mirar amoroso y manso brillan las más halagadoras promesas, y bien sabe Dios con qué gozo te llevaría a vuestras tierras que aunque no son tan ricas y fértiles como estas, son muy pintorescas y hermosas, para que aprisionaras en ellos toda la variedad de sus bellezas que se entran honda y deliciosamente en el alma de cuantos las contemplan, como las bendiciones del Señor en el espíritu de los justos, de los mansos y de los buenos... Si dependiera solamente de mi voluntad, te llevaría a mi aldeita y a mi casa ahora mismo. Con el cariño con que trato a mis nietecitos te cuidaría a ti, y te volvería a traer al siguiente año seguro de haberte causado un inmenso bien, de que nunca te habrías de olvidar de nuestra bella y encantadora Galicia y mucho menos de este tío Ramón, de este viejo gallego que tanto te quiere y que tan bien comprende los hermosos sentimientos que están empezando a brotar en tu almita de niño bueno, inquieto y soñador... Vete herrerito vete, prosiguió diciendo ya con las pupilas húmedas de

llanto, vete que la noche va a llegar muy pronto, que el pueblo está distante y tu eres muy pequeñito aun... Yo te prometo traer el año que viene unas almadreñitas muy chiquititas y muy rebonitas, para que juegues con ellas, te las pongas en los pies y camines hasta que te canses... Te lo prometo de verdad, y por Dios te aseguro que no me olvidaré... Y dándome un largo, cariñoso y emocionado beso, tras obligarme cariñosamente a emprender el regreso a mi lugar, echó a andar hacia sus compañeros enjugándose las lágrimas que la ternura y el amor arrancado de lo más profundo de su alma mientras yo, después de haber andado un corto trecho, volviéndome de nuevo hacia ellos henchido de inexplicables sensaciones y con los ojos húmedos de llanto, les estuve contemplando hasta que desaparecieron en el camino a los compases de la conmovedora y célebre alborada, de esa inspiradísima canción que tan claramente refleja las bondades y hermosuras de la incomparable tierra meiga, como así mismo las inquietudes, las penas y alegrías de sus esforzados hijos.

Como es fácil de suponer, aquel año le pasé como soñando con las almadreñitas que me prometiera el tío Ramón. Me parecía mentira que iba a tener aquellos zapatos que se parecían a diminutas barcas para mi sólo, bonitos y chiquitos como mis pies para ponérmelos y caminar con ellos cuanto quisiera. Con la impaciencia mayor esperé la vuelta de los segadores gallegos y al aproximarse los tiempos de la siega y saber que los mismos se acercaban al pueblo, con la ansiedad más profunda y cálida junto a los demás chiquillos salí a esperarles ansioso de recibir el inestimable obsequio del tío Ramón pero ¡ay!, con la más profunda pena vi que no volvía con ellos. El bondadoso tío Ramón se había

ido al cielo a segar los trigales de Dios, por lo que no volvería más, nunca más irradiando bondad, alegría y honra a mi pueblito, al frente de aquellas tan alegres y simpáticas cuadrillas de segadores que tanto nos regocijaron y conmovieron, y a los que sus habitantes llamaban cariñosamente «los galleguiños».

DOMINGO Y SATURNINO

Entre la infinidad de españoles que tras de las peripecias más azarasas y dramáticas murieron en todas las latitudes de este mundo en cumplimiento de la dolorosa y santísima misión que Dios parece tener confiada a España, pues según el decir de los historiadores más verídicos y sabios no existe kilómetro de la tierra que no le blanquearan los huesos de sus soldados y misioneros que la recorrieran en apostólicas campañas, se encuentran Domingo y Saturnino, dos muchachos sencillos y valientes de Val de Santo Domingo, señalados desde su nacimiento por el signo del adverso hado, los cuales tuvieron la triste y gloriosa suerte de morir por su Patria, en el fresco y luminoso amanecer de su existencia.

Domingo en los tristemente célebres campos africanos, y Saturnino en el seno del humilde y honrado hogar de sus padres, pero a consecuencias de una maligna enfermedad que en los mismos adquiriera, pues en ellos estuvo más de un año, luchando bajo las insignias de la Legión Extranjera, de esa Legión tan heroica y temeraria compuesta por los seres desesperados de todas las latitudes; por todos los evadidos de los límites comunes; por los ingenuamente altivos, rebeldes y visionarios; por los que tienen despierto

el genio, sensible el alma y la voluntad indómita; por los que realmente son siempre donde estén y hagan lo que hagan, únicos, distintos y singulares; por esos que gozan intensamente contemplando a las águilas, los leones, los horizontes ilimitados y la vida de los santos y los héroes auténticos; por esos que prefieren morir mil veces antes que vivir arrebañados como los borregos o uncidos como los bueyes; por aquellos que parecen vivir constantemente como asomados a los profundos y misteriosos abismos de su interior y son capaces de realizar sin inmutarse, las más portentosas hazañas y los sacrificios más tremendos y dolorosos con íntimo placer; por esos seres de cuya pasta están formados siempre los héroes y los santos, los conquistadores más audaces y temerarios y los místicos más iluminados: humildes y penitentes, aventureros por su índole, valerosos y altruistas por su corazón y soñadores románticos y líricos hasta la sublimidad por su alma extremadamente sensitiva y tierna; por esos genuinos individuos que asfixiándose en el ambiente tan sórdido ramplón de este siglo, completamente vacío de coraje, de virtud y de amor, que todo lo fundamenta sobre el cálculo, el símbolo, la abstracción y el número, como si la aritmética, la geometría, la física y la química, constituyeran los cuatro puntos cardinales de la existencia humana, por lo que en él ya nada honra ni deshonra, buscan en las aventuras extraordinarias el completo desahogo de sus ansias por difíciles y peligrosas que las mismas sean, impulsados por los más profundos sentimientos de su espíritu a los que les es imposible contener.

Domingo era un joven alto, rubio, generoso y jovial, hijo de la tía Socorro y de un honrado jornalero cuyo nombre

no recuerdo, algunos años mayor que yo, el que juntamente con su padre se dedicaba a los trabajos campesinos.

Cuando era pequeño, como casi todos los chiquillos de aquel tranquilo y rural pueblito, soñaba con las aventuras que las lecciones de la Historia Sagrada y la Historia de España nos inspiraban y así, entre los afanes del vivir cotidiano y estos anhelos tan vagos y románticos de su alma. Llegó a ser mocito, quinto y el afortunado novio de la simpática y gentil Juliana, hija del tío Adolfo, una mocita garbosa y espigada que vivía en el callejón del Siete junto a la fuente del lugar.

Por esos tiempos España gozaba de dichosa y tranquila paz, pero un infausto día la misma fue rota de improviso y brutalmente, por la traición de las fuerzas indígenas de África que tenía bajo su protección directa, las cuales en combinación con las kábilas y tribus enemigas de España y poderosamente armadas y azuzadas contra ella por sus adversarios internacionales, sin comprender en su ingenua ignorancia que España les tratan como a sus propios hijos, cual lo hiciera antes en América, Oceanía y demás; que lo que perseguía en África era el verdadero progreso económico y cultural de los marroquíes, cosa que estaba llevando a cabo con los amores más profundos y los sacrificios más tremendos, la atacaron tan poderosa y sorpresivamente que causaron el aniquilamiento de ejércitos enteros, a cuyos soldados asesinaron de la manera más bárbara y feroz, suerte igualmente corrida por el alto comisario en Marruecos el pundonoroso y noble General Silvestre pues en el mismo desapareció sin volverse a tener la menor noticia de él, conociéndose tal desdicha por «El desastre de Anual».

Por esos días tan desdichados el jovial y bondadoso Domingo, que incorporado ya al ejército prestaba servicios en el interior de España, fue como tantísimos más enviado presurosamente al África para contener el avance morisco, reconquistar las posiciones perdidas y castigar los crímenes que contra la Patria se estaban cometiendo tan ferozmente como si sus ejecutores estuvieran azuzados contra ella por el propio Satanás. Allí estuvo luchando valerosamente hasta que un infortunado día, lejos de los padres, de los amigos y de la afligida novia, como tantas veces lo había soñado al dar las lecciones de la Historia de España siendo chico, entre los horrores del combate, besando a la Bandera venerada y con el pensamiento puesto en Dios y en sus seres más queridos murió llenando de inconsolable pena el corazón de cuantos le querían de verdad.

Saturnino, el hijo de la tía Saturnina y del tío «Zumaque», era un muchacho de estatura regular, moreno, inquieto, valiente y generoso, que trabaja en las labores agrícolas a jornal y a veces con su padre, en la hermosa y extensa viña que poseían por los lados del «Higueral».

A Saturnino le venía de raza el anhelo de aventuras y sacrificios por el honor de España, pues su padre, el alegre y campechano tío «Zumaque», al estallar la triste guerra de Cuba, aunque estaba casado y era padre ya de Saturnino, sin poder contener los poderosos impulsos de amor a España que a su defensa le obligaban, se alistó como voluntario en los ejércitos que salían para defenderla y en la hermosa isla estuvo luchando no sé cuántos años por la honra nacional, regresando al fin de tan infortunada contienda a su pueblito, donde prosiguió su vida normal y sencilla como si nada hubiera sucedido.

Al tenerse conocimiento del «Desastre de Anual», España como es lógico deseosa de contener el avance de los moros y defender sus derechos inalienables, mientras enviaba precipitadamente al África sus ejércitos peninsulares para reprimir y castigar los vandálicos actos que contra ella se estaban cometiendo, organizaba al mismo tiempo cuerpos especializados para ese fin como ser el «Tercio Extranjero», cuyas fuerzas compuestas exclusivamente por voluntarios, por medio de una intensa y bien dirigida propaganda se reclutaban lo mismo que por otros países, según creo, por los pueblos y las ciudades de su territorio con la premura que exigían las circunstancias y entonces, como en años anteriores lo hiciera su noble padre, el valiente e inquieto Saturnino aunque ya estaba casado con la gentil y hermosa Remedios y era padre de un niño, sin que valieran de nada todas las advertencias y súplicas de su familia para hacerle desistir de tal propósito y a pesar de las severísimas, por no decir terribles, condiciones que se exigían para poder ingresar en tan temerario cuerpo, se alistó en él y al siguiente día partió, como anteriormente su padre hacia Cuba, hacia las cálidas tierras africanas ansioso de vengar los horrendos crímenes que los moros cometían ferozmente y sin piedad contra ella, en tales tiempos.

Luchando en esa tan heroica como romántica legión permaneció en los africanos campos más de un año, pero al enfermar seriamente por causa de las heridas que sufriera, regresó con licencia al pueblo para curarse pero en realidad para morir, pues poco a poco y sin que valieran de nada las atenciones que le prodigaron su mal fue agravándose, y un triste día al fin entregó su alma a Dios dejando sumida en el desconsuelo más profundo a toda su familia.

Desde la plácida y venturosa calma de su pueblito humilde y laborioso, estos dos valerosos y alegres jóvenes fueron lanzados por su destino a las distantes y ardorosas tierras de África, a defender a la adorada Patria cuando en peligro estaba; cuando tan feroz y bárbaramente era ofendida y ultrajada; en ellas se hundieron sin experimentar la menor vacilación ni duda en los tremendos peligros de la brutal contienda, porque así se lo ordenaban de manera irrefragable los más hondos sentimientos de su alma y en ellas, Domingo, el alto, rubio y jovial mocito hijo de la tía Socorro y novio de la simpática y gentil Juliana, murió, murió besando con sagrada unción la Bandera venerada con sus límpidas y angustiosas miradas clavadas en el firmamento azul, como si en su fondo diáfano estuviera contemplando claramente los rostros de sus seres más queridos, y Saturnino el mocito moreno, inquieto, valiente y generoso, hijo de la tía Saturnina y del tío «Zumaque», esposo de la hermosa y juncal Remedio y padre de un bello e inocente niño, mortalmente herido por los gérmenes malignos de la enfermedad que contrajera en ellas como resultado de las heridas recibidas, alcanzó a regresar de ellas a su pueblito para al poco morir tristemente en el lecho de su hogar rodeado de toda su familia y mejores amigos.

Tal es la escueta y sencilla historia de estos dos jóvenes de Val de Santo Domingo.

De Domingo y Saturnino fue breve su existencia en este mundo, pero altamente aleccionadora y ejemplar. Murieron en la primavera de su vida en cumplimiento de uno de los principales deberes del ser humano en este mundo, el de defender y honrar a la Patria y este fin, después del de morir por Dios, es el destino más glorioso que se

pueda tener en esta tierra. Por ello sus almas estarán tranquilas en la eternidad, y por eso hoy el «herrerito», aquel muchacho menor que ellos que les viera partir con lágrimas en los ojos y pena en el corazón, les dedica como un fervoroso y póstumo homenaje a su memoria este artículo y soneto, en uno de estos libros consagrados a evocar los casos y las cosas de aquel humilde y dichoso pueblito, donde tuvimos la suerte de nacer.

A DOMINGO Y SATURNINO

A la adorada Patria con ansia y sin temores
ofrendásteis la vida por defender su honor,
cuando sus enemigos con las armas peores
y a traición la atacaban con bárbaro furor.

Ante su altar glorioso derramásteis las flores
que abría en vuestros espíritus el más sublime amor,
y entre dolientes séquitos de penas y dolores
desde este mundo os fuisteis al reino del Señor.

Vuestra ofrenda no pudo ser más bendita y bella.
En el cielo de España será una hermosa estrella
y por la esencia mística que encierra, vuestros dos

nombres serán cual faros alumbrando a los seres
la senda amena y áspera de los santos deberes
que impone en este mundo al ser humano Dios.

DON FRANCISCO MOREJÓN

Era don Francisco Morejón el primer maestro que en este mundo tuvo, un verdadero apóstol, un educador legítimo y un viviente ejemplo de la ciudadanía y el civismo. Poseía ese don inconfundible que tan clara y precisamente distingue a las personas singulares, entre los conglomerados confusos y uniformes del anónimo montón; el más exacto y profundo sentido de la vida, de los seres y de las cosas, por lo que comprendía tan pronto y bien, el alma de los niños con las que la suya establecía al instante los más íntimos y amorosos contactos. Vivió humildemente haciendo de su benemérita profesión un apostolado ferviente y silencioso, en aquella escuelita de nuestro humilde pueblo rural que era donde se concentraban todos sus amores y sus anhelos, sembrando en las conciencias vírgenes de los niños con su constante celo los gérmenes benditos del sentir y del saber, esforzándose en grabar lo más profundamente que podía en nuestras tiernas almas los principios morales, por saber muy bien que la inteligencia sin virtud es una lumbre sin calor, un vehículo sin dirección y un árbol cuyos frutos son siempre secos, amargos y venenosos. Tendría entre setenta y cinco u ochenta años, era de regular estatura, con cabellera

abundante y cana, llevaba sobre sus narices constantemente durante las horas de clase unas oscuras y antiguas gafas de las que pendía un largo cordoncillo de seda negro, y en su semblante augusto y venerable de patriarcal aspecto, se reflejaba nítidamente la nobleza y la bondad que eran las cualidades más sobresalientes de su ser.

Mucho di que hacer a este ejemplar educador con mi torpeza y dificultad para aprender las lecciones de la Aritmética, Gramática, Geometría y demás ciencias exactas, por lo que a veces, terminándosele la paciencia ante la inutilidad de su empeño para hacerme comprender las cuentas, las partes de la oración o las propiedades de la circunferencia y el triángulo, en castigo de mi torpeza me mandaba a picar los montones de tallos de cebollas que los hortelanos le enviaban para sus pavos, labor ésta que me hacía verter infinidad de lágrimas y no por la pena que ello me causara, pues me encontraba tan a gusto en su corral lleno de árboles frutales y de flores realizando completamente solo esta labor, sino por el jugo o el olor que de los tales se desprende al cortarles, como bien se sabe, pero creo que igualmente le di gratas satisfacciones con mi aplicación sobresaliente en las lecciones de las historias Sagrada y de España, pues frecuentemente al término de estas clases me regalaba algún cuento de Callejas y cariñosamente me decía, tirándome suavemente de la oreja, que hubiera sido un digno y valeroso soldado de haber nacido en el año mil quinientos.

Muy poco tiempo me tuvo de discípulo. Por su avanzada edad y los naturales achaques de la misma, un día le fue imposible ya continuar en su noble empleo, por lo que tuvo que dejarle con una pena que, hoy, creo que fue la

que le llevó al sepulcro. Ocuparon su lugar por poco tiempo la inquieta y vivaz doña Micaela, el joven y dinámico don Ángel Ramos, ambos de este mismo pueblo, después el señor Lozano y finalmente su hijo don Esteban Jafet, pero puedo decir, aunque ignoro por qué, que es a don Francisco Morejón al que más presente tengo siempre en mi memoria. Efectivamente, la imagen de este inteligente y bondadoso maestro está impresa en mi conciencia con caracteres indelebles, aunque no puedo precisarle nada más que en las encantadoras tardes de los sábados dedicadas, como tengo dicho en otra parte ya, al estudio y comentario de las historias Sagrada y de España, cuyas lecciones eran tan amenas e interesantísimas para mí y para él.

Sentado ante su amplio y viejísimo escritorio bajo la gran lámpara que iluminaba el salón en las noches de invierno cuando daba clase a los adultos, con palabra grave, elocuente y reposada, nos explicaba los casos y las cosas de tales historias con un amor que evidenciaba el gran placer que su espíritu experimentaba, pues siendo tan celoso defensor y propagador de los principios morales, su vocación encontraba en la enseñanza de tales libros amplio y propicio campo para dar rienda suelta a sus más íntimos sentimientos y por ello, hablándonos de sus héroes y sus mártires, se exaltaba fervorosamente en la dirección más admirable, presentándonos a la virtud como la base fundamental de toda existencia digna, por la que se debía luchar y hasta morir si necesario fuera, antes que mancillarla con la infamia y la cobardía.

Era un auténtico cristiano. Más que los sacerdotes que conocí él nos enseñó la peregrina doctrina de Jesús, porque la llevaba palpitante y viva difundida en todos los millones

de células que constituían su ser. Por ello nos explicaba las cosas principales y mejores de la Biblia con el placer de un apóstol, con la elocuencia de un teólogo y el fervor de un iluminado, deteniéndose en aquellas que más beneficiosas eran para nuestra formación espiritual, alcanzando este don de su bondadosa alma la inspiración más conmovedora y honda en la explicación de los Santos Evangelios, y de manera especial en la descripción de las sublimes y dramáticas escenas de la pasión y muerte del Mesías, con las que nos abrasaba de profunda lástima conmoviéndonos al mismo tiempo profunda y dulcemente hasta las lágrimas.

Era un legítimo español. Después de Dios, el supremo símbolo de sus amores era España. Sentía la admiración más ardiente y honda por sus pretéritas grandezas y la pena más íntima y amarga por su decadencia actual causada por la cólera y la envidia de sus seculares enemigos, a los que casi siempre dieron bases para que desde las mismas la atacaran con más poder los propios españoles, unas veces por imbéciles, otras por locos y las más por ser renegados y traidores. Según su prédica por ser Católica, Apostólica y Romana en los grados más altos de la virtud, concentró sobre su ser todos los odios y los furores de las bestias infernales desatadas contra ella por el más funesto error, cuyas manifestaciones se representaban en su conciencia por ese cúmulo de trágicos desaciertos que como un bárbaro y poderoso alud, se precipita sobre la humanidad desde la cumbre del mal llamado renacimiento, sobre la humanidad y los justos y verdaderos ordenes de Dios, apagando las lámparas de la fe, destrozando las brújulas del honor y hundiendo en los abismos de la desvergüenza y el caos, las sabias y hermosas costumbres que tan inspiradamente

ordenaban y regían la conducta de los seres humanos, con el ateísmo y el pecado en sus formas más cínicas, procaces y corrosivas. A esas consecuencias que al desquiciar y corromper las disciplinas tradicionales llenaron el mundo de confusión y duda, las consideraba lógicos resultados de las estúpidas mentiras proclamadas solemnemente como verdades en la célebre revolución que prepararon y ejecutaron los satélites del Diablo contra los pobres y los nobles únicamente, poniendo el gobierno de los pueblos en manos de los villanos sórdidos y ambiciosos, pérfidos e ignorantes, para que les condujeran entre guerras, huelgas, injusticias y pestes de toda índole, hacia donde bien se ve que va.

Describiéndonos las sobrehumanas epopeyas de Sagunto, Numancia, Covadonga, Calatañazor, Lepanto, San Quintín, Pavía, Bailén y las colosales e inigualables proezas del descubrimiento, conquista y civilización de América, su voz adquiría poco a poco el arrebatador acento de las alabanzas místicas, porque lo sentía así hasta en las más íntimas raíces de su ser, revelándonos claramente que en la exaltación de tan gloriosas e imortales gestas, experimentaba su noble espíritu la satisfacción más honda que sentir se pueda. Hablándonos del asesinato del virtuoso e indómito Viriato, de la bárbara crueldad con que el soberbio y poderoso Escipión trató a los heroicos defensores de Numancia: y de las demás infamias y felonías cometidas alevosamente contra la Patria por los españoles traidores y renegados de todos los tiempos, por su boca hablaba el alma noble y desgarrada de España con acento tan conmovedor y hondo, como si en él vibraran intensamente todas las angustias, los anhelos y los amores, que abrasaron el corazón

en sus instantes últimos de los millones de españoles que sufrieron por su culpa en todos los ámbitos y latitudes de esta tierra, mientras expiraban con sus miradas clavadas en el símbolo sagrado de la bandera nacional y sus pensamientos puestos en España y Dios, exaltándonos así hasta los grados máximos del heroísmo, el honor y la virtud.

Muchas, pero muchas veces he sentido, en los momentos más amargos y críticos de mi vida, la imperiosa necesidad de evocar la sombra de tan ejemplar varón, con la esperanza de recibir de ella el necesario aliento para poder seguir por los caminos de la existencia que, en estos tiempos de la bomba atómica y los viajes interplanetarios, se hacen cada vez más penosos e intransitables, para aquellos que no pueden arrancar de su conciencia el sentido de la dignidad, sofocar en su alma el torrente de las ideales ansias ni apagar en su corazón la hoguera del cristiano amor. El contraste que ofrece el estado actual del mundo con sus beneméritas enseñanzas, no puede ser más áspero, doloroso y brutal. Esta civilización se llama democrática y liberal y su tiranía no puede ser más repulsiva y bárbara; se denomina justa y sus injusticias se hacen cada vez más monstruosas y descaradas; se titula cristiana y su idolatría constantemente se hace más grande, aparatosa y cínica. La sociedad de los infelices seres humanos en esta era crepuscular es caótica, cruel, deshumanizada y frívola, y por ello sus príncipes son los tahúres, los rufianes, los ladrones, los proxenetas y los payasos y por lógica consecuencia sus víctimas y sus mártires los simples, los pobres y los dignos. Ante panorama tan tétrico y sombrío, grande ese pesar que los seres cultos de amplio espíritu y corazón sencillo sienten; hondo y amargo el dolor que les produce el espectáculo grotesco y

trágico que ante ellos se desarrolla; poderosa la tentación de abandonar las ásperas y peregrinas sendas de la perfección moral que a Dios conduce, la de confundirse con las masas amorfas y despersonalizadas que constituyen los anónimos rebaños humanos, y marchar con ellos ciega y torpemente a hundirse en las ciénagas de Satanás; profunda y poderosa es esta tentación, pero los dignos la rechazan al instante sin experimentar la más mínima vacilación. Podrán éstos lanzar encendidos apóstrofes y anatemas contra esta civilización bestial que ignora por completo al individuo, que hace sus dioses únicos y absolutos al dinero y a los placeres de la carne, brotados de su pena y de su amor, pero la duda sobre su conducta no durará en su conciencia ni un segundo, y aunque la burla, la pobreza, la amargura y la soledad sean sus únicas compañeras en el camino de esta vida, como sienten tan hondamente en su alma el reclamo de la inefable gloria; como aspiran a la perfección moral con todas las potencias de su ser y saben que el único camino que a su cumbre lleva es el de la virtud, luchan y sufren ansiosa y gozosamente por honrar y defender a la virtud en forma tal, que preferirían morir mil veces antes llegado el caso, que mancillarla con la infamia y la cobardía, como tan inspiradamente nos enseñaba aquel benemérito y ejemplar maestro que fue don Francisco Morejón.

LAS GOLONDRINAS

En los bellos y luminosos atardeceres del estío una de las más agradables diversiones de los chiquillos y de dichas doncellitas que, tras de las diarias labores se sentaban en las puertas de sus casas alegres y recompuestas, mientras las mayores marchaban con sus cántaros a la fuente y las más pequeñas jugaban alegremente a sus gozosos corros, era la exploración constante y atenta del cielo con la esperanza de poder descubrir en la inmensa extensión de su azulada profundidad, la primera estrellita que aparecía en ella anunciando la proximidad de la noche. Cuando a tal búsqueda nos entregábamos mirábamos y remirábamos el firmamento con impaciente afán, y cuando el afortunado descubridor o descubridora lograba ver el diminuto y pálido jazmín del astro brillando débilmente aun en el fondo del inconmensurable espacio lanzando al mismo tiempo el grito de ¡allí esta!..., señalando el lugar con su tembloroso índice, todos dirigíamos las miradas hacia el mismo con secreta e inocente envidia, por no haber sido nosotros quien le viera primeramente.

Esto sucedía, como he dicho, en el declinar de las largas y luminosas tardes del verano que tan interminables se

nos hacían para nuestra impaciencia infantil, y tal entretenimiento nos deparaba hondos y beneficiosos gozos porque mientras explorábamos las infinitas alturas, levemente coloreadas por los incendios del crepúsculo, sin poderlo evitar nuestra imaginación se extraviaba en ellas como buscando la inefable gloria, donde Dios según se nos enseñaba, junto a las vírgenes, los ángeles, arcángeles y demás seres bienaventurados, vivían plácidamente entre las felicidades infinitas de las que nosotros, si cruzábamos por esta vida practicando las virtudes, gozaríamos igualmente frente a él al morir en este mundo.

Pero lo que nos hacía experimentar un gozo límpido y profundo, una satisfacción legítima y hasta un inocente orgullo, era el descubrir en las proximidades de la primavera a la primera golondrina que regresaba al fin, de los lejanos y cálidos países a donde se marchaban al presentir la proximidad de los fríos invernales. Desde los primeros días de marzo todos mirábamos ávidamente a cuantos pajarillos cruzaban los cielos piando alegremente ya, y cuando en las vísperas de San José o en este mismo día como sucedía muchas veces, que era cuando por lo general hacían su aparición en el pueblito las más adelantadas, su feliz descubridor gozaba por varios días de cierta popularidad, que casi todos le envidiábamos.

Estas azules y líricas avecillas muy apreciadas por lo beneficiosas que eran para la agricultura y queridas de manera especial por haber arrancado, según la tradición, con sus piquitos las punzantes espinas de la burlona corona que pusieran los judíos a Jesucristo, eran recibidas con verdadera alegría, pues llegaban desde

remotos y exóticos países como heraldos del gozo y la ilusión anunciando con sus líricas canciones a la florida o olorosa primavera, que ya empezaba a convertir las llanas y fértiles campiñas de la comarca en verdaderos paraísos. Anidaban confiadamente dentro de las mismas casas construyendo sus nidos sobre las vigas de sus techos, y dichas puertas de éstas, como en su parte inferior la gatera, teman en su parte superior la correspondiente abertura para que pudieran entrar y salir libremente a toda hora como los mininos. Estas líricas y azules avecillas me hicieron soñar deliciosamente en mi tranquila infancia, pues a las mismas asociaba instantáneamente mi imaginación vistas de bellísimos paisajes situados entre las más encantadoras perspectivas, como suponía que verían ellas en los anuales viajes que realizaban por el mundo para esquivar los rigores y las lluvias del invierno.

En el portal de nuestra casa teman dos nidos desde quien sabe cuantos años, ya sus arrullos amorosos, a la puesta de sus diminutos huevecillos y a la cría de sus pientes y boquiabiertos pichoncitos, asistí yo desde mi más temprana edad como si estuviera contemplando la realización ante mi vista de un milagro maravilloso.

Un año, cuando ya estaban aproximándose los tiempos de su partida, mi padre cogió en el nido a la feliz pareja colocándoles en las patitas un anillo de coloridos hilos para verificar de una vez por todas las discusiones que sostenía de vez en cuando con sus oficiales sobre si eran o no las mismas todos los años, y cuando tras la invernal ausencia regresaron en la primavera próxima al contemplar el colorido

anillo en sus patitas, experimenté una emoción tan deliciosa y honda, que aceleró los latidos de mi corazón e inundó de lágrimas mis pupilas.

Siempre fui un buen amigo de los pajarillos de Dios. Aun en aquella edad en que tan frecuentes son en los chicos las travesuras y crueldades sin malicia que suelen cometer sin saberlo, con los pequeños animalitos que se ponen al alcance de sus manos y sobre todo con los pájaros, nunca pude hacerles el menor daño. Les tuve en mis manos cogiéndoles con gran riesgo en sus nidos, para contemplar de cerca aquellos tibios y palpitantes montoncitos de suaves y temblorosas plumas que tenían el privilegio de surcar los aires a su antojo entre melodiosos cánticos y de vencer a las malas tentaciones que me asaltaban de retenerles en mi poder para jugar con ellos como los demás muchachos, tras de llenarles de amorosos besos les dejaba en libertad sintiendo que si no lo hacía, no podría estar tranquilo.

Cuando veía a mis compañeritos con pájaros en sus manos, sentía que mi corazón se inundaba al punto de pena y lástima. En muchas ocasiones y siempre que me era posible, se los compraba por diez o quince céntimos que pedía a mis padres de la manera más conmovedora con cualquier pretexto, pues sentía una especie de vergüenza manifestar para qué necesitaba ese dinero considerando que lo tomarían por una tontería, y al tenerlo por fin ya buscaba ansiosamente al dueño de la avecilla y al comprársela y tenerla en mi poder, abría la mano y la dejaba escapar ante los ojos asombrados de los demás chiquillos que, sin poder comprender mi rara actitud, me llamaban tonto, y cuando no podía redimirles sin poderlo

remediar lloraba desconsoladamente, como si la esclavitud de la inocentes animalitos clavara dolorosas espinas en mi alma.

Años después, siendo ya mocito, al salir en los atardeceres primaverales a cazar codornices por los sembrados del pueblo con mi bondadoso amigo Gerardo, como ya tengo dicho en el romance que le dedico en el primer libro de esta obra, al quedar éstas aprisionadas entre las tupidas mallas de las redes que extendíamos sobre los trigos y las cebadas, corría presurosamente al lugar donde estas angustiadas aves luchaban ansiosamente por liberarse sin conseguirlo, y al desenredarlas y tenerlas en mis manos las soltaba diciendo que se me habían escapado, cosa que ponía al noble y generoso Gerardo irritadísimo contra mí por lo que me llamaba tonto, inútil y cuantas cosas parecidas se le ocurrían.

Por todo esto, creo que no es de extrañar que mirando a las simpáticas y alegres golondrinas, a las que todos querían y nadie dañaba, soñara deliciosamente por esa encantadora y romántica aureola de leyendas y misterio, que tan idealmente las envolvía.

Unas veces, contemplándolas me parecía verlas temblorosas de pena y lástima arrancando con sus piquitos las espinas de la corona infame que herían las divinas sienas de nuestro Redentor en el tristísimo día de su calvario, cuando bajo el peso de la abrumadora cruz entre insultos y castigos le arrastraban despiadadamente por las calles de Jerusalén los judíos hacia el Gólgota para crucificarle allí entre los dos ladrones, por el delito de honrarles y quererles como jamás lo volverán a ser por nadie y otras, cruzando las vastas y profundas soledades de los océanos tras posearse

sobre los mástiles de los navíos que les surcan o sobre los ásperos y solitarios peñascos que emergen a veces de entre sus hondas y turbulentas aguas para reponer sus fuerzas y recobrar alientos, volar, volar de nuevo a través de las marinas extensiones hacia los cálidos y exóticos países donde la primavera comenzaba; a llenar nuevamente de vida, de gozo, de músicas y esperanzas, sus antiguos nidos contruidos sobre quién sabe que cúpulas de alcázares, palacios, mezquitas y aduares; a volverse a estremecer de amorosos placeres sobre ellos depositando sus huevecillos y criando a sus pichones, obedeciendo ciegamente así a las poderosas e irresistibles órdenes de la naturaleza.

Por eso, cuando ante la proximidad de los fríos invernales las veía reunirse en bandadas que cada día se hacían más numerosas, empezaba a sentirme triste sin saber por qué, tristeza que se hacía profundamente melancólica y nostálgica, cuando en la tarde elegida por su seguro instinto después de dar unas vueltas por el tranquilo pueblo piando con dolorido acento como si estuvieran despidiéndose de él o buscando la exacta y precisa dirección para su rumbo, las veía emprender resueltamente ya su viaje hacia las latitudes del occidente y al poco perderse en la azulada profundidad del firmamento, buscando afanosamente los lejanos y cálidos países de los que no regresarían hasta el siguiente año.

A las golondrinas, a esas simpáticas y alegres avecillas que tanto me ilusionaron y conmovieron en los lejanos y placenteros tiempos de mi niñez, hoy ya en los umbrales de la ancianidad recordándolas con hondo amor, melancolía y nostalgia, las dedico este artículo y los versos que componen el siguiente soneto.

A LAS GOLONDRINAS

Entre gozosos cánticos regresan nuevamente
a mi pueblo las bellas y azules golondrinas
que en el Gólgota a Cristo quitaron las espinas
que en la corona infame herían su santa frente.

Cuando en los claros días se abre en el oriente
la aurora, estas tan líricas y eternas peregrinas,
desde los altos sitios con voces argentinas
la dan la bienvenida cantando alegremente.

¡Oh,avecillas románticas!... ¡Con que azul alegría
al final de los áridos inviernos os veía
a los campos tan fértiles de mi pueblo llegar!...

y después, ¡con qué pena al fin de los veranos
de nuevo hacia los cálidos países africanos
os veía por los cielos tan diáfanos marchar!...

EL HUERTO DEL TÍO ESTANISLAO

Era el tío Estanislao un honrado y ejemplar vecino de Val de Santo Domingo que contaría unos setenta años, de cuerpo delgado y fuerte y espíritu inquieto y activo, el que entre otras cosas que no recuerdo, poseía un antiquísimo tejár en las proximidades de la carretera de Ávila donde en el verano trabajaba con sus hijos haciendo ladrillos, tejas y baldosas, y además un amplio y hermoso huerto por el cual vive y vivirá, a pesar de hacer ya tantos años de su muerte, en la memoria de cuantos le trataron y de manera especial, en la de aquellos que éramos chiquillos en la segunda década de este siglo. Este apacible y refrescante huerto que me hace recordar siempre que le evoco las campestres églogas de Horacio y las inspiradas poesías de fray Luis de León, estaba situado en la parte posterior de su casa cuyo frente principal, sí mi memoria no me falla daba a la calle de Maqueda en cuyo final se encontraba. Tendría como dos hectáreas de extensión hallándose provisto de todos los elementos necesario para el cultivo de legumbres y hortalizas, que tan abundantemente cosechaba en él su dueño recordando con más precisión entre todos ellos, por la gratísima impresión que siempre me causaba al contemplarla, su arcaica y

rechinante noria movida perezosamente por una vieja mula que parecía ignorar completamente al tiempo por la lentitud conque caminaba, cuyos canjilones volcaban las aguas límpidas y frescas que extraían de su profundo pozo, entre los murmullos más líricos y diversos, en una canal de madera enorme desde donde iban por poéticas regueras deslizándose serenamente entre humildes florecillas y matas de menta y sándalo, a desembocar en la gran alberca que las contenía. Esta, como ya es sabido, se hallaba en el lugar más alto del hermoso huerto entre un verde y estremecido círculo de frondosos álamos, de rosales viejísimos y arbustos olorosos, los que en los cálidos veranos le daban el agradable aspecto de un rincón de los líricos oasis del desierto, pues en el mismo los primores, los bálsamos, los susurros y las frescuras, no podían ser más abundantes ni deleitosos. Casi en su totalidad estaba rodeado por casitas de los habitantes del pueblo, pero no por su parte posterior que lindaba con un caminito poco transitado tras el cual se extendía el campo, existiendo entre ambos un desnivel de cinco o seis metros. Este desnivel no era vertical sino que estaba constituido por una empinada rampa la cual se hallaba completamente cubierta por cambroneras, zarzas, rosales silvestres y cuanto arbusto raquíptico y espinoso por allí crecía, entre los que se alzaban confundidos y sobresaliendo del ramazón de tan espeso cerco, esos almendros y membrillos raquípticos y nudosos de ramas débiles y retorcidos troncos cuyos escasos y ocasionales frutos no pueden ser más insípidos ni amargos, y que tan abundantemente brotan en los lugares áridos y pedregosos, residiendo precisamente en la aspereza y espesura de esta enmarañada muralla verde que se extendía entre el huerto y el camino, el encanto tan atrayente que tal

lugar tenía para los inquietos y díscolos chiquillos, por lo que se verá más adelante.

Los niños sanos y normales siempre se aburrirán como los gatos enjaulados con los juegos que les imponen orden, calma y pasividad, pues éstos no pueden ser más tediosos ni insoportables para ellos en todos los tiempos y lugares, mientras nuestra naturaleza permanezca siendo como es. En cambio los activos, agitados y violentos, son casi siempre sus preferidos por que en los mismos encuentran pleno desahogo sus necesidades, físicas y espirituales, y si además éstos poseen ribetes de auténtica aventura el placer que experimentan realizándoles, no puede ser más hondo ni benéfico para sus almas siempre ávidas de hazañas y maravillas. Por eso los chiquillos de aquel humilde y venturoso pueblito, como los de todos los lugares de este mundo, gozábamos intensamente con el escondite, las corridas de toros, los ladrones y los civiles, con los asaltos a los corrales que tenían árboles frutales y demás, pero el que más profunda y poderosamente nos tentaba era el del apedreo, por las angustias que pasábamos y los riesgos que corríamos en su transcurso. Consistía este juego tan tentador y peligroso, en cargarnos los bolsillos y las manos de cantos y en esa hora de la noche en que sabíamos que las familias empezaban a cenar, echar a correr por una o dos calles separados en uno o dos grupos arrojando las piedras que llevábamos contra las puertas de las casas siguiendo así hasta el término de las mismas, para escondernos en los campos en que casi todas ellas desembocaban para librarnos del furor de nuestros perseguidores que siempre eran muchos y a cual más irritados.

El que en una de estas tan azarasas correrías tenía la desgracia de ser apresado por los vecinos, tan justamente

enfurecidos contra nosotros, tenía que resignarse a tener las nalgas y las orejas calientes y enrojecidas por mucho tiempo; a sufrir la vergüenza pública cuando agarrado fuertemente de ellas era arrastrado como un infeliz conejo hasta la casa de sus padres y a sufrir por último el castigo que éstos le daban por cometer tales pillerías, por lo que aunque siempre tuviéramos en la intención tan peligroso juego, sólo le realizábamos de tarde en tarde. Muchos se negaban a participar en él por los riesgos que se corrían, pero todos guardaban el más profundo secreto sobre el mismo cuando empezábamos a prepararle, como igualmente todos aquellos que por desgracia éramos apresados, nunca decíamos quienes nos acompañaban por más amenazas o promesas que nos hicieran.

Cuando sonaban las ánimas en las noches de septiembre, octubre y noviembre, que eran los meses elegidos casi siempre para realizar estas fechorías que más tenían de ruidosas que de perjudiciales, porque las puertas eran gruesas, los cantos chicos y nuestras fuerzas débiles, pues ninguno de los que tomábamos parte en ellas pasaba de los doce años, calzados con alpargatas para correr mejor y más ligeros nos reuníamos en la esquina formada por las calles Real y de la Olla, ya con los bolsillos cargados de cantos y después de haber dejado montoncitos de éstos en los lugares señalados para reabastecernos. Enseguida nos dividíamos en dos grupos, uno tenía que ir por el callejón del Siete, la Plazuela, la calle de la Escuela y creo que la de Santa Ana, y el otro por la calle Real y la de la Amargura hasta ese mismo lugar, desde el cual ya todos juntos descendíamos haciendo lo mismo por la calle donde vivía el tío «Curro», que creo que era la de Maqueda.

Al darse la señal de la partida, salíamos corriendo arrojando contra las puertas los cantos fuertemente, haciendo salir a sus moradores enfurecidos tras nosotros; seguíamos así por las citadas calles sin respetar a ninguna casa aunque fuera la de alguno de nosotros, y al reunirnos nuevamente en las de Maqueda y Santa Ana, volviéndonos a cargar de cantos nos lanzábamos impetuosamente haciendo lo mismo aumentando como es lógico el número de nuestros perseguidores; al pasar la de don Domingo, en cuya puerta también descargábamos nuestra andana de piedras, doblábamos por el callejón que conduce al Barrio Alto, torcíamos al poco por el caminito que bordeaba el huerto del tío Estanislao y al llegar frente a él, sin reparar en espinas ni asperezas como los corzos acosados por ladadora jauría, nos hundíamos en su ancho y espesísimo cerco desparramándonos en él cuanto podíamos quedándonos al instante como muertos hasta que nuestros perseguidores desorientados por nuestra instantánea desaparición, pasaban como rayos echando sapos y culebras por su boca contra nosotros hacia el tejaz de «Goro» o las eras creyendo que nos hubiéramos escapado por allí, pues ni por el pensamiento le pasaba la idea de que nos hubiéramos metido entre las densas y ríspidas malezas que cercaban el hermoso huerto, como las comadreas y los lagartos perseguidos.

Algunas veces en el angustioso pánico que en ocasiones experimentábamos por las peripecias de este juego, no creyéndonos seguros entre tales espesuras nos internábamos en el huerto buscando la salida por los corrales de las casas vecinas, pero por más precauciones que tomábamos al cruzarle causábamos daños en sus siembras, cosa que como es lógico, ponía de un humor de todos los diablos al tío

Estanislao y por ello caímos al fin en una trampa que nos estuvo preparando con la mayor habilidad y paciencia durante varios días.

Una noche al final de una de estas azarasas correrías cuando con más furor éramos perseguidos, al hundirnos precipitadamente en el enmarañado cerco con el ansia de cruzar el huerto y escapar por los corrales de las casas linderas, pues nuestros perseguidores venían cerca y tal vez nos vieran escondernos en él, con la más terrible sorpresa sentí la colérica voz del tío Estanislao juntamente con las de sus hijos, los ladridos de su perro y las de algunos chiquillos que eran apresados por ellos. Accionado instantáneamente como un autómatas detuve mi avance y agarrándome al tronco de un almendro que junto a mí se alzaba, empecé a ascender silenciosamente hacia su copa en la que me quedé como sin vida rogando silenciosa y fervorosamente a Dios que me salvara del peligro que tan próximo y amenazador veía. Al instante llegaron nuestros perseguidores y al sentir las voces de los que estaban dentro del huerto y una vez que entraron hablando a gritos de lo qué sucedía, se pusieron de acuerdo para seguir buscándonos entre las espesuras del espinoso matorral, y de manera especial al herrerito como me llamaban a mí, cosa que empezaron al punto con el más ansioso afán. Así fueron apresados los tres que faltaban por el tío Estanislao y sus hijos, pues todos por las razones que tan fáciles son de comprender, preferían caer en manos de éstos y no de los otros, por lo cual viendo los de afuera lo inútiles que fueron sus afanes y no atreviéndose a cruzar el endiablado cerco, se alejaron de allí diciendo a los de dentro que se dirigían a su casa para que les entregaran los presos.

Como es de suponer yo esperaba rígido de temor el desenlace de tan crítica y angustiosa situación, sin atreverme ni a respirar naturalmente. Deseaba ardientemente que finalizada la búsqueda se fueran hacia la casa que se hallaba al lado opuesto, para huir rápidamente de tan peligroso lugar y estando en estos pensamientos llegaron claramente a mis oídos las voces del tío Estanislao, la de sus hijos y las de mis compañeros apresados, cruzadas en éste o parecido diálogo:

–Si no agarramos al principal culpable, hemos perdido el tiempo.

–¿Quién es pa uste padre, el culpable principal?

–¡Quién ha de ser sino ese herrerito del demonio!

–Dime, tú, ¿dónde se ha escondió?

–Nosotros no le hemos visto esta noche, tío Estanislao.

–¿Te enseña el señor Maestro a mentir?

–No miento. Es la verdá. Esta noche no hemos visto al herrero.

–¡Cállate sinvergüenza! Yo les he visto con mis propios ojos cuando estaban en la esquina del tío Zenón, preparándose pa ese maldito juego y él era el que demostraba más prisa pa empezar. Pero ya dirás la verdá cuando empiece a tirarte de las orejas, cosa que será antes de lo que cres.

–Padre, ¿qué hacemos con ellos?

–Por ahora tenerles bien seguros pa que no se escapen.

–No tenga cuidao por eso.

–¡Al fin cayeron en nuestras manos!

–Sí, pero no el peor de toos ellos.

–Yo creo padre que no se los debemos dar a los vecinos.

–¿Por qué?

–Porque están tan furiosos que si les agarran...

–Por eso se les daría ahora mismo pero no lo haré, por ver si sus padres nos pagan el daño que la otra vez hicieron.

–¿Qué va a hacer con ellos?

–Primero avisar a sus padres y si se niegan a ello, los llevaré al juez.

–¿Cuántos son los que cayeron?

–Seis.

–A toos les pondría ahora mismo en libertad, si tuviera en las manos a ese herrero del demonio. Al que me diga dónde se escondió le dejo libre. Vamos a ver quién me lo dice primero.

Hubo un profundo silencio.

–¿No me habéis oído? ¿No queréis que os suelte?

–Sí, pero es que Patro no estuvo esta noche con nosotros.

–Si no fuera porque quiero que me paguen, como es justo, el daño que me hicieron les haría gritar la verdá al momento con una vara de mimbre, aunque les tuviera que despellejar con ella.

–Déjeles padre, no van a decirla aunque les matemos.

–¿Habrà alguno más escondió?

–Con estos ya tenemos bastante. Tengo los brazos y hasta la cara llenos de espinas y aruñones por buscarles.

–Lo que me amarga más que naa, es no haber cogío al herrero.

–Tendremos que irnos sin él.

–A lo mejor es verdá padre, lo que te dicen.

–¿El qué?

–El que no estuvo con ellos esta noche.

–¡Paece mentira que seas tan tonto, que creas eso! ¡No sabes acaso la fama que tiene en too el pueblo? ¿No sabes

que él y siempre él, es el principal instigador de los chiquillos pa hacer estas travesuras que tanto nos irritan y perjudican?

–Podía ser padre que esta vez fuera cierto.

–¡Cállate! Yo le ví junto a ellos en la esquina del tío Zenón y no me pueen engañar porque le conozco bien.

–Padre, tie razón. Aunque estuviera con calentura de morir, saltaría de la cama pa acompañarles porque estas cosas le gustan al herrerito más que los cortaillos y los mantecaos.

–No le hemos cogío porque paece que le protege Satanás.

–A lo mejor por eso no le vemos, aunque le tengamos delante de los ojos y le toquemos con las manos.

–Juraría que no está a más de treinta pies de nosotros.

–Entonces nos estará escuchando y tal vez riéndose al oírnos.

–Yo no creo que así sea.

–¿Por qué?

–Porque me le imagino mu lejos ya de aquí.

–¿En qué te fundas?

–En que creo que esta vez le salvó su torpeza.

–Si no hablas más claro...

–Creo que como es algo torpe pa correr, pues las nalgas le pesan mucho, habrá llegao el último al cerco oyendo así los gritos de éstos que cogíamos y entonces cambiando de rumbo, correría a esconderse por las barrancas o las eras y a estas horas estará tan tranquilamente en la cama planeando su nueva travesura.

En esto se sintieron los gritos de nuestros perseguidores llamándoles desde su casa situada al otro extremo del huerto como se dijo, y al sentirlos el tío Estanislao exclamó:

–Vámonos con estos pa la casa que si no esos se van a venir pa aquí y como no saben bien el camino pisarán las siembras, y eso era lo que nos faltaba.

–¡Buen chasco se van a llevar cuando se enteren de que no se los entregamos!

–A lo mejor quieren pagar ellos los daños de la otra vez pa castigarlos.

–Aunque así fuera, no se les entregaría.

–¿Por qué padre?

–Porque aunque buena falta nos está haciendo ese dinero, comprendo que eso sería una mala acción.

Y entre éstas y otras parecidas cosas notaba con infinito alivio que se iban alejando de allí hacia la casa, mientras que yo considerándome salvado, empecé a dar gracias a Dios por el inmenso favor que me había hecho, salvándome de la cólera del tío Estanislao y de sus hijos. Cuando ya sus voces se sentían débiles y lejanas, deseando ansiosamente alejarme del peligroso huerto me decidí a bajar del árbol con sumo cuidado y tomando las mayores precauciones para no hacer ruido, pero cuando empecé a deslizarme hacia el suelo el maldito perro venteándose, corriendo como una exhalación hacia el lugar en que me hallaba se puso a ladrar tan furiosamente, que al reparar en ello Pepe, creo que su hijo mayor, exclamó:

–Seguir vosotros que voy a ver a lo que tan furiosamente está ladrando el perro—, echando acto seguido a caminar hacia el sitio en que yo estaba.

Considerándome inevitablemente perdido si permanecía en el árbol, decidí bajar desafiando la furia del maldito can y cuando defendiéndome de él a patadas y ansiosamente gateando ascendía por la espinosa rampa en busca del

camino, me sentí cogido fuertemente de un pie y arrastrado hacia el interior del huerto violentamente, mientras Pepe decía con profunda satisfacción:

–¡Otro más que cae!...

Cuando me tuvo ya dentro y poniéndome en pie estuvo un rato mirándome y remirándome como si dudara de lo que tan claramente estaba viendo, agregó gozosamente:

–¡No me equivoqué!... ¡Tenías que ser tú!...

Yo, poseído de intenso temor sin acertar a hacer nada, temblaba ante él que, encendido y trémulo de indignación, me clavaba como acerados puñales sus miradas cual si quisiera asesinarme con ellas.

–Te aseguro que no volverás a sentir más ganas de apedrear las puertas –siguió diciéndome con ronca y sorda voz–. Si gritara ahora mismo a mi padre que te tengo en mi poder, soltaría inmediatamente a los que lleva presos con gran contento porque él como todos, sabemos bien que tú, únicamente tú, eres el causante principal de todas las pillerías que realizan por las noches los muchachos de este pueblo, porque estás hecho con rabos de víboras y cuernos de los diablos. ¡Ya verás la que te espera! ¡Cuando te entregue a él será tanta su alegría, que a lo mejor me regala un duro pa gastármelo con los amigos. ¿Por qué no hablas ahora?... ¿Te has quedao mudo de repente?... ¡Lo que es el miedo!... ¿Temes al castigo, verda?... Por duro que sea bien mereció lo tienes. Antes muchas protestas de no tener miedo, mucho tratar de cobardes y badanas a los que no quieren apedrear las puertas, muchos ruidos y desplantes de valiente y temerario, y ahora mudo como un muerto y temblando como uno de esos peles que pone mi padre en las siembras pa espantar los pájaros, como un corderito recién nació. ¿Por

qué no hablas? Dime algo hombre, a ver si con ello me conmueves y te dejas en libertad que tío, tío podía ser por imposible que te pueda parecer. Inténtalo que a lo mejor lo logras, que tal vez esta indignación que tengo contra ti la conviertas en lástima y te suelte. Tratándose de ti tío es posible, si de verdad te protegen los malos espíritus como dicen y eso es lo que estás deseando.

Yo permanecía mudo y profundamente abatido como el infeliz ratón cuando con él juega el gato antes de devorarlo, y él tras, estar un rato contemplándome en silencio prosiguió:

–Vamos, esta vez hasta el mismísimo Satanás te abandona... Ya ves lo falso que es... Por algo está en el infierno. En el mayor peligro te deja... A lo mejor se está riendo de tí, como sin duda alguna tú te estarías riendo de nosotros hace un rato... Vamos, vamos a saludar a mi padre que a lo mejor te convida con un cortaillo, de esos que tanto te gustan, por el daño que nos hiciste... Muchas noches llevábamos esperándote, pero todos esos plantones bien valen esta alegría que siento viéndote en mis manos... Sabemos que en la escuela eres de los más torpes, que tus compañeros te llaman el borrico, pero desde mañana además de serlo lo parecerás por el largor de tus orejas, las que esta noche te estirará mi padre lo menos una cuarta. Yo empezaría ahora mismo, pero le corresponde hacerlo a él. ¡Vamos, vamos que ni el diablo te quiere ayudar más! –y agarrándome fuertemente de un brazo empezaba a arrastrarme violentamente hacia donde su padre se encontraba, cuando uno de sus hermanos extrañado de su tardanza y del silencio en que quedó le preguntó a gritos:

–¿Agarraste a otro?

Al sentir ésto Pepe se detuvo bruscamente como ante la presencia de un tremendo peligro inesperado, me volvió a mirar de una manera que me extrañó y al punto dejándome pasmado respondió, gritando a su vez:

–¡Nooooo!...

–Entonces, ¿a quién ladraba el perro?

–A unos gatos.

–¿Por qué tardas tanto entonces?

–Es que creía que iba a apresar a otro.

–Si no es al herrerito déjale, que ya tenemos bastantes.

–Por eso me entretuve.

–Bueno, vente que tenemos que ir a avisar a los padres de éstos que hemos cogió.

–Enseguida estoy con vosotros.

Yo, con el estupor que es de imaginar, seguía las alternativas de este diálogo que los hermanos sostenían a gritos, sin poder comprender lo que Pepe se proponía hacer conmigo, hasta que al final en voz baja y precipitadamente me dijo volviéndome a pasmar de asombro:

–Mira herrerito, si te entregara a mi padre no sé lo que sería de ti. Muchas ganas teníamos de apresarte pero ahora veo que tienes un Dios aparte y él es el que te salva esta noche y no el diablo. Sí sí, te salva Dios, Dios que en medio de la indignación que sentía me ha hecho recordar que yo también fui chico inquieto; travieso y revoltoso como tú, que como tú sentía necesiá imperiosa de hacer travesuras y por ello te digo que te escapes antes que me arrepienta, y nunca digas a nadie que te tuve en las manos y te solté, porque me creerían tonto y a pesar de mis años mi padre me azotaría como cuando era niño.

Y soltándome el brazo agregó:

–Anda, vete, vete herrerito y no te olvides de lo que te he dicho.

Creo que antes que terminara la frase estaba yo sobre el camino, pareciéndome imposible lo que acababa de sucederme. Dando un gran rodeo para no ser visto llegué a mi casa, acostándome enseguida. Mucho tiempo estuve preocupado por la suerte de mis compañeros, pero comprendiendo que me era completamente imposible hacer nada por ellos, al fin me quedé profundamente dormido y aquella noche recuerdo claramente que soñé que, siguiendo los consejos de un sabio y venerable anciano, marchaba por un espeso y enmarañado bosque buscando una rara y peregrina flor que existía en él, cuyas gracias y bálsamos constituían el único remedio de una encantadora y hechizada princesita a la que yo amaba con un amor imposible de ser explicado con la palabra humana. Que andaba y andaba por sus intrincados dédalos salvándome milagrosamente de las bestias de toda clase que tenían en el mismo su guarida, preguntando a los pájaros, a los árboles y a los vientos inútilmente que me indicaran el lugar donde la maravillosa flor crecía, y así seguí y seguí hasta que de pronto apareció ante mi vista, paralizándome de terror, un ogro espantoso, con brazos como vigas, uñas como navajas y dientes como cuchillos, que lanzando un sordo y aterrador rugido de gozo me atrapó instantáneamente, pero cuando ahogándome de pánico creía morir triturado entre los hórridos engranajes de sus fauces y sus garras, se transformó de súbito en una hada tan gentil como bondadosa, que cogiéndome cariñosamente de la mano me condujo al edénico rincón donde se hallaba la peregrina y milagrosa flor que buscando con tanto afán estaba, la cual cortó entregándomela y al

instante con el más vivo e íntimo placer cruzando los serenos ámbitos de los cielos, en breves minutos me condujo al palacio de la adorada princesita para que el sabio y venerable anciano la curara con las virtudes de sus gracias y sus bálsamos, como así fue.

Bondadoso y noble como esa hada de mi sueño era Pepe. La irritación que sentía hacía mí era lógica y humana. De haberse encontrado en tal momento cerca de su padre, me hubiera entregado al instante sin vacilar, pero al hallarse tan distanciado su ingénita piedad tuvo tiempo para manifestarse, y por eso ya no pudo hacerlo. Ante mi profundo temor la conmiseración, esa gracia de raíz divina que es la principal señal de humanidad, le hizo comprender como propia mi terrible angustia; instantáneamente recordó que él había sido chiquillo inquieto, travieso y revoltoso, y sin poder frenar a sus nobilísimos sentimientos me dejó en libertad, con esa satisfacción que sienten los buenos cuando hacen una buena acción, ganándose así la bendita aprobación de Dios y mi eterna gratitud.

Por ese tiempo era uno de los tres serenos del pueblito, estaba en la plenitud de su existencia y casado con la guapa y gentil Juliana, la hija de la tía Rafaela, siendo feliz, completamente feliz, dentro de los reducidos límites en que lo pueden ser las criaturas humanas en este mundo. Tenía amor, salud, trabajo y conformidad. El amor de su familia en especial y de cuantos le trataban en general, la salud que proporciona la naturalidad del vivir honesto y útil, el trabajo saludable, purificante y redentor, con el que ganaba alegremente el sustento de su familia y el propio, como manda Dios, y por último conformidad, la bendita

conformidad de los simples, de los sabios y de los justos, de aquéllos que sienten y saben que esta existencia es un áspero y doloroso camino hacia los eternos y venturosos órdenes de Dios, y por ello le andan alegres, ilusionados y fortalecidos por la divina esperanza, por la certidumbre incommovible de que algún día y en alguna parte, sus angustias serán consoladas y sus ansias e ilusiones tendrán la más plena realización.

El noble y bondadoso Pepe poseía estos bienes supremos de la vida, pero tiempo después fue víctima de una maligna enfermedad. Como siempre sucede con las cosas corruptibles y perecederas, aunque en nuestra dicha y prosperidad, cegados por la vanidad, la avaricia y la soberbia, las creamos eternas, estas dichas tan sencillas y santas del noble Pepe, empezaron a esfumarse una tras de otra y así prosiguieron hasta que al fin los rigores del hado adverso, apagaron lentamente la lámpara de su humana vida. Yo asistí en cuerpo y alma a su entierro. Aunque era muy pequeño le acompañé a su última morada con plena conciencia de lo que estaba realizando, pues nunca pude olvidar su nobleza y su bondad puestas de manifiesto una vez más en aquella noche que me apresara. Por eso, confundido entre los numerosos vecinos que formaron su fúnebre cortejo, le acompañé al triste camposanto; por eso eché sobre el humilde ataúd que le encerraba, santificados con mis besos y humedecidos con mis lágrimas, los humildes terrones que le cubrían y por eso hoy, a más de ocho lustros de aquellos dichosos tiempos, mi gratitud le rindo póstumo homenaje en este artículo, que mis amores y mis nostalgias dedican al huerto de su padre, el tío Estanislao.

PENAS DEL AMOR SOÑADO

Entre el interminable rosario de sueños que constituyen casi exclusivamente la verdadera esencia de mi humana vida, se encuentran muchos que son raros, extravagantes y fantásticos, y entre estos últimos se halla uno que titulo «Penas del amor soñado», que por la frecuencia con que reclama mis recuerdos a pesar de hacer ya más de cuarenta años que le viví espiritualmente, le voy a describir en este artículo para regustar una vez más los almíbares y las hieles que me hizo gustar intensamente durante su desarrollo.

Recuerdo perfectamente que una fría noche de invierno, al quedarme profundamente dormido con el pensamiento puesto en las peripecias de una hermosa novela que terminaba de leer, tuve este amargo y dulce sueño el cual entre los gozos inefables que por momentos me ocasionaba, pues por su virtud los ángeles más hermosos remontaban mi alma a los órdenes ideales abrasándome de dulcísimas emociones, me proporcionaba igualmente y esto con más frecuencia, penas tan íntimas y amargas como si los demonios me hundieran sin misericordia en las simas más profundas de sus antros infernales, atormentándome sin piedad.

Protagonista del mismo era una muchachita gentil y esbelta como los álamos que crecen entre músicas y

fragancias en las cumbres de las colinas solitarias, inquieta y vivaz como las gacelas que corretean alegremente entre los perfumados bosques, y hermosa como esas cándidas rositas que rezumantes de bálsamos y lozanías, se abren en los primaverales amaneceres del mes de abril, en los encantadores jardines del ensueño y la ilusión.

Efectivamente, de ensueño y de ilusión parecía estar formada esta singular mocita, cuya gracia tan exquisita y honda me iluminaba las sendas de la felicidad ideal, como iluminan en las noches tempestuosas y oscuras a los marinos las rutas de los seguros puertos, esos luminosos faros que se levantan en la cima de los acantilados frente a la impresionante inmensidad de los océanos. En realidad era una criaturita sumamente excepcional. Su distinción y delicadeza, resaltaban admirablemente entre las demás condiciones de su ser como resaltan los vívidos diamantes entre los ordinarios vidrios, y el gozo, la simpatía y la emoción, con que tan dulce y torrencialmente me inundaba al contemplarla brotaban de ella como los bálsamos de las flores y el cántico de los pájaros, tan pura y naturalmente como fluyen las frescas y cristalinas aguas de los manantiales serranos.

Para hacer un retrato aproximado que pudiera reflejar en parte el íntimo y seductor encanto de esa doncellita que tan admirablemente protagonizó el sueño que viví aquella inolvidable noche, amenizando deliciosamente al mismo tiempo los valles de mi espíritu como embellecen los resecos páramos las refrescantes lluvias y las florecillas cándidas que tras de las mismas brotan, había que levantar por fondo el maravilloso telón de las noches estivales, tachonado de luceritos y estrellas, a continuación los tan fértiles y llanos campos de Castilla cubiertos de trigales en sazón como si las

brisas perfumadas al cruzarles, les llenaran de suaves y rítmicas ondulaciones; en sus confines y sobre las cumbres de solitarios cerros, vagas e imprecisas figuras de alcázares y castillos cuyas torres parecieran perderse en la azulada profundidad del firmamento como espíritus atormentados por los afanes del supremo hallazgo; descolgándose desde las puertas de altos y deslumbradores pórticos que dieran la sensación de alzarse en la entrada principal de la inefable gloria, la ensoñadora Vía Láctea llegaría hasta la tierra deteniéndose en los umbrales del primer término, como el más amenísimo y encantador camino que soñarse pueda; sobre el mismo en segundo plano dos ángeles hermosísimos en actitud impaciente, y en el primer plano como disponiéndose a partir vestida maravillosamente con los más finos y coloridos cendales de la gracia y el primor, a esta gentil y subyugante niña avanzando hacia los ángeles con su preciosa cabecita vuelta como despidiéndose de todas sus queridas cosas de este mundo, antes de perderse en el celestial sendero acompañada de los divinos emisarios que impacientemente esperándola se hallan, en busca de las supremas felicidades de la gloriosa eternidad hacia las que poderosamente la impulsaran las ansias de su corazón constantemente hambriento de líricas y románticas aventuras.

Esta preciosa y singular chiquilla, me inspiró con su gracia y hermosura en el transcurso de este sueño el amor de los amores. Ella ocupaba permanente mi pensamiento y exaltaba mi corazón, el cual llegó a considerarla el símbolo único y supremo de su adoración. Su recuerdo entre una gama de dulcísimas sensaciones llegaba hasta mí emocionándome hasta el temblor, como si el mismo estableciera en mi alma íntimos y misteriosos contactos con las fuentes de la ventura

celestial. Su presencia me causaba la más grata y embarazosa turbación, y el verla aunque sólo fuera un segundo y desde lejos, llegó a constituir una imperiosa necesidad de mi espíritu el que después quedábase triste, profundamente triste como las flores sin riego, los niños sin madre y los pájaros sin alas, por hendirme como una venenosa flecha de Satanás la certidumbre de que ese amor era imposible para mí. Por no sé qué oscuro presentimiento sabía que nunca llegaría a ser el feliz poseedor del cariño de esa mocita hermosa como las albas y grata como las ilusiones que se realizan, la que al transcurso del tiempo se iba transformando ante mi vista haciéndose cada vez más seductora y bella; convirtiéndose de niña inocente y cándida que era en la iniciación de este sueño, en una esbelta y simpática doncellita en cuyo cuerpo las savias milagrosas de la pubertad, hacían florecer maravillosamente las gracias de los encantos femeninos modelándole al mismo tiempo con inspiración divina, y agregando a la límpida y serena hermosura de sus ojos incomparables, ese resplandor tan brillante y mágico que anuncia el florecimiento de la juventud y en los que yo veía resplandecer intensamente entre un halo de hechizos inefables, las seducciones más irresistibles y dulces del milagroso amor.

Pero a pesar de esta certidumbre tan amarga y dolorosa que como una catarata de ceniza ardiente caía sobre los líricos vergeles de mi alma marchitando las flores de su ilusión yo soñaba con su querer como sueñan los afligidos ciegos con la deseada vista, los inocentes presos con la libertad perdida y con las bondades de Dios los que están próximos a morir. Su rostro tan encantador y hermoso como si lo llevara grabado a fuego en lo más profundo de mi ser y se proyectara por mis miradas al exterior, le veía en todas

partes donde las mismas se posaban; por la noche en lo más alto de la bóveda celeste entre los áureos ramilletes de las constelaciones, causándome los más peregrinos y místicos anhelos; resplandeciendo idealmente entre la tierra y el cielo como una rosa de hermosura incomparable en el confin del horizonte, cuando contemplaba las diáfanas lejanías desde la cumbre del cerro de Santa Ana, o desde el altísimo campanario de la iglesia cuando estaban repicando jubilosamente las campanas en los días de grandes fiestas. ¡Oh, que apetencias tan nobilísimas, que ilusiones tan doradas y románticas me causaba en esos gratísimos momentos en que flotando idealmente entre los límites terrenales y celestes, la veía tan bella y cautivante sumida en el más profundo y delicioso éxtasis!...

Por todo esto, cediendo a la obstinación tan ridícula como ilógica que contra todo me hacía anhelar vehementemente el cariño de esta mocita encantadora, recuerdo que durante las noches pasaba mucho tiempo escondido entre las sombras de los edificios de su calle rondando su casa con la esperanza de verla salir, para confesarle el profundo amor que me inspiraba, me abrasaba y consumía, como consume el pavoroso incendio a los arbustos resinosos y secos que a su paso encuentra en los ardorosos campos aunque inútilmente, por que tras tanto tiempo de impaciente espera al verla por fin salir con la cesta hacia la tienda o con el cántaro a la fuente, mi timidez me petrificaba por lo que sólo acertaba a seguirla religiosamente con mi mirada hasta que se perdía de ella. Entonces bebiendo las hieles más ácidas y amargas de la angustia, permanecía en mi ridículo escondite hasta que nuevamente la veía aparecer, que entonces mis hieles se

transformaban en néctares dulcísimos, los cuales me embriagaban deliciosamente que llegando a su casa desapareció en su interior, volviéndome a dejar completamente ciego de tétricas amarguras. Y así, encerrado en el templo de la soledad y el silencio estuve durante el transcurso de este sueño rindiéndola los amores más íntimos y puros que puedan rendir los seres humanos en este mundo desde los ocho a los dieciséis años.

Como era lógico, querer tan profundo tenía que ser al fin notado por las gentes que merodeaban, por más empeño que pusiera en disimular su existencia. El brillo de mis ojos y la expresión de mi rostro cuando hacia ella dirigía mis miradas; el afán que me arrastraba a los lugares que ella frecuentaba; el temblor que me conmovía y la turbación que se posesionaba de mi espíritu cuando accidentalmente se colocaba junto a mí, fueron poco a poco revelando el gran secreto de mi alma a los demás, quienes al tener la certidumbre de que no se equivocaban, de que en realidad estaba consumiéndome de amor por esa mocita tan simpática y hermosa, cuando me veían bailar con ella en las maravillosas tardes de los domingos o días festivos, empezaron a darme bromas que enrojecían instantáneamente mi rostro, ahogándome al mismo tiempo de vergüenza y turbación, como si mi amor fuera pecado.

Seguí un poco tiempo más soñando deliciosamente con mis ilusiones que, aunque las sabía imposibles, me causaban íntimos y gratísimos placeres, hasta que un día uno de mis amigos, sin el menor escrúpulo ni la menor consideración por el sufrimiento que me había de causar con su torpe acción, la escribió una carta en mi nombre, diciéndola en la misma cuantas tonterías y simplezas se le antojaron. Esta broma tan

indigna y tonta me inundó de vergüenza y pena, y desde entonces procuré por todos los medios no situarme cerca de ella, a la que suponía irridadísima contra mí, suposición que no pudo ser más infundada pues no advertí el menor síntoma de enojo cuando la casualidad nos puso frente a frente, cosa que me sorprendió gratamente y que achaqué a que tenía conocimiento de la verdad. Pero desde que ocurrió esto ya no pude estar tranquilo. Mi secreto, al ser conocido, empezaba a perder su pureza y su candor, en las bromas y conversaciones que la incomprensión y la picardía entablaban sobre él. Mis sentimientos más hondos y delicados habían servido de grosera burla y comprendiendo que en posición tan inestable no podía permanecer por mucho tiempo, decidí confesarla personalmente el amor que me inspiraba pasara lo que pasara. Impulsado por esta determinación volví a rondar su casa con más tesón y nuevamente volví a embriagarme con las hieles de la amargura, porque al verla salir de ella mis ánimos se desvanecían y como si férreos grillos aprisionaran mis pies, permanecía inmóvil sin acertar ni poder hacer el menor movimiento para ir hacia ella. Esta horrible lucha entre mi ansiedad y mi timidez continuó hasta que al fin una noche, al verla salir de su casa, empecé a caminar resueltamente para al fin manifestarla mi querer. Cuando estuve cerca empecé a temblar como los árboles al ser sacudidos por el huracán; como las tórtolas al sentirse aprisionadas; mi conciencia se turbaba pero contra todo seguí y seguí, hasta colocarme frente a ella y con los acentos más íntimos de mi ser la dije: ¡Te quiero, te quiero como más es imposible!..., y no pude decirle más. Vi a sus ojos hermosísimos mirarme como asombrados profundamente de lo que veían; a su rostro encantador contraerse en la más seductora como indefinible expresión,

y nada más, pues creo que no tuve conciencia clara y normal de lo que me pasaba hasta el siguiente día.

No volví a hablarla más. La idea de que mi anhelo era imposible se agrandaba sin cesar en mi conciencia, al hacer un ligero examen de la desigualdad económica que entre nosotros existía. Sus padres tenían labranza, yuntas, tierras, viñedos y olivares, y los míos tan sólo un insignificante tallercito de carruajes y demás enseres de las labores rurales, y esto en los pueblos pequeños significa muchísimo pues yuntas y tierras son para la mayoría de sus habitantes las mayores riquezas que se puedan poseer, como lo eran entonces para mí. Por todo ello esta declaración tan confusa e incompleta de mi amor, exageró aún más en mi juicio esta diferencia de bienes materiales que veía alzarse como un insalvable muro entre ella y yo. Obsesionado por esta idea de inferioridad empecé a dejar las reuniones, a huir de todas las públicas diversiones y a perderme sólo por los campos los cuales consolaban mis pesares, revelándome amorosamente los encantos que encerraban entre las variadas tonalidades de sus tierras, entre sus cielos diáfanos y serenos y las encantadoras magias de sus lejanías, con las que inundaron mi corazón de líricos sentimientos y mi alma de dulcísimas emociones, por lo que me parecía resucitar a otra existencia mas bondadosa y justa donde las palabras de rico y pobre, eran completamente desconocidas. Seguí otro poco más así, pero comprendiendo que en tal situación mi gran amor se consumiría, decidí ausentarme del pueblito, cosa que hice al instante porque en los sueños podemos realizar todo lo que se nos antoje por difícil que ello sea.

Primeramente me marché a Torrijos, donde permanecía tranquilo al principio pero al poco, comprendiendo que la

distancia entre mí y el pueblito, por haberse constituido éste ya en el sagrario de mis más dulces y dolorosos recuerdos debía ser mayor, para que la ausencia borrando todas las cosas desagradables e imperfectas hiciera resaltar más sus bellezas y sus bondades, me marché a Madrid y pareciéndome aún corta la distancia salté a Oceanía donde al llegar profundamente impresionado por los cuadros exóticos que contemplaba, desperté sobresaltado y restregándome los ojos para convencerme de que todo ello no había sido nada más que una fantasía de las tantas que solía tener mi espíritu al quedarme dormido.

Así terminó este sueño tan raro y peregrino que como un vergel de Dios surgió de improviso un día en los páramos de mi alma convirtiéndose en oasis encantador de los mismos, donde esa mocita gentil y esbelta como las trémulas palmeras que en su extensión se alzaban, y hermosa como las rosas que florecían en las márgenes de sus arroyuelos, alzó un día sus acogedoras tiendas como la más joven y encantadora sultanita de la gracia y el primor, en las cuales dio generosa hospitalidad a las románticas caravanas de mis ilusiones, cuando cansadas de andar tras los espejismos engañosos llegaron hasta ellas en un luminoso atardecer de estío cuando mis esperanzas agonizaban y mis ánimos desfallecían, calmando su ardorosa sed de emoción con las frescas y cristalinas aguas de su hermosura y su hambre de ideal con los dátiles y las mieles de su gracia incomparable, mientras me hacía al mismo tiempo entreveer entre las magias de sus diáfanas lejanías los espléndidos y maravillosos países de la suprema felicidad siempre deseada y jamás alcanzada por las criaturas humanas en esta vida.

Pasaron los años. Las determinaciones del destino me llevaron en realidad lejos, muy lejos de aquel venturoso y humilde pueblo donde nací; sin fin de acontecimientos tristes y alegres se precipitaron torrencialmente sobre mi vida; muchas cosas fueron borradas completamente y para siempre de mi memoria, pero las peripecias de aquel tan raro como extravagante sueño no. Sus imágenes permanecen claras en mi conciencia como en el instante de cruzar por primera vez ante ella destacándose admirablemente entre todas, como la luna entre las estrellas, la de aquella doncellita gentil y esbelta como los álamos que crecen entre músicas y fragancias en las cumbres de las colinas solitarias, inquieta y vivaz como las gacelas que corretean alegremente entre los perfumados bosques y hermosa como esas cándidas rositas que rezumantes de bálsamos y lozanías, se abren en los primaverales amaneceres del mes de abril, en los encantadores jardines del ensueño y la ilusión, la que con su gracia y simpatía encendió la primera brasa de la ansiedad romántica en mi alma haciéndome saborear por primera vez en esta vida ese exquisito y tonificante bálsamo compuesto de néctares y hieles que constituye el fervoroso amor por los divinos imposibles, amor dulcísimo y amargo, benéfico y cruel el que al correr del tiempo había de concentrar casi todos los afanes y desvelos de mi triste y atormentada vida.

Por todo esto, cuando las dulcísimas nostalgias invaden torrencialmente mi corazón dándolas el desahogo que tan insistentemente me reclaman, entrecierro los ojos y olvidándome de todo lo que me rodea por completo, vuelvo a inundarme de júbilos inefables contemplándola tan seductora y bella, como se presentara ante los ojos de mi espíritu en el transcurso de aquel peregrino sueño que denomino: «Penas del amor soñado».

LOS HÚNGAROS O BOHEMIOS

Entre las novedades que de cuando en cuando alteraban la calma y quebraban la monotonía del humilde y placentero pueblito de mi nacimiento, además de los cómicos de la legua como ya lo tengo dicho en otro de estos libros, se encontraban las tribus andariegas y exóticas de los húngaros.

Eran los húngaros o bohemios, como igualmente les llamábamos, unos conjuntos melancólicos e inquietos compuestos por los seres más heterogéneos y raros en los que había ancianos de hermosos rostros y patriarcal aspecto, viejas horriblemente feas, retorcidas y sarmentosas, como los troncos de los ásperos y raquíuticos arbustos que hacían evocar involuntariamente y al instante, a las brujas que animan los sabáticos aquelarres, mozos de cuerpos bien proporcionados y espíritus indolentes y muchachas esbeltas y garridas, entre las que había algunas preciosas como las vírgenes de los celestiales coros y pícaras y vivaces como las gitanas más simpáticas y ladinas.

Estas criaturas tan extravagantes y líricas vivían en constante movimiento sin ningún aparente motivo práctico, como si en verdad, como decían a veces, estuvieran condenados por quién sabe qué tremendos e incógnitos

pecados, a un continuo peregrinar por todas las sendas y caminos de este mundo, o como inquietos y románticos visionarios de ideales maravillosos, de reinos encantadores cuyas cúpulas y alcázares estuvieran viendo permanentemente entre las magias de las lejanías, y hacia los que anhelantemente fueran entre músicas de deliciosos violines y tiernas y melancólicas canciones, sin llegar a ellos jamás.

Así marchando como absortos en pos de sus bellísimas visiones, en enormes y matusalénicos carretones que no sé por qué motivo hacían evocar al arca de Noé, a los que arrastraban fatigosamente sus viejos y filosóficos caballos, aparecían de vez en cuando en mi lugar entre músicas y cantares inundando las almas de sus sencillos habitantes de inéditas emociones y despertando al mismo tiempo en sus espíritus, instantáneos y vehementísimos anhelos de romper las pesadas cadenas de los afanes obsesivos que tan firmemente les amarraban a la vida estática y vulgar, y marchar con ellos entre cánticos y esperanzas por todas las sendas y caminos de esta tierra, a los maravillosos piases del ensueño y la ilusión.

En el rastrojo o barbecho que veían más próximo al pueblito alzaban su exótico y pintoresco campamento hacia el que los chiquillos, al tener conocimiento de su llegada corríamos ansiosa y gozosamente a contemplar sus grises y perezosos osos, los que sin saber por qué siempre me inspiraron una profunda lástima, y a divertirnos con sus inquietos monos tan ágiles y chillones, los cuales se comían presurosamente los trozos de pan que les echábamos mirándonos con ojos agradecidos, y haciendo al mismo tiempo mil gestos y piruetas que provocaban nuestra hilaridad.

Al detenerse levantaban rápidamente sus tiendas en torno de los arcaicos carromatos que les transportaban, y al finalizar mientras las mujeres encendían el fuego y preparaban la comida en un enorme calderón de cobre que suspendido de un trípode colocaban sobre el mismo, los jóvenes y las muchachas más vivaces y agraciadas con sus osos y sus monos, y los ancianos con unos viejísimos maletines donde guardaban las más raras y útiles herramientas, se dirigían al pueblo a ganar lo necesario para vivir honradamente como lo hacían.

Cuando llegaban a él, separándose los ancianos, que eran muy diestros en artesanía, recorrían sus diversos talleres componiendo las piezas más difíciles de las pocas y primitivas máquinas que en los mismos se empleaban; arreglando las barrenas que los carpinteros tenían desechadas por inútiles al rompérseles el gusanillo, que ellos rehacían de nuevo con rara habilidad; reparando escopetas, anteojos, lámparas, relojes y demás utensilios del hogar, como así mismo lañando diestramente cántaros, fuentes, jarrones y toda pieza de alfarería que estuviera rota o simplemente rajada, o componiendo todas las cosas que tuvieran sus dueños descompuestas y amontonadas en los oscuros y polvorientos desvanes de sus casas en el montón de los trastos inútiles, tareas que realizaban con una tranquilidad pasmosa y deleitando al mismo tiempo a sus dueños con los relatos más fantásticos e interesantes, de los países que recorrían en su incesante peregrinar. Los demás con sus osos y sus monos entre un compacto grupo de gritones y alborotadores chiquillos, recorren las calles principales llenándolas de animación y colorido, haciendo a los micos saltar y realizar mil raros y complicados

ejercicios de acrobacia, que evidenciaban claramente la habilidad y paciencia de sus amaestradores, y a los infelices y pesados plantígrados bailar en dos pies lenta y perezosamente al monótono son de un viejísimo pandero, que algunos de ellos tocaban como a la fuerza canturreando al mismo tiempo con voz gangosa algo que nos era imposible comprender, mientras sus mujeres jóvenes más guapas y graciosas vestidas con vaporosas faldas y coloridas chambras, calzando sus pies pequeños con zapatitos negros y cubriendo sus hermosas cabezas con primorosos pañuelos, entre los que dejaban sobresalir caprichosamente con hechicera gracia los rizos de sus espléndidas cabelleras, unos rubios como los trigales en el mes de julio y otros negros como los túneles del pecado, llevando una pandereta en sus manos y haciendo rabiar de celos a las mujeres y a los hombres soñar honda y deliciosamente con los paraísos más hermosos y dulcísimos del amor, con gracia pícara y voz de súplica, pedían de puerta en puerta unas perrillas para no «morirse de hambre» en la constante peregrinación que realizaban por todo el mundo cumpliendo, según decían, la dura penitencia impuesta por Dios a los descendientes de su raza, por no sabían que gravísimos delitos cometidos por sus antecesores en el pretérito remoto, la cual debían proseguir ininterrumpidamente contra todo hasta el final de la existencia humana en esta tierra.

Tiempo después, cuando el cinematógrafo empezó a desarrollarse, recuerdo que estas tribus tan exóticas y andariegas venían con proyectores y películas realizando funciones de este género que nos maravillaban, al hacernos presenciar como por arte mágico las fantásticas y peregrinas cosas que soñábamos, como si los cuentos que tan ansiosa

y gozosamente leíamos, se convirtieran en magníficas realidades ante nuestros ojos asombrados.

Permanecían unos pocos días en el lugar embelleciéndole con sus gracias y alegrándole con sus funciones, y volvían a dejarle con su calma y monótona habituales, cuando en el declinar de su tarde última levantaban sus tiendas, enganchaban sus filosóficos caballos a sus enormes y rechinantes carretones y subiéndose a ellos entre músicas de violines y sentimentales canciones profundamente impregnadas de melancolía y nostalgias reanudaban por los caminos su eterna y romántica peregrinación dejando tras de sí una estela de tan dulces y conmovedores sentimientos, que hacían anhelar vehemente los viajes a remotos y espléndidos países, inundando los ojos de lágrimas y el corazón de dulce y tristísima melancolía.

Muchas y amenísimas páginas se podrían escribir sobre estos seres tan líricos y andariegos, que entre las mayores fatigas y privaciones recorrían los pueblitos estremeciéndoles y despertándoles por unos días a la vida del ensueño y la ilusión. Yo les recuerdo en este instante con inmensa gratitud por los gozos que me causaron en mi lejana infancia, gratitud que les testimonio hoy con este artículo y las armonías de los siguientes versos.

A LOS HÚNGAROS O BOHEMIOS

Caravana de seres románticos que andando
vivís siempre sedientos de nuevas emociones
sin prácticos motivos, cual si fuerais buscando
la patria ideal de vuestras magníficas visiones,

¿Por qué vais existencia tan áspera arrastrando?...
¿Qué anhelan vuestros cándidos y simples corazones
para ir siempre por valles y páramos soñando
entre un son de violines y líricas canciones?...

La incógnita más honda preside vuestros pasos
por ello, al contemplaros en los bellos ocasos
del estilo por las sendas y caminos cruzar,

los júbilos nos turban y en tan dulces instantes
cual vosotros quisiéramos vivir siempre anhelantes
tras la ilusión y el éxtasis, sin dejar de cantar...

AMPARITO ORDAX

Una de las cosas más entretenidas y agradables que en primavera y verano realizábamos los chiquillos de Val de Santo Domingo, era sin lugar a duda la caza de los hermosos grillos reales para el «señor». Llamábamos así, por ignorar su verdadero nombre, a un notable varón que residía en Madrid, casado años atrás con doña Josefa Díaz, hija de este pueblo en la capital de España, el cual realizaba frecuentes viajes a este lugar en el estío por la razón de que su esposa y sus hijos César, Amparito y Pepe, pasaban los meses de vacaciones en él, habitando la amplia y cómoda casa que poseían próxima a la iglesia, en una calle cuyo nombre no recuerdo.

Creo que nunca vi a este culto y distinguido señor que desempeñaba altos e importantes cargos del gobierno; en mi memoria por más que me empeño en ello no descubro el menor rastro de su persona, pero como a los seres no se les conoce únicamente por su figura física sino además, y mucho mejor, por sus obras espirituales, tenía formado de él el mejor concepto por el caño nuevo que hizo construir, por la canalización de su principal desagüe y otras obras edilicias en el corto periodo en que creo que fue alcalde,

pero la principal era por el amor que los animalitos le inspiraban y de manera especial, los simples y cantarinos grillos reales, que tanto alegraban y amenizaban los atardeceres y las noches, cantando sin cesar entre las siembras de aquellas tierras tan fértiles, monótonas y llanas.

Estos insectos tan inofensivos y simpáticos, de cuerpo lustroso negro rojizo, de vivos ojos y casi doradas alas, como no he vuelto a ver más por ninguna parte, emitían con el rápido y constante movimiento de sus élitros una melodía tan armoniosa y grata, que en casi todas las casas se les tenía dentro de diminutas jaulas colgadas de las parras y los rosales en los patios para que les alegraran con sus agradables músicas, y los encargados de venderles por una perra gorda a los vecinos, éramos por lo general los chiquillos.

Su caza entre las espesuras de los trigos, las cebadas y las algarrobas, como igualmente de los céspedes tan tupidos que alfombraban las lindes de los campos y los bardales de los caminos, era larga y difícil por la rara habilidad que poseían para desorientar a los que intentaban atraparles, siguiendo el curso de las vibraciones que parecían marcar sus cantos, pues era casi seguro que buscándoles así no se les encontraba por más que se hiciera.

Al sentir los más mínimos temblores de las plantas que se hallaban próximas a sus guaridas quedaban instantáneamente mudos, y cuando se creía estar sobre ellos y ansiosos e inmóviles esperábamos con la paciencia de Job la renaudación de su canto para caer sobre los mismos y cogerles antes de que se hundieran en la tierra, éste empezaba a sonar a nuestra espalda dejándonos completamente desorientados, por lo que era cosa de mucha habilidad y paciencia encontrar los redondos y mínimos agujeritos de

sus grutas, que disimulados con rara maestría entre los troncos de las hierbas, les conducía a sus misteriosos aposentos subterráneos.

Cuando al término de la más paciente y anhelosa búsqueda les encontrábamos al fin, si a pesar de nuestras precauciones desaparecían por ellos de la superficie, para obligarles a salir introducíamos en los mismos pajitas largas y flexibles; si esto no daba el resultado apetecido escarbamos la tierra como conejos buscando el final de sus madrigueras y si así tampoco lográbamos nuestro deseo, como por lo general sucedía, recurriamos a un procedimiento que aunque no muy limpio, nos daba muy buen resultado, y éste era el orinar sobre ellos, cosa que obligaba a los pobres animalitos a salir de las profundidades de la tierra, con el ánimo de los que se sienten completamente vencidos, para no morir ahogados.

Al tenerles ya en la mano, nos levantábamos con sumo cuidado un poco la gorra abandonándoles entre la maraña de nuestras ásperas y enredadas cabelleras, en las que se hundían ansiosa y gozosamente con la ilusión de haber recuperado la libertad perdida tan inesperadamente, y tan profunda debía de ser esta ilusión en ellos o tan desarrollado tendrán el sistema de adaptación estos simpáticos animalitos, que al poco empezaban a cantar entre nuestros cabellos siguiendo así hasta que ya en el pueblo volvíamos a cogerles, cosa también que era ardua, para meterles en las jaulas de los vecinos que nos les compraban.

Esta cautividad que sufrían los alegres y vistosos grillos reales, aunque estuvieran como lo estaban, rodeados de cuidados y atenciones de toda clase era sentida profundamente, o al menos así nos parecía a nosotros, por

este noble señor, el que un día, para que cesara o disminuyera en lo posible, mandó echar un pregón por el pueblo anunciando que pagaría un real por cada grillo que le llevaran a su casa, con el propósito de dejarles al punto en libertad entre los céspedes y las flores de su jardín.

Tal noticia significó un verdadero acontecimiento para los chiquillos, y desde tal día fui muchas veces a su casa a llevar los grillos que cazaba con la más honda y jubilosa ansiedad, por el real que me daban por cada uno, por lo mucho que me gustaba apretar el botón del timbre eléctrico, que era el único del pueblito, pero sobre todo esto por la esperanza de poder ver de cerca a su hija Amparito, chiquilla de mi mismo tiempo, hermosa como las gracias y encantadora como los ángeles, ante la cual sentía que instantáneamente se levantaban de lo más profundo de mi alma raudos y dulcísimos torbellinos de sentimientos que, sacándome del pozo de este mundo, me elevaban deliciosamente a las órbitas ideales.

Esta niña tan guapa y distinguida, que ignoraba en absoluto mi existencia, sin quererlo y sin saberlo embelleció hasta la sublimidad el límpido y sereno firmamento de mi niñez, haciendo florecer maravillosamente sobre sus diáfanas profundidades las ilusiones más hermosas y románticas que puedan concebir los niños, haciéndome al mismo tiempo soñar jubilosamente con las felicidades ultraterrenas, de las que eran nítidos reflejos esas gracias tan íntimas y seductoras que tan divinamente resplandecían entre las púrpuras y las nieves de su hermosísimo semblante.

Como ya he manifestado era de mi misma edad, rica, distinguida y bella en la más alta acepción de la palabra. Yo, en cambio era pobre, ordinario y además uno de los

chiquillos más torpes de la escuela, agregándose a todas estas desventajas físicas, para consolidar y aumentar mi desventura, ser en el plano espiritual extremadamente sensible, impertérrito soñador, fervoroso enamorado de las cosas maravillosas e imposibles, en cuyos espacios parecía estar viviendo constantemente, de fondo melancólico y triste como si el oscuro presentimiento de la insignificancia material que tendría hasta el término de mi vida, empezara a empañar y ensombrecer las luces de mi espíritu, por lo que era por lógica consecuencia tímido, exageradamente tímido como lo fui siempre, para conseguir o conquistar todo cargo o posición que se derive en beneficios materiales, y por lo mismo, al ver aparecer en los bellos y luminosos tiempos del verano a esta tan gentil y simpática chiquilla, tan intensamente aureolada de hermosura, fineza y distinción, era lo más natural que mis pensamientos la alzarán ansiosa y gozosamente al pedestal de las divinidades, pues únicamente así podría dar cauce libre y digno al torrente de dulcísimos sentimientos que como tengo dicho, su presencia hacía brotar instantáneamente en mi corazón.

Cuando la veía en los paseos, las calles o en la iglesia, la miraba como deben mirar los ángeles a la Virgen en la gloria del Señor. En esos gratísimos instantes parecía poseerme por completo la certidumbre incommovible de la existencia celestial, y esta tan sólida y profunda fe en los ultraterrenos bienes me causaba un gozo tan purísimo, que por la virtud de su beneficosa acción me sentía al instante consolado en esas penas tan íntimas y raras que tanto me entristecen desde niño, haciéndome creer firmemente que aunque fuera el ser más débil y pobre de este mundo, si cruzaba esta existencia siendo bueno, ansioso de méritos y

virtudes, como tan ardientemente deseaba, hasta su fin, al resucitar tras la muerte en esta tierra en la vida eterna del Señor, podía gozar de sus divinas felicidades, libre, completamente libre de las grandes y dolorosas injusticias terrenales, de esta tierra que dice amar a Jesucristo con la boca y le niega con sus obras, donde los que nacen ricos por indignos que sean tienen todos los derechos por lo que pueden pretender todo lo que se les antoje o apetezca sin sufrir por ello vergüenza ni humillación, sino honras y alabanzas, mientras que los que nacen pobres por más buenos que sean están obligados, sino son tontos, a sofocar en el corazón sus sentimientos más íntimos para evitar la burla y el desprecio, el castigo y el insulto, como si tales manifestaciones significara realizar la acción más indigna y vergonzosa.

Por estas tan tristes y poderosísimas razones, que desde mis primeros años e instintivamente empecé a comprender muy bien, esta encantadora niña levantaba mis pensamientos con su hechizo del plano terrenal, encauzándolos recta y seguramente a los dominios del firmamento ideal, en cuyos templos podía rendirla sin temores ni vergüenza de ninguna clase, la honda y férvida admiración que con su gracia y su hermosura me causaba.

Nunca olvidaré un insignificante episodio que realicé ante ella, el cual fue causa de que experimentara por primera vez en esta vida la pena más íntima y amarga. En los tiempos del verano los señores, los artesanos y demás vecinos que trabajaban y vivían continuamente en el pueblo, tenían la costumbre de ir en los atardeceres a pasear hasta que anochecía en torno de las activas y laboriosas eras, donde parecía concentrarse todo el movimiento y el ruido del lugar

pues los labradores, entregados por entero con incansable afán a la recolección de sus cosechas de cereales, trabajaban, comían y dormían en las mismas hasta que no veían al último de sus granos depositado en sus graneros, por lo que la carretera y los caminos que las bordeaban se ponían en tales horas concurridos y amenísimos como nunca.

Uno de estos hermosos atardeceres, hallábame yo en las eras del tío Juan con su hijo Valentín y otros amigos jugando en uno de sus carros, cuando esta graciosa y simpática chiquilla acompañada de su prima Eloísa y otras niñas más, apareció paseando por la carretera y al llegar frente a nosotros se detuvieron un instante contemplando nuestros juegos. Yo entonces como electrizado por su gracia y deseando ansiosamente llamar su atención, tras hacer unos ejercicios rápidos y violentos sobre la base de la lanza me encaramé a la punta de la misma con la intención de dar allí unas cuantas volteretas difíciles y arriesgadas. Conseguí dar dos o tres muy bien. Las chiquillas me miraban asombradas. Ante mi loco entusiasmo y no menos loca temeridad, mis amigos me advirtieron del peligro que corría, pero las muchachitas me miraban con tanta curiosidad que olvidándome de todos los peligros empecé a dar otras más temerarias aún y en esto me caí descalabrándome, cosa que hizo estallar a todos en la carcajada más sonora y espontánea, la cual apagándome instantáneamente como una lluvia helada el entusiasmo, me hizo avergonzar hasta las lágrimas.

A pesar de haber transcurrido ya casi cincuenta años de aquel tan insignificante y común accidente, cuando con melancolía y nostalgia me pongo a evocar los casos y las cosas de mi lejana y plácida niñez, al recordarle me parece

revivirle aún con toda la gama de las dulces y tristísimas sensaciones que hendieron mi corazón en aquellos inolvidables momentos, y estar viendo frente a mí a Amparito, a aquella chiquilla tan simpática y hermosa que siempre comparé con las imágenes celestes. Llevaba un primoroso vestido blanco con zapatitos de igual color, una cinta de seda azul que tras rodearla con exquisita gracia, se resolvía en un amplio y vistoso lazo sobre su oscura y espléndida cabellera y hubiera jurado que era un verdadero ángel, un ángel peregrino y cándido, porque estaba bellísima y como divinamente aureolada por el halo de las seducciones más místicas e irresistibles. Destacándose admirablemente así sobre las púrpuras y los oros, que sobre los cielos occidentales extendía el crepúsculo como un maravilloso telón de fondo para hacer resaltar mejor hasta los más mínimos detalles de sus seráficos primores, me parecía en ese instante tan elegiaco y dulce, una de esas tan hermosísimas visiones que cruzaban por mi imaginación cuando los sueños más íntimos y gratos me elevaban al plano de las divinas contemplaciones, o cuando sumido en el más hondo y delicioso éxtasis en la silenciosa y fragante soledad del cerro de Santa Ana, contemplaba las diáfanas lejanías. Realmente me parecía un ángel resplandeciente de místicos hechizos, y en fugaces segundos como transformándose al contacto de un elemento mágico, la princesita en cantadora del imperio del brillante sol, del sol que allá se iba ocultando lentamente tras de las lejanas sierras de San Vicente y Gredos, nimbándola con su moribunda luz de hermosura celestial.

Así, por este tan hondo y ultraterreno amor que la gracia y hermosura de Amparito me inspiraba, corría ansioso y

gozosamente los campos de mi lugar cazando a estos tan simpáticos y alegres grillos, y cuando lograba cazar dos o más, nunca les llevaba a la casa de Amparito juntos como los demás chiquillos sino uno a uno, porque así eran mayores las probabilidades que tenía de ver a esta tentadora niña, que tan clara y dulcemente me alumbraba con los fulgores de su gracia incomparable los caminos de la gloria, del en sueño y la ilusión.

A veces lograba verla desde lejos correteando por el jardín o asomada a alguna de las ventanas de su casa regando los tiestos con flores que había en ellas, pero un día al llamar a la puerta de su casa apretando el botón del timbre eléctrico, cosa que me causaba un vivísimo placer, acompañando a una criada vino hasta la puerta ahogándose de vergüenza y turbación. Cuando estuve dentro del patio cogiendo con sus manos de las mías el grillo que llevaba, le soltó al momento entre un conjunto de lirios y rosales en el próximo jardín, y mientras la servidora buscaba el real en su faltriquera para dármele, tras permanecer un instante inmóvil y silenciosa mirándome como si fuera un bicho raro, me pregunto naturalmente:

–¿Quién eres tú?

–El herrero –respondí tímidamente en voz baja y mirando al suelo.

–¡El herrerito! –exclamó ella en alta voz, manifestando terrible asombro–. ¡Con que eres tú el herrerito –volvió a repetir en la misma forma–, ese chico tan revoltoso que no puede vivir si no es haciendo travesuras!...

Y como si dudara de lo que había oído, volvió a preguntarme:

–¿De verdad eres el herrerito?

Yo permanecí mudo como una piedra con la vista baja y entonces ella, comprendiendo tal vez su inocente indiscreción, aunque teníamos poco más de once años, cambiando de tono volvió a preguntarme:

–¿Qué vas a hacer con el real de este grillo?

–¿Qué quieres tú que haga, preguntona? –respondió la criada, agregando: –Lo que harías tú al instante si estuvieras en su lugar, gastárselo en caramelos y rosquillas que bien le gustan.

–¿Cuántos grillos has cazado hoy? –volvió a preguntarme pero mucho más amablemente ya

–Tres –dije yo maquinalmente como un autómeta.

–¡Tres! –repitió ella como manifestando de nuevo profundo asombro. Y como si una duda la asaltara agregó:

–¿Y todos vivos?

–Sí –respondí en la misma forma–.

Y entonces, como si me quisiera fulminar con las miradas de sus preciosos ojos, me volvió a preguntar:

–¿Y los tres son para traelos a nuestra casa?

–Sí –dije yo en el mismo estado.

Al sentirme decir tal cosa, como si instantáneamente se convirtiera en un irritado basilisco, o acabara de hacer quién sabe qué terrible descubrimiento, replicó con su acento más enérgico:

–Si son para traelos a nuestra casa, ¿por qué vienes con uno sólo?

Esta pregunta tan natural como inesperada me dejó como anonadado de vergüenza y confusión. Creo que empecé a temblar convulsivamente. Haciendo un supremo esfuerzo levanté mis miradas hasta ella y la miré como Dios

solamente sabe, volviéndolas a bajar sin poder articular la menor palabra.

La criada observaba nuestros rostros y escuchaba nuestro diálogo con el más vivo interés.

Ante mi silencio, la chiquilla encantadora agregó en la misma actitud

–He notado que tú llegas siempre con uno sólo mientras los demás chicos vienen con todos los que cazan, de una sola vez. ¿Por qué no haces tú como ellos? ¿Por qué haces tú tantos viajes?

Yo debía estar rojo, intensamente rojo de azoramiento y vergüenza por lo que no acertaba a decir ni a hacer nada, y entonces ella, ante esta rara actitud mía, exclamó más irritada :

–Es inútil que te quedes quieto y mudo como un poste. Sino me dices ahora mismo por qué vienes siempre tú con un grillo sólo a nuestra casa no te compraremos más a ti, ya lo sabes.

Yo empecé a sentir mareos. Tuve intenciones de salir corriendo para librarme así de esa situación tan crítica y angustiada en que mi profunda timidez me colocaba. El tiempo parecía haberse detenido en ese punto. Aunque no los veía sentía que sus preciosos ojos estaban clavados en mi rostro como puñales, cual si desearan ver mis más profundos pensamientos. Miré hacia la puerta con la idea de escapar y ya me disponía a hacerlo cuando la buena criada, que como dije nos contemplaba atentamente con curiosidad y gozo, compadecida del doloroso suplicio que sufriendo estaba, del angustioso azoramiento que me embargaba y hasta tal vez dándose cuenta de la verdadera causa que me impulsaba a proceder así, exclamó

causándome la ansiedad más terrible que se pueda experimentar en este mundo:

–Yo sé muy bien por qué el herrerito viene siempre con uno sólo.

Al sentirla decir esto, temblando de angustia y pánico, la dirigí la mirada más ansiosa y suplicante, mientras la curiosa chiquilla la preguntaba:

–¿Tú lo sabes de verdad?

–Claro que sí.

–Pues entonces, dímelo.

Yo estaba por explotar.

–Por nada malo mujer –respondió la sevidora sonriéndose y mirándome como para observar el alivio que sus palabras me causaban.

Respiré un poco.

–Bueno o malo quiero saberlo.

–¿Tanto te importa?

–Me importe o no, ese es mi deseo.

–¿Y no lo adivinas?

–No. No tengo ese don.

–¡Qué tonta eres!

–¿Es cierto que conoces el motivo por el que siempre viene con uno solo?

–Ya te dije que sí. ¡Está tan claro!

–Bueno, yo seré lo tonta y ciega que tú quieras pero dímelo.

–Al punto lo sabrás, cucharetera.

Y mientras se sonreía con la gracia más pícaro y natural, mirándome fijamente a mí agregó:

–Patro trae los grillos de uno a uno porque le gusta muchísimo llamar en la puerta de tu casa tocando el botón del timbre eléctrico, ¿no es verdad, herrerito?

Sintiéndome salvado y por ello con un poco más de ánimo, respondí al instante:

–Sí, sí. Vengo con uno porque me gusta mucho tocar el botón del timbre.

La implacable muchachita, como si dudara de mi afirmación y después de estarme escudriñando un rato atenta y silenciosa, me preguntó a su vez:

–¿Es verdad que es por eso?

–Sí, sí. Me gusta muchísimo tocar el timbre –balbuceé como pude y, cogiendo las monedas que la servidora me ofrecía con la más amable y maliciosa sonrisa, salí de la casa como un rayo mientras Amparito, dirigiéndose a ella, sentí que decía:

–¡Qué chico tan raro!... Parecía sufrir como si le estuviéramos despellejando vivo... ¡Si todos los malos son como éste!...

Y en todo esto residía la causa de aquel gozo tan límpido, tan profundo y delicioso que experimentaba en mi niñez cazando por los fértiles campos de mi lugar, los hermosos grillos reales para el jardín de Amparito.

Muchos años después y distanciado por más de once mil kilómetros de aquellos inolvidables predios natales, cuando el amor y la nostalgia me impulsaron a escribir sobre sus casos y sus cosas, realice una serie de retratos de las mocitas de mi tiempo entre los que estaba el de Amparito, para dar más belleza, colorido y emoción a los treinta volúmenes que hasta el presente forman mis «Cosas de España», pero por considerarle su mejor lugar, le pongo como un broche de oro al final de este artículo a ella dedicado.

AMPARITO

Es morenita, esbelta, simpática y donosa
y realzan su hechicera belleza juvenil,
las frescuras, los bálsamos y el primor de la rosa
que se abre en las mañanas espléndidas de abril.

En su rostro hermosísimo cual flor maravillosa
florece entre milagros de púrpura y marfil,
esa gracia tan íntima, tan fina y deliciosa
que fluye de su cuerpo tan clásico y gentil.

Viéndola en el verano pasear los campos cuando
están los campanarios el ángelus tocando
y al occidente incendia el vívido arrebol,

estáticos de asombro quedamos pues en esa
escena tan romántica parece la princesa
más cándida y preciosa del imperio del sol.

EL VENERO

Es bien sabido que la escasez de las cosas aumenta la importancia de las mismas como el tiempo aumenta y realza hasta situarles en la esfera de lo ideal, los gratísimos preacuerdos del pasado y las distancias las bellezas de los nativos predios cuando nos hallamos inmensamente lejos de ellos, y sin esperanzas de volverles a ver más en esta existencia terrenal.

Me hago estas reflexiones al recordar un clarísimo y murmurador raudal de agua que en las llanas, monótonas y resecaas tierras de la comarca castellana donde nació, brotaba como por milagro entre los términos de Val de Santo Domingo y de Maqueda en unos campos uniformes que no podían ser más fértiles, en las proximidades del arroyo Claro el cual era conocido por el Venero.

Como si la mano de Dios hubiera dado allí un pellizquito a la tierra formando por tal causa un repliegue en la misma de unos tres metros de altura por seis de longitud y después con una uñita escarbara en el mismo, en el tal repliegue se abría una concavidad como de siete metros de profundidad horizontal en cuyo fondo, como a un metro y medio del piso surgía de entre una roca calcárea y como

por arte de magia, un chorro de claras y cantarinas aguas tibias en invierno y frescas en verano, que era como una bendición en tan resecos y monótonos lugares.

Por virtud de este manantial la pequeña gruta que le servía como de atrio, estaba llena de plantas acuáticas que cundían sus raíces en la corriente que formaba en su interior, y todos sus muros cubiertos de zarzamoras y plantas trepadoras de diferentes clases, entre las que anidaban cómodamente infinidad de pajarillos y revoloteaban incesantemente multitud de insectos alados y mariposas, siendo necesario ir apartando a las mismas para llegar hasta la fuente cuyo chorro al caer sobre la pila natural que había formado en el piso, producía una serie de tan claros y líricos murmullos que era un verdadero placer el escucharles.

Comprendo que este manantial en las húmedas y pintorescas tierras de Galicia, Asturias y Santander, hubiera pasado casi desapercibido por la abundancia de grutas y manantiales que las mismas poseen, pero situado en estos campos tan uniformes, secos y monótonos, cubiertos únicamente por vastos y rumorosos trigales en los que no se veía ni un sólo árbol, venía a ser algo parecido a esos frescos y deliciosos oasis que con sus verdes y sus frescuras, quiebran la profunda y agobiadora monotonía de los inmensos y ardorosos arenales en los desiertos africanos.

En el buen tiempo las mujeres de Val de Santo Domingo, a pesar de los cinco kilómetros que se hallaba distanciado, solían ir a lavar sus ropas al arroyo Claro como igualmente lo hacía mi madre, siendo tal día para mí inmensamente alegre y grato por acompañarla casi siempre en tales viajes.

Cuando en el día elegido empezaban a despuntar por el oriente las primeras claridades del alba, y a veces mucho

antes, ella, llevando el costal de la ropa y yo el lavandero y la bolsa con la merienda, allá nos íbamos por el tortuoso y amenísimo camino que a él conducía, y cuando éste, ya en la proximidades del arroyo, empezaba a deslizarse entre los extensos viñedos de Garayta y la viña del tío «Curro», célebre por las deliciosas uvas que se cosechaban en ella, si era el tiempo de las mismas dejando con cualquier pretexto que mi madre se adelantara y andando a gatas para no ser visto por los guardas, llegaba hasta sus cepas y cortaba unos racimos que me sabían a gloria cuando al pasarlas los empezaba a comer.

Al llegar al arroyo, cuando mi madre, tras haber elegido el sitio arrodillada ya ante su mansa corriente, empezaba su labor, yo correteaba en plena libertad por aquellos campos tan húmedos y hermosos, me iba hasta la huerta del tío Marianique y si estaba en ella su noble hijo Malaquías, bastante mayor que yo, pasaba el tiempo agradablemente con él ayudándole en sus quehaceres y comiendo tomates que en tales condiciones me gustaban y aún me gustan muchísimo. Si como yo habían concurrido otros chicos acompañando a sus madres, en compañía de ellos exploraba las márgenes del arroyo buscando entre sus juneales y mimbrales pececillos, y así alegremente entretenidos nos íbamos en dirección de Novés hasta un lugar donde existían grandes presas para regar las extensas huertas que por allí existían y donde solían bañarse los mozos de los pueblos circundantes, pero mis paseos preferidos eran al Venero. Tras beber sus claras y frescas aguas sentado en el umbral de su gruta mientras comía lentamente las zarzamoras que antes había recogido, pasaba si estaba solo, horas gratísimas viendo el sin fin de insectos de grandes y coloridas alas y

diminutos cuerpos que incesantemente revoloteaban entre las flores de las plantas que completamente cubrían sus muros, sobre las cristalinas aguas de la gran pila que el chorro del manantial había formado, o sobre las del regatillos que entre márgenes cubiertas de céspedes olorosos y pequeños y débiles arbustos corría hacia el próximo arroyuelo, mientras escuchaba el límpido y lírico tintineo que producían las aguas al caer sobre la pila. En este tan solitario y encantador lugar pasé horas felicísimas en los calurosos días del estío, las cuales se me hacían, por no sé qué motivo más hermosas y amenísimas cuando le visitaba sólo. Contemplando sus verdores y gozando sus frescuras impregnadas de bálsamos campestres, soñaba deliciosamente con los pintorescos campos de Galicia, Asturias y Santander, los que vistos a través de las explicaciones que sobre los mismos nos daban a veces los maestros, consideraba como rincones del paraíso terrenal, al compararles con los llanos, resecos y monótonos de esa comarca donde Dios me hizo nacer, fértiles sí, pues los trigos, las cebadas, los garbanzos y demás principales cereales y legumbres, fructificaban en ellos tan fácil como abundantemente, pero desprovistos en absoluto de colinas, árboles, fuentes y demás cosas que hacían a los del norte tan amenos, hermosos y pintorescos, permaneciendo así hasta que mi madre agitando una sábana o un mantel en el aire, me llamaba para comer al medio día o para prepararnos a regresar en la tarde.

No olvido que cuando ya en él me iba abriendo paso entre la olorosa fronda que llenaba su ruta hacia el manantial, sentía un vago y misterioso temor y cuando arrodillado ante su pila de agua tan límpida y transparente que dejaba ver

hasta las más insignificantes arenillas de su fondo para beber, pues el hacerlo en el chorro me era un poco difícil, siempre bebía con cierta desconfianza, pues se decía que en tales fuentes existían misteriosos bichos que si le miraban a uno cuando estaba bebiendo, se quedaba inevitablemente sin pelo a las pocas horas, como le había sucedido bastante tiempo atrás al tío Miguel.

Era el tío Miguel Camacho un honrado y sencillo vecino del lugar, padre del noble Miguel, excelente carpintero, y de otro infortunado mozo cuyo nombre no recuerdo, el cual, y antes de nacer yo, trabajando como oficial en el taller de mis padres, tuvo un fatal accidente por el cual perdió el pobre la vida en plena juventud. Este buen hombre no tenía ni un solo pelo en todo su cuerpo y la causa de quedarse sin él, según se decía, fue que yendo de camino como a la vera de éste viera un manantial que brotaba del suelo y tuviera sed, al beber arrodillado en su poza dentro de ella le estuvo mirando el misterioso bicho con cuya maligna influencia hacía caer el pelo por completo a las pocas horas. Por esto siempre que bebía en el Venero la figura del tío Miguel completamente pelada aparecía en mi memoria, y aunque el agua era riquísima por estar su temperatura en completo contraste con la que reinaba en el exterior y por ello resultaba tan agradable, la bebía como he dicho con cierto temor por si bicho tan maligno me estuviera mirando.

Un día muy caluroso después de comer con mi madre, con una botella en la mano para traerla agua a ella me encaminé al Venero caminando por el regatillo de su desagüe, pues me era sumamente grato hundir mis pies en aquella límpida y refrescante corriente de agua que era como una bendición de Dios en la monótona soledad de tan resecos

campos. Al estar ya arrodillado ante su pila tras haber llenado en el chorro la botella sin acordarme para nada del tío Miguel, bebí ansiosamente hasta saciarme pero al levantar la cabeza y dirigir mi vista accidentalmente a la enramada que tenía enfrente, con el más horrible espanto vi entre su espesura dos puntitos luminosos fijos en mí, los que creí los ojos del animalito tan maligno y misterioso. Instantáneamente lancé un grito y mientras me incorporaba vi a un pequeño animalito de pelo lustroso saltar hasta el regato en el que desapareció hacia el arroyo, mientras yo cogiendo la botella salí corriendo en dirección a mi madre completamente asustado y llevándome de cuando en cuando la mano a la cabeza, pues firmemente creía que me había de quedar completamente pelado como el bondadoso tío Miguel. Por entonces no contaría aún diez años y al llegar en tal estado junto a mi madre y contarla lo sucedido, cuando se cansó de reír por el miedo que reflejaba y decirme que eso me estaba muy bien empleado por pasarme el día andorreando sin cesar lejos de ella, me tranquilizó diciéndome que para que tal cosa sucediera el animalito o bicho misterioso que causaba con su mirada la caída del pelo, tenía que estar en el fondo de la poza donde se bebía, como le había ocurrido al tío Miguel de nuestro pueblo y a otros de diferentes lugares. Sin embargo, no pudiendo liberarme del todo del temor que experimentaba cuando por el amenísimo camino al caer la tarde regresábamos a nuestro pueblo, de vez en cuando me llevaba la mano a la cabeza para asegurarme que mi espesa y abundante cabellera, que mis maestros y mucha gente más comparaba con un enmarañado carrascal, seguía como siempre en ella áspera, dura y firme, como si nada pudiera desarraigarla de la misma.

Cuando después de este episodio volvía con mi madre a tan simpático arroyuelo y me dirigía al Venero, antes de penetrar en su gruta deteniéndome en su entrada tiraba contra sus paredes un montón de terrones de que ya iba provisto, para que salieran de ella todos los animalitos que pudieran estar escondidos entre las espesuras de las frondas que la llenaban, y después dando fuertes voces me dirigía a su manantial a beber sus frescas y cristalinas aguas, porque el ir al arroyo y regresar de él sin haber bebido en el venero, era una cosa completamente imposible para todos los chiquillos.

Por todo esto, en los calurosos días del estío cuando la temperatura es elevada y el ambiente se hace insoportable, parece que brisas tan balsámicas como frescas me refrescaran el alma, al evocar las bondades y hermosuras de aquel clarísimo y murmurador manantial que como un milagro de Dios brotaba en los campos tan llanos, monótonos y resecos de mi lugar, y que de haber estado más próximo del mismo se hubiera constituido, con excepción de el de Santa Ana, en su más alegre y amenísimo paseo, y al cual llamábamos el Venero.

EL TÍO FELIPE Y EL DUENDE

Dígase cuanto se quiera en pro o en contra de los duendes, trasgos, ánimas en pena y demás seres de ultratumba, lo cierto es que existen casos y cosas referentes a los mismos que, aunque no puedan ser comprobadas de acuerdo al deseo de nuestra voluntad, en determinadas circunstancias sus manifestaciones son tan reales como la luz del sol y el movimiento de los aires y las aguas de los océanos, y otra prueba de ello, además de las que tengo expuestas en otro de estos libros, la constituye el caso que da fundamento a este artículo de: El tío Felipe y el duende.

Era el tío Felipe un noble y espabilado vecino de Val de Santo Domingo, campechano y jovial padre de cuatro hijos, la simpática y juncal Patrocinio, el inquieto y retozón Macario y otras dos chiquillas menores de cuyos nombres no me puedo acordar por más que me empeñe en ello. Su profesión era la de barbero, oficio de los más importantes en la segunda década de este siglo en los pueblitos eminentemente rurales como lo era, lo es y lo seguirá siendo el nuestro, pues además de rapar barbas y cortar pelos hacía de sacamuelas y atendía a los enfermos poniéndoles las ventosas, aplicándoles las sanguijuelas para las sangrías y

cuantas cosas parecidas a estas indicaba el médico, del cual era su ayudante principal. Tenía instalada su amplia y cómoda barbería llena de espejos y sillones en la calle Real, cerca de la plaza junto a la tahona de la tía Paula, teniendo para la atención de su numerosa clientela en la misma a varios oficiales, mientras él atendía a los abonados en sus respectivos domicilios, por lo que todos los días se le veía como al médico, ir y venir por las calles del lugar con el maletín de sus herramientas en la mano en cumplimiento de su labor. Recuerdo muy bien que a mi casa concurría todos los miércoles y sábados en las horas de la mañana para atender a mi padre, y confieso que yo esperaba con verdadero placer la llegada del simpático tío Felipe en tales días, pues antes de empezar su obra y mientras le enjabonaba lentamente la barba, solía sostener con mi padre conversaciones tan interesantes como amenas y siempre de alto vuelo, sobre la política, los toros y los principales acontecimientos que sucedían en España y hasta en el mundo entero, de los que estaba enterado por «El liberal», del cual era un asiduo y atento lector, conversaciones que sin saber precisar por qué yo escuchaba como embobado, pues su cultura, al menos para mí, la consideraba sobresaliente entre los sencillos habitantes de aquel tranquilo y rural pueblito toledano.

Sin mayores dificultades, segura y tranquilamente, transcurría la existencia del honrado tío Felipe, pero un día, mejor dicho una noche, empezaron a suceder en el doblado de su casa cosas tan raras como misteriosas las cuales llegaron a constituirse en el tema exclusivo de las conversaciones que sostenían las gentes del lugar. Consistían las mismas en sordos y prolongados ruidos como el

arrastramiento por el piso de gruesas y largas cadenas, grandes y pesados muebles interrumpidos de vez en cuando por otros rápidos y seguidos como los redobles de un diabólico tambor, los cuales empezaban al sonar la última campanada de las ánimas benditas, prolongándose por mucho tiempo ante el pasmo de quienes los escuchaban, sin que valiera de nada la decidida actitud del tío Felipe que, sin creer en brujas ni en fantasma, con un candil y una estaca subía al piso superior para averiguar el origen de los mismos, pues si éstos cesaban volvían a reanudarse con más furor cuando descendía otra vez a la planta baja. Como es lo corriente y lógico en tales casos, al principio la gente empezó por tomarlo a broma, pero ante la persistencia de los extraños ruidos que eran audibles para todos los que en la barbería estaban, empezaron a tomarlos en serio y hasta con verdadero temor muchos de ellos. El tío Felipe, que no era tonto ni miedoso sino todo lo contrario, ante el mal giro que tomaban las cosas, pues su clientela nocturna empezaba a disminuir, y su mujer, sus hijos y hasta sus oficiales empezaban a manifestar signos de pánico, con el deseo de darles ánimos, consolidar su vacilante confianza y demostrarles que los mismos eran completamente inofensivos, delante de ellos resueltamente y solo subía al doblado a desafiar a la oculta causa que los producía pero inútilmente, pues si los golpes cesaban en su presencia al retirarse de allí reanudaban su infernal estrépito, como ya hemos dicho, siguiendo así hasta que se cansaban. Viendo que todos sus buenos deseos como su valor eran completamente vanos, cediendo al fin a los ruegos de su esposa y a los consejos de sus amigos y parientes, mandó decir misas en la iglesia por las ánimas benditas, hizo ir a

su casa durante varios días al señor cura para que la bendijera y haciéndose una profunda violencia a sí mismo, cuando los misteriosos ruidos empezaban rezando un Padrenuestro subía al doblado, y humildemente se aplicaba al ánima o al duende que les causaba que le dijeran que es lo que querían, si misas, oraciones o promesas, pues todo lo haría al punto con la mejor voluntad porque su casa recuperara la tranquilidad perdida, pero el ánima o el duende tan insensibles a las bendiciones del señor cura como a las súplicas del tío Felipe, seguían sus ruidosas manifestaciones con más furor como si tales cosas, lejos de aplacarles, les irritaran aun más, y las cosas se empeoraban. Su esposa con sus hijos, no pudiendo resistir más al miedo que experimentaba, empezó a pasar las noches en casa de sus parientes y los oficiales en la próxima posada del tío Pedro, pues en la barbería les era imposible permanecer durante las mismas por pasarlas despiertos y sobresaltados, quedándose en ella solamente el tío Felipe, quien viendo que por las buenas no había sido posible conseguir nada, con un valor que rallaba en la temeridad, cuando los ruidos empezaban subía al doblado y en él insultada y desafiaba a todas las ánimas en pena y duendes habidos y por haber hasta quedarse ronco, con el mismo resultado. Siguió y siguió así un poco más empeñado en pasar las noches solo en la barbería. Como hombre sensato, inteligente y valeroso que era, no quería acceder a las súplicas de su esposa y consejos de sus parientes y amigos, para que dejara esa casa embrujada y se fuera a vivir a otra, pareciéndole tal cosa la claudicación más vergonzosa e indigna de un hombre verdadero, pero tanto y tanto unos y otros insistieron en ello que, humano al fin, y para no oponerse con obstinación

cerril al probable remedio de tan penosa situación, se decidió al fin a ello, decisión que no pudo ser mejor acogida no solamente por su familia sino por el pueblo entero.

Cuando en tales días llegaba a mi casa a atender a mi padre, la conversación de ambos invariablemente recaía sobre lo que le estaba sucediendo por causa de esos endiablados ruidos que tanto estaban perturbando su vida familiar. En estas ocasiones acicateado por el amargo escozor que tales injusticias causaban en su alma, su voz adquiría la elocuencia de Cicerón y su razonar hubiera pasmado de admiración al mismo Sócrates. Una de estas mañanas, y a pesar de hacer ya más de cincuenta años que sucediera, recuerdo claramente que hallándose afeitando a mi padre de pronto, suspendiendo su labor con la navaja enjabonada en alto y encendido tono como si estuviera defendiendo la causa más noble y justa, entre otras parecidas cosas dijo: Mira Saturnino, lo que me está sucediendo es algo que no puede ser más triste ni ridículo. Tú me conoces bien puesto que somos del mismo tiempo y siempre hemos estado juntos, por lo que sabes muy bien que si los vivos no me causan miedo, mucho menos me lo podrían causar los muertos, pues considero que es de seres completamente simples o tontos el creer que los difuntos se ocupen de nosotros y especialmente para hacernos daño. Dejemos que mi mujer y los hijos por el miedo que sienten y las horribles visiones que dicen ver no quieran dormir en nuestra casa, esto dado su condición sencilla y simple lo considero hasta cierto punto natural y lógico, pero lo que me subleva e indigna es la cobardía de mis oficiales que, siendo como son mozos de veintitrés a veintiséis años, tiemblan y se asustan como niños y mujercitas al sentir esos endiablados

ruidos, hasta el extremo de irse a pasar las noches como bien sabes a la posada de Pedro, sin que la cara se les caiga de vergüenza. Esto es lo que me llena de indignación, de lástima y de asco. Aunque ello lo considero una tontería voy a tener que mudarme de casa, cosa que no debería hacer porque cuando se vive honradamente sin hacer mal a nadie, con la conciencia limpia y el corazón tranquilo, no se debe sentir temor por nadie ni por nada suceda lo que suceda, y mucho menos el empezar a danzar de allí para acá porque unos ruidos originados por causas desconocidas nos molesten en nuestra casa, pues es lógico suponer que si las tales causas a pesar de nuestra honradez, de nuestra bondad e inocencia se empeñan en molestarnos no lo dejarán de hacer porque nos distanciemos unos metros del lugar donde empezaron sus tontas e injustas manifestaciones. Por la tranquilidad de mi mujer y de mis hijos lo tendré que hacer, y ya veremos lo que salimos ganando con ello, además por esos gallinas de oficiales que en plena juventud se sienten poseídos de incontenible pánico porque en el lugar donde duermen se escuchan golpecitos. Como sabes de nada han valido las misas y bendiciones que se han dicho y hecho porque tales ruidos cesaran, como igualmente mis humildes y reiterados ruegos para el mismo fin, no obstante deseo seguir poniendo mi mejor voluntad con el propósito de poner término a tan continuas como misteriosas molestias; no quiero permanecer impasible e indiferente como un terco animal a sus ruegos; no quiero que digan que por culpa mía no se resolvió el problema, no recuperó mi casa la tranquilidad perdida; voy a realizar todo lo que me pidan, lo que deseen hacer para librarse de ese maldito duende que tanto mal les está haciendo, pero te juro herrero que yo

dormiría tranquilamente en el doblado de mi casa toda la vida sin pensar jamás en mudarme de ella. Sabes bien que haría lo que te estoy diciendo y de tener el suficiente mando, obligaría a dormir allí como hasta aquí lo han estado haciendo, a esos flojos y cobardes oficiales que hablan de rondas y de novias con el desparpajo más grande sin sentir el menor síntoma de vergüenza, de recato y de asco por su cobardía; sin ver que son míseros y huecos peleles y no hombres, pues de éstos sólo tienen la apariencia. Me voy a mudar de casa, por la tranquilidad de mi familia debo hacerlo ya que no puedo quitarles el miedo tan profundo que en la misma experimentan, pero si fuera por mí solo contra todos los duendes y las ánimas en pena habidas y por haber, no me movería de ella y ya veríamos quién se cansaba antes si ellos o yo... Y tras decir esto el honrado tío Felipe siguió rapando las barbas a mi padre, quien como todos le aconsejaba que, aunque no creyera librarse del duende con el cambio de domicilio, debía hacer para demostrarles su buena voluntad.

Como todo en este bajo y misterioso mundo llega y pasa, llegó el día fijado en que el tío Felipe, el honrado e inteligente barbero del lugar, se tendría que mudar de casa, para librar así a su familia de las molestias y de los terrores que les causaba el maligno duende que había elegido como refugio el doblado de su hogar. Secundado por sus oficiales, contentísimos por abandonar al fin la endiablada casa en la que tanto temor y miedo experimentaron, cargaba los muebles en el carro que frente a la puerta estaba entre gran número de curiosos que contemplaban con ávida curiosidad su labor, como si creyeran que de un momento a otro iban a ver entre los resquicios de los muebles que se amontonaban

en el carro el rabo o las orejas del misterioso duende que originaba la mudanza, y ya estaba el carruaje próximo a partir hacia el nuevo domicilio cuando pasando por allí el buenazo del tío Vicente Bullón, quién vivía en la misma calle un poco más arriba, viendo que el tío Felipe terminaba de anudar la última cuerda que los trastos sujetaba, deteniéndose junto a él le dijo:

–¿Así Felipe que te mudas?...

Y antes de que éste pudiera decir nada, desde lo alto del carro el duende misterioso con voz fuerte y clara respondió dejándoles pasmados:

–Sí, Vicente, nos mudamos...

Demás está el decir que al oír esto el tío Felipe, lleno de indignación, hizo bajar nuevamente los muebles y se quedó en su casa, comprendiendo que si el duende se iba con ellos la mudanza ya era inútil.

Y cosa rara, desde tal día los ruidos empezaron a hacerse más débiles y espaciados, siguiendo así hasta desaparecer por completo, con gran alegría de su familia y oficiales, quienes volvieron a pasar las noches en la barbería durmiendo tranquilamente como en sus mejores tiempos, y así terminó en Val de Santo Domingo en la segunda década de este siglo el caso de «El tío Felipe y el duende».

LA MUÑECA RUBIA

Entre las densas brumas que cubren los recuerdos más débiles y distantes de mi infancia, sobre los que flotan caprichosamente gran número de imágenes que, coronando cumbres de vivísimas claridades o hundiéndose en océanos de tinieblas surgen o desaparecen de mi conciencia entre un confuso e incesante remolinear de vértigo, se destaca nítidamente con perfiles bien claros y definidos la austera e impresionante figura de don Vicente, infortunado señor con el que nos amenazaban las personas mayores cuando les desobedecíamos o les molestábamos, y al que por su aspecto exterior tan mísero como enigmático, tenía constantemente asociado mi imaginación a ese horrible cortejo de brujas, duendes, demonios, espectros y fantasmas que tan profundamente impresionan la mente popular por las espeluznantes y terroríficas historias que de los mismos siente, llenando al mismo tiempo de pánicos y terrores las mentes infantiles.

Este desventurado anciano, cuya vida anterior considero y no sin fundamento beneficiosa y ejemplar, contaría en la época de mis recuerdos más claros y precisos ochenta u ochenta y cinco años. Era alto, enjuto,

excesivamente delgado y retraído como si el trato con las gentes le causara profunda repulsión, de mirar apagado y tristísima expresión como si la más fría indiferencia por todas las cosas de este mundo anidara en su espíritu como un cuervo de Lucifer, y aunque sentía decir con frecuencia que en el pasado había sido riquísimo, en los tiempos de mi niñez carecía de los recursos más indispensables por lo que vivía únicamente de lo que todos los días le enviaban las familias más acomodadas y caritativas y en la más completa soledad, en su enorme y ruinoso caserón que era lo único que le quedaba de sus pretéritas riquezas.

Sus vestidos y sus modales guardaban la relación más íntima y exacta con la sórdida y silenciosa existencia que arrastraba, como una carga tan pesada como inexorable. El pelo de su cabeza, en la que quién sabe cuantos años hacía que no ponía su mano el peluquero, era completamente cano como la nieve de los inaccesibles cerros, abundante y larguísimo como esos frondosos y niveos helechos que cuelgan de las rocas en el interior de las cavernas húmedas y sombrías, el que mezclado con el de su larga y espesa barba le caía por los hombros y la espalda haciendo resaltar aún más la impresionante palidez de su semblante cetrino y seco, como así mismo la expresión de infinita pena que constantemente florecía en él como la rosa más expresiva del hastío y del dolor, dando a su cabeza el venerable aspecto de uno de esos Cristos cadavéricos, exangües y atormentados, que se suelen a veces ver en los penumbrosos rincones de las viejísimas iglesias y en los altares rústicos y polvorientos de las ermitas campesinas.

Usaba un raído sombrero de media copa que parecía haber sido negro en anteriores tiempos, conservando

solamente ya ese color peculiar que los años imprimen en las prendas de ese tono; tan parecido al de los ratones cuando a envejecer empiezan; cubría su flaco y estirado cuerpo con una gran capa incolora de grueso paño que parecía la túnica de Matusalén, y la que según el decir de las gentes era la única que le tapaba, completando su humilde indumentaria con unos zapatones de color indefinido sucios y viejísimos como todo lo demás.

Cuando al despuntar el alba las campanas lanzaban el toque de los buenos días y a continuación el de la primera misa, salía de su casa y andando lentamente apoyándose en un arcaico bastón, del que nunca se separaba, se dirigía a la iglesia sin hablar con nadie. En la misma se arrodillaba en el lugar más solitario que veía desde donde asistía a la misa con la devoción mayor y cuando esta llegaba a su fin, tras de santiguarse con el agua bendita regresaba de la misma manera a su morada de la que no volvería a salir hasta el día siguiente si no era domingo o festivo, que en este caso hasta que los alegres días no pasaran, permanecía sin dar la menor señal de vida encerrado en su vasto y ruinoso caserón, que los chiquillos creíamos llenos de brujas y fantasmas.

En realidad esta casa no podía ser más misteriosa ni temerosa para nosotros, los chiquillos. Parecía hecha de exprofeso para albergar al triste y enigmático personaje que la ocupaba, revelando claramente en su exterior a primera vista el lamentable estado de abandono en que la tenía su dueño, el que parecía vivir completamente evadido de la realidad que le circundaba, en la dimensión de un mundo fantástico e irreal donde las cosas materiales carecían en absoluto de significado ante su conciencia.

Alzaba sus muros sólidos y altos en la calle Real frente a la posada del tío Ángel, en las proximidades de la plaza, constaba de dos plantas altas y cómodas con muchas dependencias en sus patios y corrales, y en su frente elevado y severo con aspecto de prisión de convento, en el que se abrían varias ventanas protegidas todas ellas por gruesas rejas, entre los poyos característicos de las casonas rurales de Castilla se elevaba su entrada principal, cerrada por una enorme puerta de dos hojas con otra más pequeña en una de éstas, cuyos tablones estaban llenos de clavos con artísticas cabezas que eran primores de forja, como igualmente los gruesos y hermoso llamadores de hierro que pendían sobre ellas.

Como si realmente habitaran en su interior todo ese conjunto horrible de espectros, brujas, fantasmas, ánimas en pena y aparecidos que los chiquillos creíamos, recuerdo que nunca vi abierta ninguna de las hojas de sus numerosas ventanas, con excepción de un pequeño ventanillo que había en una de la planta baja, por el que el triste y desventurado señor contemplaba en los días de grandes fiestas el desfile de las imágenes benditas, cuando entre el alegre repicar de las campanas y los cánticos de sus fieles, cruzaban ante ella en procesión.

Como ya he manifestado, lo poco que comía se lo enviaban con sus servidoras las familias principales de la villa, turnándose en tal asistencia no recuerdo bien si por semanas o por meses, y por ello y únicamente al medio día, se veía entrar a las criadas en su casa llevándole el escaso y frugal alimento que comía, no por satisfacer una necesidad física, pues como ya indiqué sentía la mayor indiferencia por las cosas materiales y seguro estoy de que se hubiera dejado morir de hambre con verdadero gozo, sino por

exclusivo propósito de prolongar más su dolorosa vida para mortificar hasta lo último su percedera carne, en la dura penitencia que voluntariamente se impusiera en horas de suprema tribulación, la que cumplía rigurosamente con una perseverancia que no sabía de pausas ni vacilaciones. Efectivamente, con disgusto y a la fuerza el desdichado don Vicente comía lo estrictamente necesario para seguir viviendo con el deseo de mortificarse más, pues creo firmemente que se hubiera evadido de esta vida con esa tan serena e íntima conformidad con que los santos indostánicos, que haciendo abandono de su hogar y repartiendo entre los pobres sus riquezas, tras de haberse purificado con la total renunciación a los apetitos de la carne en largos y penosos ejercicios de meditación, ayuno y penitencia, se entregan a los cocodrilos, se entierran vivos o se arrojan a los profundos y pavorosos abismos del Himalaya.

Aunque era respetado y compadecido por todas las personas sensatas y juiciosas del lugar, había entre los simplones e ignorantes muchos que le tenían por maniático tildándole de loco, de soberbio y presuntuoso. Solían decir que a los animales más feos y repulsivos tenía por únicos compañeros y que por ello en las madrigueras de su enorme casa poseía ratas como conejos, arañas como gallinas, murciélagos como cuervos y lechuzas como pavos, animales que con las ánimas en pena que salían del infierno al sonar las doce de la noche, con los espectros que salían del camposanto al sonar las ánimas, y las brujas, duendes y demás que vivían en los sótanos de los castillos ruinosos y abandonados, armaba en las noches del invierno esa infernal algarabía que creían escuchar los que a altas horas de las mismas pasaban ante ella.

De más está decir que por tales cosas yo miraba a esta casa tan callada y misteriosa con profundo temor y por ello, cuando tenía necesidad de pasar ante ella sólo lo hacía por la vereda de enfrente corriendo cuanto podía y mirándola con terror, temiendo que las uñas de su rarísimo ocupante me cogieran y me sepultaran en sus lúgubres aposentos para ser devorado por tan asquerosos animales poco a poco y sin piedad.

¡Quién lo hubiera dicho! Un día mi miedo desapareció y penetré en la misteriosa casa de don Vicente de la siguiente forma. Frente a nuestra casa, con sus nobles y distinguidas hijas, vivía la señora Tomasa, viuda, bondadosa y rica, y por lo mismo una de las que socorría a este infeliz señor al que enviaba la comida con su criada, la fiel y habilidosa Nemesia. Esta sencilla y noble moza pasaba muchos ratos en nuestra casa conversando con mi madre. Frecuentemente llegaba a ella llevando restos de las cosas exquisitas que servía a sus amas, las que nos entregaba a mí y a mis hermanos recreándose en vernos devorarlas al instante lo más rápida y gozosamente que imaginarse puede. Como era de índole bondadosa al tener conocimiento del miedo que don Vicente y su casa me inspiraban, con apostólica paciencia emprendió la buena obra de redimirme de tales temores que en su juicio no podían ser más ridículos ni infundados. No la fue muy fácil pero lo consiguió al fin con su tesón y su bondad, amenazándome con no volver a darme más dulces y golosinas; asegurándome que el tal señor no podía ser más bueno ni inofensivo, y repitiéndome infinidad de veces que para que Dios me perdonara y no me arrojara al infierno por pensar tan mal de él, tenía que acompañarla un día cuando fuera a llevarle la comida.

Las cosas que tan frecuentemente nos regalaba, restos o sobras de lo que servía a sus amas, no podían ser más riquísimas ni tentadoras para mi glotonería infantil y por no perderlas, y porque Dios me perdonara de mis malos pensamientos como tan frecuentemente me decía, sobreponiéndome a mis temores accedí a ello, por lo que un día se dirigió contenta y satisfecha llevándome fuertemente cogido de la mano, a cumplir su piadosa misión a la casa de don Vicente, exhortándome durante todo el camino con cariñosas palabras a tener confianza en ella por ser verdad lo que decía.

Cuando deteniéndose ante la puerta de la casa misteriosa sentí el golpe que dio con uno de sus llamadores anunciando su llegada, el cual en los ámbitos amplios y desiertos de su interior resonó ronca y lúgubremente como despertándola de un letargo de siglos, sintiendo renacer en mi alma el terror que me inspiraba intenté huir pero la buena Nemesia que esperaba sin duda alguna esta reacción me lo impidió apretando más la mano con la que me tenía cogido, y tras serenarme abrió la pequeña puertecilla y prontamente entró en el triste caserón llevándome tras de sí.

En el primer momento ante el cuadro desolador que se ofreció a mi vista, no dudé de que debían de suceder en ella las feas y horribles cosas que se decían. Parecía una de esas mansiones tan ruinosas y solitarias que describen los cuentos como escenario de las espeluznantes historias que refieren, escondidos y lúgubres refugios de todas las imágenes espantosas de la muerte y el terror. Pegado cuanto podía a las faldas de la fiel Nemesia mientras andábamos por su interior dirigiéndonos al aposento del infeliz anciano, iba observando todas sus cosas con una curiosidad tan grande

como el temor que experimentaba. A los escasos muebles que se veían en su ancho y largo portal, el polvo de quién sabe cuantos años los envolvía con su grisáceo sudario por completo borrando sus relieves y dándoles tan raros y caprichosos aspectos, que se me antojaban monstruos fantásticos y grises, acechando inmóviles y rígidos la aparición de sus deseadas víctimas para lanzarse sobre ellas. De las enormes vigas del techo pendían como fúnebres colgaduras infinidad de telarañas que en algunos lugares llegaban hasta el suelo retorcidas y de las más extrañas formas, simulando troncos de altos y rarísimos arbustos o caprichosas columnas de fantásticas construcciones, las que cubrían como una espesa y enmarañada selva la mayor parte de los espacios del portal. En un costado del mismo estaba la escalera que conducía a las dependencias de la planta alta, por la que deberían de subir por las noches oscurísimas las ánimas en pena, los fantasmas, brujas y demás, a realizar en sus cámaras solitarias sus diabólicas reuniones. Con mis miradas ávidas y temerosas fui subiendo sus peldaños invisibles y al posarlas en el hueco lóbrego que en su final se abría como la puerta del infierno, creí distinguir en su interior las formas más horribles de la muerte las cuales, mirándome fijamente con las ascuas que brillaban en las concavidades vacías de sus cráneos como diabólicas pupilas, y agitando sus largos y descarnados brazos como los látigos del terror, me parecía que empezaban a bajar por ella causándome tal espanto que me hizo abrazar fuertemente a la criada sin dejar por eso de mirarlas, y cuando el mismo iba a explotar en el más angustioso grito la imagen del triste y desventurado anciano apareciendo en el umbral del aposento que ocupaba, hizo desvanecer al punto a esas

horrorosas visiones creadas por el intenso miedo que mi espíritu sentía.

Siguiéndole entramos en una amplia y desolada sala donde vivía constantemente, con muebles que como los del portal, se cubrían con una espesa túnica de polvo que les daba aspectos casi idénticos. Limpió la criada un ángulo de la gran mesa que en su centro había, colocando los platos con la comida que llevaba en su gran cesta, y entonces el atribulado anciano sentándose en un antiguo sillón de alto y tallado respaldar, tras permanecer un rato rezando en voz baja unas oraciones, sin pronunciar una sola palabra comió lentamente un poco de las viandas que Nemesia le llevara, sin que valieran de nada las exhortaciones de ésta para que comiera más, pues como sin oírla se levantó del sillón y situándose en un ángulo de la sala frente a nosotros, como si se creyera completamente solo dirigiendo su mirada hacia lo alto empezó silenciosamente a orar permaneciendo así como la más impresionante imagen de la amargura hasta quién sabe cuánto, pues al poco Nemesia con infinita lástima y yo con profundo asombro salimos de su triste y silencioso caserón dejándole en ese estado.

¡Pobre don Vicente!... Desde ese día en que tan cerca le vi, en vez de terror y miedo me empezó a inspirar la más profunda compasión. Dejé de creer las tontas mentiras que sobre él y su casa se decían. Después, al evocarle y recordarle como en este instante, le comparé con el desdichado Job, cuando tras de perder toda su hacienda y ver a la muerte despiadada arrebatarle uno a uno a sus queridos hijos, atacado de maligna sarna y abandonado de todos sobre el pútrido estercolero donde se hallaba postrado, aún bendecía a Dios con las voces más íntimas y fervorosas de su corazón atribulado.

Las razones que le impulsaron a imponerse tan mísera y triste vida, de ser cierto lo que sentí decir posteriormente sobre él, serían estas:

Don Vicente fue el principal labrador de Val de Santo Domingo en tiempos anteriores. Para la labranza de sus tierras poseía diez yuntas; sus ganados eran numerosos como igualmente los criados que tenía a su servicio y siendo, como era entonces y debe ser siempre el propio director y administrador de sus bienes, en trato cordial y constante con sus servidores vivía en su cómoda casa con su esposa y con un hijo que le concediera Dios a los diez años de estar casado, coronándole con él la honda y cristiana felicidad que gozando estaba. Entre las preferencias de su espíritu estaba la de su acendrado amor por la limpieza y el orden, por lo que siempre se le veía pulcramente vestido y aseado. Su casa era famosa por su limpieza y ordenamiento de todo lo que en la misma había pues todo estaba dónde y cómo debía estar, y a pesar de ser de labranza y por lo mismo centro de la actividad más intensa y continua, hasta los patios, cuadras y pocilgas les mantenía en un estado de aseo tal, que muchos le tachaban de exagerado.

Vivió muchos años disfrutando esta santa y verdadera dicha hasta que sobrevino la triste guerra de Cuba, a la que tuvo que marchar su hijo, pero como si Dios quisiera que no le faltara consuelo en la ausencia de tan querido ser, un año antes le había enviado una niña tan bella y singular, que desde sus primeros meses empezó a cautivar a todos con su vivacidad y hermosura. La guerra, la triste e injusta guerra, continuaba multiplicando cada vez más su destructiva actividad. Renegados y traidores azuzados hábilmente por luteranos y masones contra la España

Católica y Misionera, atacaban rabiosamente a nuestra Patria desde todos sus ángulos y con las peores armas, fuera de su territorio y aún más dentro de él, en nombre de esa falsa y ridícula libertad, de esa nefanda democracia y estúpida igualdad, que constituyen las máscaras brillantes con que el diablo se disfraza para realizar mejor sus abominables obras, y por lo mismo España debatiéndose entre sus complicadas y fuertes redes sin sólida dirección, con la médula corroída por la venalidad, la corrupción y la estupidez de sus gobernantes, sin cohesión en sus fuerzas, sin ideal en sus rumbos y sin fe ya en su destino, luchaba inútilmente contra la poderosa organización del mal que la acosaba deseando aniquilarla, y en lucha tan terrible y desigual sus soldados eran muertos por sus propios hermanos en las mismas tierras que siglos antes fueran sacadas del misterio, arrancadas de la barbarie y elevadas a la inefable civilización cristiana, con los sacrificios más tremendos y los amores más sublimes por sus héroes y sus mártires, y por ello un triste día don Vicente recibió la noticia de la muerte de su hijo, lo cual hizo morir de pena a los pocos meses a su esposa.

Contaba la peregrina niña poco menos de tres años y desde tan terrible golpe se aferró al amor de esta criaturita como el extenuado naufrago al objeto flotante que la providencia hace pasar junto a él cuando está próximo a morir, porque en tal cariño encontraba únicamente los necesarios ánimos para seguir viviendo. Desde entonces rindió a su hijita un querer que rayaba en la adoración, por llenar completamente con él el enorme vacío de su alma. En ella concentró todas las ansias de su espíritu y el verla contenta y feliz fue su única preocupación. Los juguetes

que la comprara eran tan numerosos como bellos, pero entre todos se destacaba como la luna entre las estrellas una preciosa muñeca rubia, de rizadas trenzas, azules ojos y de un parecido tan grande a la hermosa niña, que a primera vista parecía a todos una hermanita menor de ella. Esta muñeca llegó a constituirse en su juguete preferido y casi exclusivo. Con ella en los brazos comía, salía de paseo, dormía y hacía todo lo demás, pues como si estuviera dotada de maravillosa virtud o ligada íntimamente a su ser carnal por invisibles lazos, el más breve y corto distanciamiento parecía causarla verdaderos dolores físicos, por lo que siempre la tenía entre sus brazos o a su lado como un objeto de imprescindible y verdadera necesidad.

Así en medio de las sensibles pérdidas que el destino le había ocasionado, vivió el noble señor un poco tiempo más, tranquilo y conforme en su desdicha pero como si Dios quisiera poner a prueba la firmeza de su fe y los males que antes le ocasionaran le parecieran pocos, hizo enfermar a su adorada hijita tan gravemente que sin que valieran de nada los solícitos cuidados que la prodigaron, murió a los pocos días entre los brazos de su atribulado padre, quien al día siguiente, vestida como un ángel y llevando oprimida en amoroso abrazo contra su corazón a la primorosa muñequita rubia, la vio desaparecer en el sepulcro vertiendo silenciosamente lágrimas de fuego y sintiendo que todo el universo se derrumbaba sobre él.

Apoyándose en su fe incommovible de cristiano, don Vicente soportó esta prueba tan terrible con heroica entereza. Frenó firmemente con férrea voluntad a los ímpetus de su pena que contra todo le empujaban al abismo pavoroso de las desesperaciones que sólo se serenán con la muerte, a los

pocos días de sepultar al querido ser cuya pérdida le hundía en una angustia de la que no se consolaría jamás, a su hijita tan inocente y bella, que constituía el único vínculo que le ligaba a la existencia material, metiendo en un modesto zurrón sus mejores cosas, vestidos, alhajas, juguetes y demás, pobremente vestido y sin llevar ni un sólo céntimo en sus bolsillos, cargado con él partió hacia Santiago de Compostela, a donde llegó muchos días después en dolorosa peregrinación y viviendo de limosnas.

Arrodillado ante el bendito santo que enseñara la doctrina cristiana en nuestra Patria, pasó muchas horas el atribulado señor rezando con la devoción más fervorosa, ofrendándole a su fin todos esos tan queridos y valiosos objetos de su niña que llevara, con balbuceantes palabras henchidas de fervor y angustia. Continuó durante varios días pasando muchas horas hincado ante el glorioso patrón de España y al décimo, después de haber pasado por largos periodos de meditación y ayuno ante el glorioso apóstol hizo solemnemente los votos que creyó más rigurosos y mortificantes para él como ser: el vivir en la mayor pobreza y soledad, con absoluto desasimiento de sí mismo, en su casa hasta el instante final de su existencia en este mundo. Hecha ya tan severísima promesa regresó igualmente andando y viviendo de limosnas a su pueblo, donde tras legar para las obras misericordiosas todo cuanto poseía se encerró en su morada, en la cual vivió como lo había prometido hasta su muerte, la cual tuvo la virtud de conmover profundamente a todos los habitantes del lugar una vez más, por las misteriosas circunstancias que la rodearon como se verá.

Un día, al entrar como de costumbre una de las criadas en su casa llevándole el alimento, le encontró no de pie

como solía, sino sentado y como dormido ante la mesa en que comía y con los brazos bajo su capa, cosa que la extrañó muchísimo. Con el consiguiente pasmo la moza se detuvo en el umbral de la sala, permaneciendo un rato mirándole fijamente. Notando que no hacía el menor movimiento empezó a llamarle con fuertes voces y entonces, viendo que no la respondía ni dirigía sus miradas hacia ella le creyó muerto, por lo que tras santiguarse cristianamente corrió a contar a sus señores lo que sucedía. Estos, sin pérdida de tiempo, junto con otros vecinos que, enterados por casualidad del caso, desearon acompañarle para verificar mejor lo que pasaba, se dirigieron a la solitaria casa y al entrar en la mísera habitación donde vivía el anciano le encontraron como la muchacha les había dicho, sentado ante su mesa al parecer dormido y como soñando placidamente con las cosas más felicísimas, porque la expresión de su rostro no podía ser más dulce ni seráfica. Profundamente conmovidos por la serena actitud del infeliz anciano, sin acertar a dar un paso más le contemplaron con la mayor atención por unos momentos inmóviles e indecisos, y ante su completa inmovilidad no dudaron de que efectivamente había muerto, llegando al fin al término de sus penalidades en este mundo. Todo lo hacía suponer sin la menor duda. Su hermosa y venerable cabeza con los ojos entrecerrados la tenía inclinada sobre su pecho; su cuerpo laxo recostado sobre el respaldo del angulo sillón que le servía de asiento, denotaba a primera vista la completa flojedad de sus músculos y bajo la sucia, descolorida y viejísima capa que le cubría, se adivinaban sus brazos cruzados sobre su pecho como estrechando aún con fuerte y amoroso abrazo contra su corazón, a los dulcísimos recuerdos que le consolaran en

las angustias experimentadas en el supremo tránsito. Teniendo a su muerte por la cosa más cierta ya se santiguaron religiosamente, y pasados ya sus instantes de indecisión y duda se aproximaron resueltamente a él. Cuando estuvieron a su lado algo raro, imperceptible y extrasensorial por completo les hizo presentir que aún estaba vivo, y para cerciorarse de ello con el deseo de auscultarle el corazón levantaron su capa y ¡oh!, lo que presenciaron entonces les conmovió profundamente llenándoles al mismo tiempo de estupor. Su flaco y dolorido cuerpo surcado por cicatrices de antiguas heridas y casi cubierto de cardenales causados por recientes golpes del doloroso cilicio que sin duda alguna se imponía, se hallaba como la gente suponía completamente desnudo, y resplandeciente de hermosura e inmaculada como los pétalos del nardo recién abiertos, cual si en ese mismo instante la hubieran descendido las vírgenes más puras de los bazares de la gloria, oprimía fuerte y amorosamente contra su pecho a la peregrina muñeca rubia que tan feliz hiciera a su inocente hijita, la que juntamente fuera con ella sepultada en su mismo féretro. Petrificados de asombro y hondamente enternecidos contemplaban este caso tan extraordinario sin podersele explicar, cuando el desdichado anciano entreabriendo sus tristes ojos y mirándoles bondadosamente les dijo con lentas y débiles palabras: ¡Fue mi niña, mi adorada niña que compadecida de mis angustias, bajó de la eternidad con el permiso del Señor entre un coro de primorosos ángeles a traérmela para que me consolara en mi agonía!... y no habló más. Les envolvió en una mirada de infinito amor en la que resplandecían todas las felicidades de los supremos júbilos, volvió a cerrar sus afligidos ojos, suspiró profundamente

como desahogándose por completo al fin de todas las amarguras que le abrumaron en esta vida, y al instante entregó su alma a Dios estrechando fuertemente contra su corazón al símbolo de sus más purísimos amores, concentrado en tan único momento en la gentil figura de la muñeca rubia.

A DON VICENTE

Dios por la oculta causa que a la humana criatura nunca por más que quiera llegara a comprender, quitándotelo todo te hundió en la desventura más grande que en la tierra se pueda padecer.

Pero sobreponiéndote a esa intensa amargura que secaba la dicha y el ánimo en tu ser, prometiste en la forma más áspera y más dura vivir hasta tu muerte con íntimo placer.

Rindiendo amor constante a tu hijo y esposa y sobre todo a aquella tan cándida y hermosa niña que Dios hiciera morir tan sin piedad,

pensando siempre en ellos fiel a tu juramento santo, viviste hasta tu último momento hundido en la más mísera y triste soledad.



CAUDILLA

Como a media legua de mi lugar, sobre una extrema y fertilísima llanura desprovista por completo de viñedos y olivares, se encuentra situado el apacible y melancólico pueblito de Caudilla como viviendo silenciosamente, el triste y lastimoso ocaso de un pretérito que debiose próspero y feliz, a juzgar por las importantes y notables ruinas que tiene en sus proximidades. En los tiempos lejanos de mi infancia se componía de un conjunto de grames y viejísimas casonas que se sostenían en pie como por milagro, junto a un amplio y vetusto templo de remota construcción, cuya alta y atrevida torre emergía de entre sus renegridos muros desafiando gallardamente aún a los implacables embates de los siglos, los qua lenta pero inexorablemente, abaten al fin todas las humanas fortalezas por más firmas y sólidas que sean. Su amplia y descuidada plaza casi cubierta. de cardos y demás plantas parásitas, daba la impresión de ser un campo incultivado por el que continuamente cruzaban perros y vagabundos, cabras, ovejas, cerdos, gallinas y demás animales domésticos de las gentes que en el mismo residían, recordando muy bien que en uno de sus ángulos destacándose como un siniestro y sombrío aparato

patibulario, se alzaba la característica «porra» instrumento arcaico y primitivo, con el que sus habitantes seguían sacando el agua para sus yuntas del pozo sobre el cual hallábase instalada, como en los tiempos de Gundemaro.

Como notorias particularidades Caudilla además de las tierras de labrantío que eran inmensas, fértiles y llanas, tenía en sus cercanías las tristes y evocadoras ruinas de un soberbio y hermoso castillo, que inflamaban la fantasía y prendían infinidad de alas a la que la imaginación, y en otro de sus lados lo que parecía ser como un regalo de Dios en esa región, rica sí, pero llana, monótona y reseca en demasía, y ello era una alegre cantarina fuente que mana serena y abundantemente en el seno de una plácida pradera, a la que convertía con las melodías de sus murmullos y las bondades de sus frescuras, en un primoroso y lírico escenario sobre el que la inocencia de sus hermosura y la ilusión, hubieran podido desarrollar muy bien las églogas mas sencillas y encantadoras del cándido y peregrino amor.

Cuando en mis habituales y solitarios paseos en los atardeceres del buen tiempo llegaba a esta villa tan melancólica y callada, siempre la encontraba desierta como sumida en la quietud más profunda y silenciosa, cual si el movimiento y la vida la hubieran abandonado y ocupado la soledad y el silencio, con sus cohortes de melancolías y nostalgias. Al trasponer sus umbrales me hacía penetrar en un mundo desconocido y lejano, lleno de dulces y tristísimos hechizos los que poco a poco me hacían olvidar con su encantador influjo él este siglo tan sórdido y ramplón, y evocar con íntima emoción las épocas pasadas cuando la ansiedad ideal florecía en los espíritus como una rosa del Señor amenizando y embelleciendo los desolados páramos de esta

vida, y el sublimismo código de Jesús regía armoniosamente con su amor, su justicia y su verdad, todas las actividades de los hombres en el ámbito de la cristiandad. Otras veces creía internarme en un escondido u olvidado lugar de ensueño y penitencia habitado únicamente por sombras imprecisas y melancólicos fantasmas, los que ante mi presencia inesperada huían presurosamente como temerosos de que sorprendieran sus secretos, escondiéndose en los edificios ruinosos que veía por doquier donde en sus más ocultos y lóbregos rincones, me parecía verles observándome con íntima extrañeza con sus miradas tan cargadas de lástimas y siglos. Y así, embriagándome lenta y deliciosamente con las nostálgicas esencias que rezumaban todos los objetos que en Caudilla contemplaba, y abstraído por completo ante las bellísimas imágenes que veía desfilar por mi pensamiento ante cuadros tan hermosos y elegidos, caminaba por su única y estrecha callejuela sintiendo hondas y gratuitas vibraciones en mi espíritu, como si los ecos del pasado heroico redentor resonaran en el por misterioso don, haciéndome anhelar al mismo tiempo las conquistas más difíciles, honrosas en los dominios de la virtud, la belleza y la verdad.

Cuando al fin de un lento y gratisimo vagabundear por sus lugares salía de este triste y silencioso pueblo, siempre me detenía unos instantes en sus umbrales contemplándole con lástima infinita, sin poderme explicar la razón de su decadencia estando, como estaba, rodeado por las tierras más llanas, fértiles y valiosas de la región. Después, al considerar que los dueños de las mismas tenía su residencia permanente en Toledo, y la casi totalidad de los labriegos que las cultivaban sus hogares en los pueblos vecinos, pensaba y no sin fundamento, que por tales motivos perdiendo la

importancia social de la población activa, colorida y alegre en todos los órdenes sociales, fue quedando poco a poco reducida a la condición de una gran labranza incolora, monótona, rutinaria, desprovista en absoluto de entusiasmo, gracia y gozo, porque el alma y el corazón de la mayoría de los seres que la habitaban transitoriamente, estaban siempre muy lejos de ella. Esta conclusión me entristecía profundamente, por lo que volvía a mirar y a remirar su conjunto tan ruinoso y solitario con miradas cargadas de infinita lástima, y bajo esta dolorosa impresión emprendía el regreso a mi lugar creyendo firmemente que Caudilla era víctima de la más grande e inmerecida injusticia.

Tan solamente una vez al año este triste y silencioso pueblo se llenaba de animación y colorido, al celebrar en el verano las fiestas del Santo Cristo al que desde la antigüedad más remota siguen rindiendo sus habitantes las más íntimas y fervorosa devoción. En tal día dijérase que sus sombras y sus fantasmas dejando sus misteriosos y sombríos aposentos, pero nunca la triste y elegiaca expresión de sus semblantes, salían ataviados con sus mejores galas y rememorar con nostálgica avidez las glorias de su pretérito esplendor, presenciando las alegres y hermosísimas funciones que en el mismo realizaban. En esta ocasión Caudilla se inundaba de gesticiones entusiastas, parlanchina y alegre, la que desde todos los pueblos de su alrededor que al despuntar el alba, se dirigía a él en vistosas caravanas a rendir su adoración al Redentor Glorioso. El activo y bullicioso día de sus vísperas, tras de hacer girar la pesada y chirriante llave en su enorme y arcaica cerradura, los ancianos abrían las grandes puertas de la Iglesia, lenta y ceremoniosamente, como realizando uno de los más importantes y primitivos ritos de su religión;

el aire y la luz se precipitaban en torrente sobre los oscuros y enrarecidos ámbitos del vetusto templo, espantando a la infinidad de pájaros que anidaban cómoda y seguramente en su interior y conmoviendo a sus gruesas y apolilladas vigas, las que como cansándose de estar soportando durante tantos siglos el enorme peso de sus bóvedas, crujían larga y dolorosamente como anhelando su total desplome para sumergirse al fin en el descanso eterno; los altares limpiados ligera y superficialmente del polvo y telarañas que casi les cubrían por completo, eran a continuación cubiertos con los primorosos y amarillentos manteles que se guardaban en los cajones más hondos de su sacristía, y adornado con múltiples candelabros y hermosos ramos de frescas las fragantes flores, formándose así el propicio ambiente para las místicas funciones que se habían de realizar por último, cuando ya estaba todo limpio, ordenado y encendidas las velas y los cirios, cuyo trémulo y rojizo fulgor parecía idealizar hasta el infinito las peregrinas imágenes de su Altar Mayor, desde el alto campanario sus grandes las viejísimas campanas empezaban a repicar ronca y perezosamente llamando a vísperas, con sones que parecían de otro mundo.

En la mañana del día festivo se realizaban en la misma. solemnemente dos o tres Misas oficiadas por sacerdotes de Torrijos ante una concurrencia de fieles que colgaba por completo todos los espacios del amplio y vetusto templo, y en las primeras horas de la tarde tras del sermón de práctica, entre repiques, músicas de banda, cantos religiosos y explosiones de bombas y cohetes, sobre unas andas antiquísimas en las que la pátina de los siglos dejaba su señal inconfundible, salía en procesión el Santo Cristo pendiendo como un cuerpo completamente muerto ya de la

dolorosa cruz, con el seno hendido, los miembros desgarrados y el rictus de la más honda amargura reflejado en su semblante cadavérico, cuya contemplación sobrecogía al ánimo de misericordia y pena, y el cual parecía desenterrado en ese instante para presidir el acto que tan fervorosamente en su honor se realizaba.

Al fin de la procesión se realizaba en su plaza una gran fiesta popular donde la gente moza saciaba plenamente su sed de alegría y diversión, bailando gozosa e incansablemente al son de la banda que amenizaba tan agradable fiesta; las familias se desbordaban como una catarata de vívidos colores jubilosamente por los prados floridos y olorosos en que manaba la fresca y cantarina fuente para merendar, formando sobre los mismos los cuadros más alegres y coloridos; otros grupos marchaban basta las ruinas de su histórico castillo donde contemplando con ojos asombrados sus piedras milenarias, soñaban deliciosamente evocando las pretéritas grandezas de la Raza, para al final unos y otros regresar a la plaza donde pasaban el tiempo tomando refrescos, saboreando las almendras tostadas, garrapiñadas y demás golosinas que en la misma se vendían, o contemplando el alegre y colorido baile que los mozos y las mozas seguían realizando a los sones de la banda abrasados de cariño y de ilusión.

Cuando ya los últimos rayos del sol desaparecía tras las lejanas sierras de Gredos y San Vicente, entre una confusa y agradable algarabía de charlas y cantares y empleando para ello los mas diversos medios de traslación, empezaba por todos los caminos el ruidoso y divertido éxodo de la gente forastera hacia sus respectivos pueblos. Desde entonces el ruido y el entusiasmo que tanto alegraran y embellecieran

al glorioso día iban apagándose poco a poco pero inevitablemente; las campanas tocan el Ángelus y poco después las Ánimas con su son inconfundible, profundamente acentuado de melancolía y misterio; la noche terminaba de cubrir con sus túnicas azuladas los cielos estrellados y por último, mientras las sombras y los fantasmas despojándose de las bellas vestiduras que lucieran en la fiesta volvían a ocupar sus lóbregos y misteriosos aposentos, Caudilla. despertando al fin de su ensueño encantador y recuperando su estado habitual, volvía a quedarse desierto y silencioso una vez más hasta el siguiente año. Y así, como un vívido y fugaz meteoro por la noche más lóbrega. y desolada, pasaba por este triste y melancólico lugar esta fiesta tan colorida y bella, que más parecía un sueño henchido de imágenes peregrinas que una auténtica realidad.

A poco menos de un kilómetro de este humilde y silencioso pueblo como un irrefutable testimonio de su pretérita importancia entre montones de piedras desprendidas de sus muros y torreones se alzaba el alto y sólido murallón del castillo que le defendiera en el pasado, y en el seno de los campos tan llanos y feraces que tan particularmente caracterizaron a esa alta y reseca meseta castellana. En su parte superior manteníase aún erguidas como por milagro algunas almenas y atalayas, y sobre una puertecilla que sobre el mismo se abría al campo campeaban las simbólicas figuras que formaban los emblemas principales de su heráldico blasón. Multitud de pajarillos que incesantemente revoloteaban sobre él, anidaban cómoda y seguramente en los huecos que sobre sus alturas se veían, como así mismo gran cantidad de animalitos menores tenían sus madrigueras en las cuevas que en su torno formaban las piedras de sus

muros desprendidas, mientras las plantas trepadoras trepaban sobre él como abrazándole con amoroso afán, suavizando y embelleciendo al mismo tiempo las arideces de sus cantos con los límpidos verdores de sus hojas y las gracias tan estremecidas y frescas de sus flores, por lo que el histórico y ruinoso murallón parecía visto desde lejos, unas veces un austero penitente del desierto en oración, otras un celoso centinela del honor y de la fe, custodiando las espirituales reliquias que sus ruinas contenían y otras, la vela de un amarillento y melancólico navío que cargado de ensueños y nostalgias, fuera a través de océanos de oro o esmeralda, internándose cada vez más en los dominios de la misteriosa eternidad.

Este triste y nostálgico lugar, con excepción de la ermita de Santa Ana, era la meta preferida en los paseos solitarios que realizaba por los alrededores de mi pueblo en los atardeceres del buen tiempo. Con el dulce y poderoso hechizo de sus ruinas me atraían con poder irresistible, y si en vez de hallarse situado en un terreno completamente llano por lo mismo de escasas perspectivas, se encontrara sobre la cumbre de un alto cerro creo que su atracción hubiera sido igualmente irrefrenable hasta para los espíritus más prosaicos y vulgares. Por estrechas y serpenteantes lindes alfombradas de tréboles y gramillas entre las que los alegres grillos cantaban sin cesar, las cuales se deslizaban entre inmensos trigales ondeantes y rumorosos, en el más grato y amenísimo paseo solía llegar hasta él cuando el crepúsculo empezaba a encender en los cielos occidentales el incendio maravilloso, en el que el sol había de ser inmolado inexorablemente por inclemente noche. Aspirando con íntimo placer los tonificantes bálsamos que se desprendían de las siembras que nos rodeaban por todas partes como un océano sin fin, entre el cálido y amoroso

trovar con el que las codornices y perdices se reclamaban buscándose ansiosamente entre las trémulas espesuras de los trigales, las alegres tornadas que cantaban los campesinos regresando a sus hogares y las duchísimas melodías del Ángelus que, como místicas palomas sedientas de luz y amor cruzaban los cielos diáfanos y serenos elevándose al reinado celestial con infinito gozo; en esa hora tan elegiaca y lírica en que como obedeciendo a nuestros más íntimos deseos las imágenes más románticas y bellas, surgen de entre las magias del crepúsculo embelesándose deliciosamente con sus primores; en esa hora tan inspiradora y única, en que los gozos más intensos y purísimos de mística raíz y esencia, nos hienden el corazón como divinos dardos, los torpes y pecaminosos deseos desaparecen por completo de nuestra mente mientras la grave y elocuentísima voz de Dios resuena en ella exhortándonos a la práctica del bien con irresistible impulso; en esa hora en que el milagro brilla y la ilusión florece, llegaba a ese encantador oasis de espiritualidad a saciar en su venero inagotable la sed y el hambre de belleza, de amor y de emoción, que constantemente me tenía inquieto y desvelado. Sentándome sobre una de sus piedras contemplaba religiosamente estas solitarias ruinas, evocando con íntimo placer su pretérito tan activo y luminoso, mientras mi exaltada. imaginación reconstruía. mentalmente las hazañas portentosas que en los campos del amor y de la fe, realizara en el pasado nuestra raza tan hidalga, aventurera y soñadora. Cuando serenándome descendía de tan gloriosas y fantásticas alturas, con los ojos húmedos de lágrimas y los pulsos alterados por la mística emoción que me abrasaba, sentía infinitamente no tener la sabiduría y elocuencia necesaria para arrancar de raíz del espíritu de los hombres,

los sórdidos y torpes apetitos que crecen en ellos con la exhuberancia de las malezas infernales, sustituyéndolas por los sentimientos del santo y milagroso amor, del bendito amor que están necesitando más que el pan para poder seguir sobreviviendo como humanidad, para salvarles de la sucia y bárbara bestialidad en la que se hunden tan estúpida y locamente, como una hedionda y hórrida manada de orangutanes lúbricos y corrompidos. Y así seguía y seguía delirante de amor y de emoción, extraviándome cada vez más en las maravillosas regiones de lo imposible, basta que las últimas luces del crepúsculo se extinguían en las distancias y las estrellas y los luceros empezaban a bordar con sus puntitos trémulos y coloridos, la vasta y sombreada túnica del firmamento azul.

Uno de estos atardeceres me hallaba profundamente abstraído en estas o parecidas reflexiones, cuando el tío Manolo, hombre campechano y jovial y el único guarda jurado de los campos de Caudilla, al pasar por un camino próximo con su tercerola a la espalda, viéndome tan pequeño y solo en tal lugar, se acercó a mí disimulando la curiosidad que mi encuentro le causaba con un generoso ofrecimiento que le agradecí. Acto seguido sentándose sobre una piedra depositó su vieja tercerola en el suelo, mientras nuestra conversación se iniciaba en el tono más simpático y cordial, y al enterarse de los vagos y raros motivos que me impulsaban a visitar esas ruinas tan melancólicas y tristes, cosa que le di a entender como pude con vergüenza y timidez, mientras decía que la gente ya no hacía el menor caso de los castillos y que sus piedras no tardarían en convertirse en materiales de cuadras y pocilgas, disponiéndose a fumar un cigarro sacó de entre los

innumerables pliegues de su faja su petaca renegrada, y se puso a armarle atenta y silenciosamente como recordando sus cosas más notables y olvidadas. Mientras le liaba yo le miraba con vivísimo interés, pues su rostro bronceado y curtido por todos los soles y los vientos de aquellos campos tan fértiles y resecos, me le hacía imaginar como a un ser de otro medio haciéndome evocar con íntimo placer las masías y cabañas de las regiones montaraces, donde entre acantilados y cielos viven y mueren contentos y felices, generaciones de labriegos y pastores sencillos y bondadosos como los patriarcas antiguos, ignorando en absoluto la indignidad, la brutalidad y la miseria, del mundo «civilizado». Cuando ya le hubo encendido con la yesca, el pedernal y el eslabón, permaneció breves momentos fumándole en silencio, contemplando como las fantásticas y caprichosas figuras que sus bocanadas de humo formaban en el aire se desvanecían, hasta que al final con lenta y bien timbrada voz, empezó a referirme los casos y las cosas que sintiera contar sobre el castillo a los ancianos en los lejanos y felices tiempos de su niñez, ante los chozos de los labriegos y las mamparas de los pastores, en las gratas y ajenísimas veladas del buen tiempo. Entre las diferentes historias que el bondadoso tío Manolo me contara en ese y demás atardeceres, pues desde tal día siempre que me veía entre las ruinas se acercaba a mí a fumar un cigarro, están las peregrinas leyendas que empleo como fundamento principal en la creación de este nuevo volumen de mis «Cosas de España» que dedico con todos mis amores, a la triste y melancólica villa de Caudilla, en agradecimiento de lo mucho que me hizo gozar y soñar en los tiempos tan dichosos y lejanos de mi infancia y primera juventud.

LA FUENTE

En un plácido valle extenso y primoroso
da sus aguas las que entre melódicos rumores,
le recorren regándole por un cauce tortuoso
cuyas márgenes bordan con sus gracias las flores.

Retozan los corderos por su suelo oloroso
lleno de mariposas y pájaros cantores,
y en su chorro tan claro, tan fresco y rumoroso,
llenan sus cantimploras muleros y pastores.

¡Oh!, cuántas veces, cuántas, cuando al cielo pintaban
los róseos ocasos y en los campos cantaban
las aves fui solo hasta su sitio encantador,

a beber su agua fresca... la dulcísima esencia
de aquellas tardes que mi feliz adolescencia
inundaron de ensueños, de júbilo y de amor!...

A LAS RUINAS DEL CASTILLO DE CAUDILLA

Ruinas veneradas
de la peregrinas épocas pasadas...
En mi adolescencia
turbando mi calma
¿qué mágica influencia
ejercías en mi alma
romántica ¡oh! Piedras
de aspecto doliente
que aún veo en mis ensueños os veo claramente
cubiertas de hiedras
y musgo verdoso
en mudo suspenso
en las soledades de aquel campo inmenso,
triste silencioso
donde sólo moran
entre las más pálidas y fúnebres cosas
las sombras gloriosas
que el presente ignoran
y como el que sufre, la gozosa vida
y el tímido ciego la vista perdida,
los casos y cosas del caballeresco pretérito añoran...

¡Oh, con qué impaciencia
tan honda os miraba
y os visitaba
en la adolescencia!...
En vuestra profunda
quietud, tan fecunda
para el pensamiento,

con el dulce acento
de voces divinas
y gracia impregnada
de amor y elocuencia,
me hablabais ¡oh! ¡ruinas
de vuestra pasada
y honrosa existencia...

Sentándome en vuestros pétreos despojos
y ¡oh! en aquellos bellos crepúsculos rojos
de intensa alegría,
de marchas gloriosas
de Dios, las visiones más maravillosas...
Veía tus sólidas y altivas murallas
de airosas almenas,
Flameaba al viento
todo gracia y gozo, ruido y movimiento.
cruzar por tu puente
cruzar a los sones
por mi fantasía
entre albas y rosas
tan bellas y llenas
garitas, saeteras, torres y atalayas.
y en tu torno era
Veía claramente
jubilosamente
múltiples personas,

sobre sus briosos
caballos, ansiosos
partían a las épicas y santas cruzadas.
Tiernos misioneros
íncultos guerreros
de Dios, que abrazando las místicas palmas,
con celo profundo
se iban abrasados
de amores sagrados,
con óleos y cruces a redimir almas
al gran nuevo mundo...
Con profundo agrado
en los tiempos buenos
veía a tu lado
los torneos tan bellos, ágiles y amenos,
que realizaban,
las grandes funciones
que con los placeres
y las emociones
más dulces, ahogaban a los simples seres
que las contemplaban...
Y ¡oh! En las noches bellas
y diáfanas, cuando
luceros y estrellas
brillaban sobre ellas
sus senos llenando
con su luz fulgente
de anhelos gloriosos
y ensueños preciosos
primorosamente,

con sus sensaciones
y ansias milagrosas,
inundaba mi alma cándida el torrente
de las emociones
y las ilusiones
más encantadoras y maravillosas....

¡Qué hondas y serenas
dichas me inundaban
en esos momentos.
Y oh, que ansias tan buenas
y hermosas cruzaban
por mis pensamientos!...
¡Que bueno ese instante
tan dulce y brillante
mi ser se sentía,
mientras la más pura
y ardiente ternura
mi espíritu hendía!...

La tarde moría
haciéndonos ¡oh ruinas! mas tristes y bellas.

La noche surgía.

Algunas estrellas

ya en lo alto brillaban

y entonces temblando

honda y dulcemente de amor y emoción,
mis ojos con pena el adiós os daban

y al irme alejando

sentían que quedaban

entre vuestras piedras mi alma y corazón...

LA PROCESIÓN

Entre cantos y música de bandas y campanas
revelando en rostro la trágica pasión
que sufriera en sus horas de angustia sobrehumanas
el Cristo impresionante sale en su procesión.

Al subastar los brazos de sus andas galanas
le rodea de ofertas la pública reunión
y al fin las gentes que hacen las más altas, ufanas
cargándole le llevan con gran satisfacción.

Ante su paseo místico todo se maravilla
almas, cielos y campos ¡que es Dios! Y hasta la villa
transformándose cuando por ella le ve ir,

recobrando sus ánimos se inunda de alegría,
de gracia y color como si en tan célebre día
su glorioso pretérito volviera a revivir...

GLORIA Y PENA DEL AMOR

En este hermoso castillo
que ya vencido se halla
lleno de ruinas y olvido
en soledad tan callada,
el cual de pena infinita,
de misericordia y lástima,
con su doloroso aspecto
inunda al instante al alma
al ver que hubo, el lagarto,
la comadreja, la rata,
el murciélago y el cuervo,
tienen sus sucias moradas
donde antes de las virtudes
las águilas anidaban,
cuando vigoroso y pleno
de méritos y de gracias
como un glorioso vigía
del honor se levantaba
sobre sus sólidos cubos
y altas y firmes murallas
que de garitas y torres
con primor se coronaban
entre festones de almenas,
minaretes y atalayas,
próximo a una activa villa
llena de gentes honradas
y laboriosas que en ella
tranquilamente habitaban,
con un sobrino y una hija

tan sólo en su vasta estancia
vivía un conde culto y noble
que trece lustros contaba,
al que Dios dejara viudo
con gran dolor de su alma
y al que vasallos y siervos
por sus virtudes cristianas,
como a un bondadoso padre
querían y respetaban.



Era virtuoso este conde
Como un antiguo patriarca,
simples eran sus costumbres
y su bondad honda y amplia.
La fe y el honor cual luces
de las celestiales lámparas
can su fulgor peregrino
iluminábanle el alma,
y comprendiendo que esta tierra
tan mísera y baja
era tan sólo una oscura
y transitoria morada
de la misma, al ejercicio
de las virtuosas prácticas
en su terrena existencia
con tanto amor se entregaba,
que vivía constantemente
como en estado de gracia.

A sus vasallos y siervos
como a sus hijos trataba,
y entre los muchos que bajo
su protección se encontraban,
no hubo ofendido que al punto
su ofensa no reparara,
desvalidos sin su ayuda,
tristes que no consolara,
alegres sin su alegría,
virtuoso que no premiara
como así tampoco reos
que sin castigo quedarán.
Era cual padre amoroso
que por su suerte velaba
con ese celo bendito
que inspira la fe cristiana,
pues ante Dios responsable
creía ser de sus desgracias,
y así luchaba y sufría
porque en sus almas brillaran
los milagrosos luceros
del amor y la esperanza,
virtudes que él veía como
dos firmes y hermosas alas
con las que al morir sus cuerpos
podrían ascender sus almas
a las gloriosas alturas
desde este valle de lágrimas.
Por todo esto él presidía
sus fiestas y sus desgracias,
así en sus bodas reía

y en sus entierros rezaba.
Jamás el tedio agobiante
sobre su ser se posaba,
en quehaceres de la villa
pasábase las mañanas
y en las tardes cuando el tiempo
bueno las amenizaba,
sobre su caballo blanco
hermoso una estampa
salía a recorrer su hacienda,
deber que nunca olvidaba,
y en la soledad campestre
donde con Dios dialogaba
su alma sensitiva y noble,
sentía peregrinas ansias,
hondas y santas ternuras
que a ser mejor le impulsaban,
y era tan puras y profundas
la emoción que le inundaba
que contemplando los cielos
silenciosamente oraba
dando por bienes tan grandes
al Señor férvidas gracias.
Después seguía su paseo
y ¡oh, entonces cuanto gozaba
viendo a su gente tranquila
llena de amor y esperanza
entre charlas y cantares
con sus arados y azadas
labrado las buenas tierras
pues con largueza brindaban

los frutos santos que todos
para vivir precisaban! ...
Entre estos seres humildes
las bellas tardes pasaba
dichoso y querido hablándoles
de cosas de las labranzas,
de las empresas gloriosas
que entonces sostenía España,
de las excelsas virtudes
de la religión cristiana,
y demás cosas que a cuento
vinieran sin prisa hasta
que declinando la tarde
a su fin se aproximaba,
que entonces al noble conde
por las sendas perfumadas
regresaba a su castillo
cuando al mismo llegaban
los dóciles campesinos
dando fin a su jornada,
y en el anchuroso patio
reunidos ya se encontraban,
por toda su servidumbre
y su hija tan amada
seguido, el virtuoso conde
al amplio patio bajaba,
hasta la gran cruz de piedra
que había en el mismo llegaba
y cuando daban el toque
del Ángelus las campanas,
tras de santiguarse el santo

rosario al punto empezaba
el cual todos imitándole
con gran devoción rezaban,
que entonces pobres y nobles
teniendo limpias sus almas
de estas envidias y odios
que hoy tanto a todos nos
[manchan,
eran como verdaderos
hermanos, pues la cristiana
fe íntimamente a todos
les unía en cuerpo y alma,
por eso vivían contentos
vida pacífica y grata
y por eso sus costumbres
aureoladas de gracia
espiritual, eran bellas,
alegres, simples y santas.

Al fin del santo rosario
su bendición les echaba
y cuando ya su castillo
los campesinos dejaban,
junto con su hija el buen conde
desde su entrada elevada
amoroso y conmovido
atento les contemplaba
como animosos y alegres
a sus hogares marchaban
Y ¡oh! Entonces la más bendita
dicha abrasábale el alma.

Por todo esto al noble conde
las gentes de esa comarca
como a un virtuoso padre
querían y respetaban.



Era su hija que sólo
diecisiete años contaba
hermosa como una aurora
y buena como una santa.
Eran sus ojos luceros
bellísimos que irradiaban
con sus pupilas las luces
más deliciosas y mágicas,
y su semblante precioso
un tal conjunto formaba
de púrpura, ensueño y nieve,
de candor, misterio y gracia,
que puesto inspiradamente
entre su fragante y alba
entre su espléndida y áurea
cabellera parecía
una joya hermosa y mágica
que atesorara en su seno
todo el primor y la gracia
de la belleza suprema,
genialmente cincelada
por los divinos artistas
ebrios de inspiración para
hacer conocer pasmando
de asombro a la gente humana

la peregrina hermosura
de la celeste morara.
Sobre su busto sus senos
magnífico resaltaban
cual ánforas que los néctares
divinos atesoraran;
su talle esbelto era como
el junco grácil que se alza
en las riberas del trópico
entre azucenas y palmas
constantemente arrullado
por las brisas y fragancias
del océano y las flores
más olorosas y cándidas
y si de su cuerpo era
tanta la hermosura y gracia,
más grandes y hermosas eran
las que adornábanla el alma.
Por todo esto esta niña
tan tierna, virtuosa y guapa,
tan distinguida, sensible,
humilde, afectiva y llana,
era el ídolo de todas
las gentes de esa comarca.



El sobrino que con ellos
vivía desde su infancia,
aunque de nobles nacido
y criado como Dios manda,
era de índole mezquina,

hipócrita, torpe y falsa.
Habiendo quedado huérfano
en una edad muy temprana
le recogió el noble conde,
y aunque la educación alta
que le correspondía diole,
poco de ella aprovechaba
pues contra todo a lo innoble
siempre tendía su alma.

Veintidós años tenía
y aunque su tío respetaba
más por temor que cariño,
pues por completo ignoraba
la gratitud y en los actos
públicos que realizaba
hábilmente el disimulo
más cínico desplegabá,
los seres que no eran tontos
pronto al tratarle notaban
que su espíritu era un pozo
de vanidad y arrogancia,
que la más profunda y viva
antipatía de él brotaba
como el hedor del cadáver
que putrefacto se halla,
por lo que todas las gentes
humildes, simples y cándidas
a los que con la soberbia
más torpe siempre trataba
rehuían su trato, y cuando
de improvisó ante él se hallaban,

instintivamente huían
de su presencia nefasta,
pues sabían muy bien los pobres
que si más no les dañaba
y humillaba, sólo era
porque en tales circunstancias
las bondades y las fuerzas
de su tío no le dejaban.



Cuando pasaron los hechos
que en esta obra se narran
corrían los tiempos cuando
en nuestra Patria reinaba
Felipe segundo, el noble,
sabio y austero Monarca,
que por la Cruz combatiendo
vivió en constante batalla
cubriendo de gloria eterna
los pabellones de España.



Un atardecer precioso
del mes de agosto paseaba
esta niña en un hermoso
caballo tordo montada
por el camino amenísimo
que a San Silvestre llevaba
seguida por dos mastines
que fiel escolta la daban,
cuando al dar vuelta a una curva

sintió una voz dulce y clara
que entre un bosquecillo próximo
al son de un laúd se alzaba
cantando tiernas canciones
que parecían de un alma
ahogada de amor y pena
consoladoras plegarias.
Conoció instantáneamente
por la voz al que cantaba
trovas tan tristes y dulces
que a sus oídos llegaban,
como deliciosas músicas
que sus sentidos turbaban.
El mismo un trovador era
que con increíble audacia
de morir la salvó un día
que con su padre de caza
iba cuando su caballo
tras de un jabalí lanzara,
pues desbocándose el bruto
entre carrascos y jaras
corriendo rápido y ciego
ya un terraplén se acercaba,
cuando ese trovador lírico
que por allí iba de marcha,
con gran peligro de muerte
tirando al suelo su capa
lanzándose a él sus bridas
cogió con tanta pujanza,
que aunque un buen trecho
[arrastrándole

por el campo lo llevara
consiguíó al fin detenerle,
y cuando ella las gracias,
asustada y sorprendida
por su valentía le daba,
cayó sin conocimiento
sobre las verdes retamas.
Creyendo que estaba muerto
gritó con voz angustiada,
y al poco su noble padre
que detrás de ella marchaba
rogando a Dios que a su hija.
de trance tan cruel salvara,
habiendo visto el arrojó
del trovador, sin tardanza.
bajándose del caballo
fue hasta donde se encontraba
aún privado, y levantándole
como sus criados llegaron
a unos ordenó que pronto
al castillo le llevaran
y a otros a buscar al médico
que sus heridas curara.

Agradecido su padre
por acción tan arriesgada
tratándole como a un príncipe
le tuvo un mes en su casa,
mes feliz en que al tratarle
ella con más confianza,
viéndole tan noble y lleno

de inspiración, genio y gracia,
entre emociones dulcísimas
sintió brotar en su alma
sentimientos misteriosos,
hondas y cálidas ansias
que soñar con el le hacían
gozosamente y sin calma.

Antes de que ese accidente
tan peligroso pasara
el trovador con frecuencia
solía cantar en su casa,
pero desde el día que estando
ya sus heridas curadas
le viera alejarse de ella
con gran dolor de su alma,
el trovador no había vuelto
a amenizar las veladas
del castillo con sus trovas
tan líricas e inspiradas,
y por saber de este cambio
tan misterioso la causa,
estaba la condesita
hondamente preocupada.
Por eso esa tarde al oírle,
sorprendida y embargada
de emoción, quedóse al punto
inmóvil y como extática
oyendo esa voz tan dulce
que el ruiseñor envidiara.
¡Que hermosas eran las trovas

que allí el trovador cantaba
y ay, que peregrinas cosas
hacia soñar a su alma!...
En la soledad campestre
tan plácida y perfumada
todo era gracia y silencio
cual si la tarde quedara
en éxtasis escuchando
esa música inspirada
que resonaba en su seno
tan lírica, triste y clara.
En sus cantos parecía
que el trovador se quejara
de amar infinitamente
mas sin ninguna esperanza.
Cuando volvió en sí la niña
recuperando su calma,
se aproximó cuanto pudo
al lugar donde cantaba
procurando que el trovero
no advirtiera su llegada,
bajó del caballo entonces
y cuando el tronco de una haya
le dejó atado, al instante
con paso lento y callada
seguida de sus mastines
ansiosa y ruborizada
apareció de improviso
donde el trovador estaba.



Era el trovador un joven
que veintiún años contaba
apuesto, noble y sensible,
lleno de talento y gracia.
Quedando huérfano cuando
sólo tres años contaba,
con la gente humilde y buena
que le adoptó en su desgracia
tan triste y le crió como,
si de un hijo se tratara,
vivía tranquilamente
en una villa cercana.
Como trovador tan grande
como justa era su fama,
por eso por los castillos,
por las casonas hidalgas
y por las villas en fiesta,
con su laúd y su capa
iba en su caballo negro
como las penas del alma,
por los caminos y sendas
entre brisas y fragancias
como embriagado de
[ensueños
a amenizar las veladas
y festivos, en donde
al son del laúd cantaba
mil peregrinos romances
que de su mente sacaba
exaltando y conmoviendo
hasta el temblor y las lágrimas

el espíritu de todos
los que su canto escuchaban.

Así feliz y admirado
el trovador vivió hasta
el día tan triste y glorioso
que a la condesa salvara,
porque ¡ay mientras sus
[heridas
curando estuvo en su casa,
viéndola tan distinguida,
tan encantadora y guapa,
sintió por ella un cariño
tan hondo y puro en su alma,
que sabiéndole imposible
cruelmente le atormentaba.
Desde el día que curado
ya su cuerpo abandonara
el castillo no había vuelto
en él a poner sus plantas,
a pesar de los recados
que el buen conde le enviara
extrañado de su ausencia
tan incomprensible y larga.
A despedirse de ellos
a él esa tarde marchaba,
pues en su amor y su pena
hondamente deseaba
irse a la guerra deseando
ganar honores y fama,
ansioso de hacerse digno

de esa mocita hechizada
a la que a pesar de todo
quería con toda su alma.

Y en un descanso cantando
su desventura se hallaba
cuando como ya se ha dicho
la condesita adorada
apareció ante él causándole
la alegría más honda y cálida.

Pasmado de asombro al verla
cual si ante un ángel se hallara,
instantáneamente mudo
queda el trovador.

Turbada
ella le mira y al cabo
de una embarazosa pausa,
con la intervención de ambos
en la más sublime charla
la dignidad y el amor
este diálogo entablan:

–Trovador, muy buenas tardes
tengáis, dice al fin la dama.

El la devuelve el saludo
respetuoso mientras su alma
de turbación se ahoga y ella,
aunque la emoción la embarga
como a él, ante su silencio

agrega: –¿Por qué se calla
vuestra voz trovero? ¿Impido
yo sus canciones? Si causa.
de ello soy me voy.

–¡Oh, niña
no me atormentéis! exclama
el trovador azorado.

–Pues continuáis que me agradan
mucho esas trovas.

–¡Condesa
siendo como es, fea y basta
la voz humana más dulce
donde resuena su charla,
sería una descortesía
que con mis gritos turbara
la celestial armonía
que fluye como de un arpa
angelical, el acorde
de vuestras dulces palabras.
–Galante estáis.

–Justiciero
decid mejor.

¿Ensayaba
el buen trovador sus nuevas
canciones para cantarlas
en función cercana?

–No. Eran
señora trovas de mi alma
que sólo en las soledades
puede cantar.

–Bella y rara

era su música.

—Cuando
con honda pena se canta
se canta bien.

—¿Qué os sucede?

¿La tenéis enamorada?
Calla el trovador y ella
ante esto agrega intrigada:
—¡Calláis! Un refrán antiguo
dice que afirma el que calla.
¡Enamorado estáis!

—Cierto,
responde al fin él. Mi alma
se ahoga de amor pero en vano.
—¿Por qué razón?

—Porque su ansia
tan alta está, que imposible
le será siempre alcanzarla.
—Desanimado estáis.

—Llena
con su virtud esa dama
mi corazón de tristezas
mientras de amores le abrasa.
—¿La queréis mucho?

—¡Oh, sí, nunca
fue la Virgen venerada
por los peregrinos ángeles
en la gloriosa morada
con amor tan hondo como
ella es por mí, que el amarla
siempre en secreto, rendido,

ansioso y sin esperanzas,
ha llegado a ser tan sólo
de mi existencia la causa!...
—Que bien pintáis vuestro afecto
trovador.

—¿Lo creéis?

—Me encanta
oíros.

—La verdad siempre
es fácil manifestarla.
—¿Y de ese amor tan profundo
tiene noticias la dama?
—Ninguna.

—¿Ninguna?

—Cierto.
—Entonces sufrís sin causa.
—¿Por qué no la habláis?

—¿A ella?

—Claro.

—¡Oh, condesa! ¿A las águilas
altivas y majestuosas
por el mismo Dios dotadas
de finísimos alientos
y grandes y hermosas alas
para que aniden y vivan
en las cúspides más altas,
como hablarles los gusanos
humildes que en torpe marcha
entre tinieblas y fangos
por los abismos se arrastran?
—No tenéis razón alguna

para así hablar.

—¿Por qué causa?

—Porque os rebajáis tanto como eleváis a esa dama.

Intentarlo al menos.

—Ello

sería ridícula audacia.

—Exageráis mucho.

—Corto

me quedo en mi comparanza.

—Os turba el amor.

—¿Razones

de ello tenéis?

—Muchas.

—Dádmelas.

—Os daré una porque creo que ella solamente basta.

—Ya os escucho.

—Oídmeme atento

y veréis que ella es sensata.

Suponiendo que ella fuera

cual decís, altiva águila

y vos humilde gusano,

no os olvidéis que en el alma

de toda humana criatura

Dios pone para que salva

pueda ser, una partícula

de esa prodigiosa gracia

de virtud maravillosa

que constantemente mana

de su bondadoso seno

con cuya fuerza se igualan los desniveles más grandes,

pues no hay cúspide por alta que sea que escalar no pueda

el ser más humilde que haya,

si cultiva ese tesoro

con celo y perseverancia.

El trovador pensativo

queda y tras su corta pausa

mirando a la condesita

como suplicando exclama:

—¿No creéis que eso es fantasía?

—No, es realidad comprobada

por sin fin de hombres que solos

desde las zonas más bajas,

eleváronse con honra

a las esferas más altas.

—¡Oh, que bien tan infinito

me causan vuestras palabras!...

—¿No las olvidareis?

—Creo que nunca podré olvidarlas.

Ahora os confieso que a vuestro

castillo iba.

—Me agrada

muchísimo esta noticia

aunque la misma me extraña.

¿A qué vais?

—A despedirme

de ustedes.

—¡Cómo! asombrada

replica la condesita

y agrega: —¿Por qué?

—A lejanas
tierras partiré muy pronto
si Dios no impide mi marcha.

—¿Que os vais de aquí decís?

—Cierto

—¿Por qué?

—Me obliga la santa
pasión de ese amor tan hondo
que está abrasándome el alma.

—¿A buscar olvido?

—¡Oh, nunca
podría condesa olvidarla.

—¿Fortuna?

—Tampoco.

—Entonces
¿cuál es trovador la causa
que os impulsa a alejaros
de estas regiones?

—El ansia
de conquistar contra todo
lo que se me oponga fama
y honor.

—¿Con qué?

—Con el fuego
bendito que en mis entrañas
siento bullir impaciente
de emprender empresas magnas
que aplaudan Dios y los hombres
con valentía y audacia.

—¿Para qué?

—Para ¡ay! con ello
poder adquirir las alas
que a sus alturas me eleven
y entonces sí, confesarla
el amor que su hermosura
y su virtud me inspiraran.
—¿Y antes no la hablareis?

—¡Nunca!

Si el Señor no me amparara
este amor eternamente
quedará oculto en mi alma.

—¿Y a dónde os marcháis?

—¡Oh, niña,
a donde peligros haya,
donde la muerte se impone
y es grande suerte evitarla,
a hundirme en simas profundas
y coronar cumbres altas
al son de roncós cañones
entre un bosque de lanzas,
bajo un diluvio de fuego
y centelleantes espadas;
a sufrir las duras pruebas
que al pobre exige la fama;
donde las grandes y auténticas
virtudes libres resaltan,
donde los grillos se rompen
y se conquistan las alas;
voy señora a un paraíso
donde el ángel que le guarda
a salir de él, si salgo,

otorgándome las palmas
del triunfo ambicionado
realizará mi esperanza.

—¿Solo marcháis?

—No condesa.

—¿Quién al trovero acompaña?

—Dios y los hombres.

—¿Son muchos?

—Miles.

—La cosa es bien clara.

—A la guerra os vais.

—Señora

—Sí.

—¿Pronto?

—Don Juan de Austria
a combatir contra el turco
firmemente se prepara.

Ya se haya lista su flota
y en la hermosa y noble Italia
los navíos de Venecia,
los de Génova y del Papa
impacientes de lanzarse
a los combates le aguardan.

Con todos esos guerreros
he de irme, pronto en las aguas
del amplio Mediterráneo
han de librar nuestras armas
la lucha cruenta y terrible,
la decisiva batalla
que la cristiandad entera
urgentemente reclama

para librarse al fin de la
potencia tan cruel y bárbara
conque el engreído turco
tan seriamente amenaza.

De una vez y para siempre
a la media luna islámica
debe, si morir no quiere,
vencer nuestra cruz cristiana.
Allí, entre gritos y fuegos
luchando con gozo y ansia,
conquistaré como un héroe
la honra, la gloria, la fama,
que tanto anhelo o la muerte
de ser la cruz derrotada.

—Mucho os arriesgáis.

—El triunfo
sin riesgo nunca se alcanza
—¿Y estáis resuelto?

—Ya hice
los juramentos de práctica.
—¿Y os vais tan sólo a la guerra
por el amor de esa dama?
—Sólo por ella.

—¿Y si acaso
tal como sois os amara?
—Eso es imposible. Ella
es noble y nunca manchará
los timbres de sus blasones
por mi amor, la cosa es clara.
La condesita un instante
le mira como intrigada

por algo que saber cierto quisiera, y al fin exclama:
—De la realidad salgamos e imaginad que la dama que tan embargado os tiene el pensamiento y el alma, tal como en este momento os encontráis os amara, ¿os iríais así a la guerra?
—¡Oh, lo mismo! Tras dar gracias profundas a Dios por darme tal bendición, sin tardanza me iría a la guerra y en ella luchando con gozo y ansia estaría hasta que no hubiera conquistado esa honra y fama que tanto ansío y mi conciencia así tranquila quedara, porque ¡ay! mientras esos lauros lucir no pueda, a esa dama no podría ni aún a una legua aproximarme, que mi alma. aunque mi cuna fue pobre y tan humilde mi casa, comprende bien sus deberes y dignidad no le falta.

Quedando en silencio ella alza al cielo su mirada como si absorta ante cosas maravillosas quedara

breves instantes y al cabo ya de ellos, emocionada tras suspirar y arreglarse con sus manos envidiadas ligeramente la fronda de sus cabellos, turbada se sienta en un árbol caído que junto a sus pies se halla, y tras de a los dos mastines que echados mira a sus plantas acariciar, mira al joven con amorosa mirada y haciendo esfuerzos supremos por permanecer en calma, con voz dulce y conmovida así reanuda su charla:
—¿Así que por ausentarnos muy pronto de esta comarca hoy venís a despediros de nosotros?

—Si, que os guarda gratitud honda mi pecho por el bien que en vuestra casa me hicisteis.

—¡Que noble! de esas heridas que os causara mi caballo aquella tarde yo tan sólo fui la causa. Por salvarme a mí en tal trance casi os matáis.

—Dios prepara

todo lo que nos sucede
y ello no tuvo importancia.

–Trovador, ¿teníais entonces
vuestra alma enamorada?

–No condesa, aunque bien creo
que en mi pecho ya la brasa
de amor estaba encendida.

–¿Por qué lo creéis?

–Por la causa
de que bastó solamente
que casualmente llegara
el más leve y débil soplo
de la peregrina gracia
de esa doncella a mi pecho,
para que al punto estallara
en él el grandioso incendio
que está abrasándome el alma.

–¿Y ello os paso entonces?

–Cerca
estuvo.

–Veo que esa dama
bella ha de ser.

El trovero
cual si la más pura llama
del fervor al oírla esto
su corazón abrasara,
suspira hondamente, luego
como extasiándose exclama:
–¡Bella habéis dicho... es
[divina,
una encantadora y cándida

princesa del ideal plena
de bondad, belleza y gracia!...

Tan bella es que la aurora
siente envidia al contemplarla,
la noche y la primavera
sueñan mirando su cara,
las frondas más olorosas
su caballera envidiada,
su talle es fino y esbelto
como el bambú y la palma
y en fin, es tal el encanto
de su hermosura tan clásica,
que Dios modela a sus vírgenes
más peregrinas mirándola.

Así es condesa de hermosa
esa doncella hechizada.

La condesita sintiéndose
profundamente halagada.

por las alabanzas líricas
que hace el trovador, exclama:

–¡Cómo se ve que os inspira
el amor y que en vuestra alma
anidan de la poesía,

las maravillosas águilas,
con las cuales se remonta
al reino ideal!... Si esa dama
oyéndoos estuviera

creo que al instante os amara
rendida de amor y gozo
aunque entre estrellas y palmas,
en los más altos palacios

de los cielos habitara
porque hasta ellos como nadie
sabéis subir en las alas
de la inspiración tan bella
que os conmueve y exalta.
–Nunca fielmente podría
la describir con mis palabras
la peregrina belleza
de su hermosura y su gracia
tan únicas.

–¿La conozco
yo para felicitarla?

–Sí.

–Pues su nombre decidme
pronto.

–Juré no nombrarla
hasta volver de esa guerra
si vuelvo, con honra y fama.

–¿Ni aún a mí?

–Condesa, os ruego
que me disculpéis. Me pasa
un caso tal, que al saberle
por mi sentiríais gran lástima.

–¿Por qué?

–Por las hondas penas
que sufro.

–En vuestra desgracia
no os olvidéis que las penas
se alivian al confesarlas.

–Prometí no hacer tal cosa
hasta que en la lucha no haya

logrado ser digno de ella.

–¿A quién?

–A Dios y a mi alma.

–¿Por qué?

–Porque considero
que sería indigno el nombrarla
en tal estado.

–Tal cosa

¿creéis de verdad?

–Sí. Por nada

lo haré.

–No haríais mal. Sí. Indigno
sería el que yo la nombrara.

–¿Su razón?

–La que os dije
ya de gusano y del águila.

–¿Porque sois pobre?

–Sí, y ella
la dama más bella y alta.

–Exageráis mucho.

–¡Oh, niña!
no exagero en esto nada.

–No lo creo así yo.

–Porque
vuestra bondad os engaña.

Feo y ridículo fuera
que yo de este amor hablara.

–No haríais mal.

–Pero ¡ay! señora
eso tan sólo no basta.

En este mundo la gente

todavía muy mal pensada.

—¿Y qué os haría?

—Burlarse de mi cariño sin lástima.

—¿En ello creéis?

—Sin duda.

la cosa es corriente y clara.

Si de una noble doncella rica, distinguida y guapa, profunda y perdidamente un pobre se enamorara

y en vez de ese amor a prisa escondérsele en el alma

tratando de adquirir méritos que a los de ella igualaran

fuera poblando el mismo sin ton ni son por las plazas,

sólo encontraría como eco de sus sentidas palabras,

creyéndole tonto o loco, burlas, desprecios y lástimas.

—Bien os defendéis.

—Defensa

no admite la justa causa por tenerla en sí.

—Me callo

entonces. Sólo deseaba

que os confesárais conmigo para aliviar vuestra alma

porque repito las penas

se alivian al confesarlas.

Por eso insistí.

—Por ello

os doy señora mil gracias, vuestra intención es piadosa pero juré no nombrarla.

—¿Y si lo hiciérais de una manera tal que os guardara la tal promesa y al mismo tiempo el alivio os brindara?

—¿Cómo hacer tal cosa?

—Es fácil

según yo creo.

—Explicádmela,

que de ser así lo haría con placer para dejarla tranquila.

—Manifestándome

las tristezas y las ansias que vuestro espíritu afligen sin mencionar a esa dama.

—Complicado es el dilema que me presentáis.

—Allana

siempre un trovador las cosas que atañen a las palabras.

Silencioso y pensativo queda él como si buscara

la forma de salir de esa situación tan embrollada

en que la niña le pone

y como al fin encontrándola

dice:

—A mi memoria viene un romance que en mi infancia oí narrar el que creo que de este trance me salva. —¿Parecido a vuestro caso es?

—No.. Es distinta su trama pero aún así creo que el mismo tiene algo de semejanza. ¿Os lo cuento?

—Por oírle ya está impaciente mi alma,

pero antes decidme cómo el tal romance se llama.

—El trovador ciego.

—Veo que su título de gracia ya es un acierto.

—¿Le empiezo ya?

—Sí, lo espero con ansia. Y obedeciendo a la hermosa condesita, con voz clara el trovador empezando el tal romance así exclama:

EL TROVADOR CIEGO

Hace mucho vivió en una villa de León lejana un niño hermoso que ciego nació por oculta causa. Cuando seis años tenía sus padres que le cuidaban con gran cariño, murieron y al huérfano en su desgracia le recogió una familia humilde, noble y cristiana que le crió como si fuera un propio hijo en su casa. Pasaron años y cuando ya a ser mocito empezaba Dios trovador hizo al ciego

y tales trovas sacaba con este don peregrino de su corazón y su alma las que al cantar en la villa con su voz privilegiada, corriendo por los contornos tan ligera fue su fama, que atendiendo a los llamados que sin cesar le llegaban de gentes que oír sus canciones tan ponderadas deseaban, sobre un caballito negro que con un raro acierto guiaba como si un maravilloso instinto le iluminara,

y seguido de un fiel perro
que siempre le acompañaba
recorría los castillos,
ilustres casas hidalgas
y demás lugares donde
su actuación solicitaban,
en los que al son del laúd
con su dulce voz cantaba
romances tan peregrinos,
y de leyendas tan inspiradas
y tan hermosas y tiernas
trovas de amor, que las lágrimas
de la emoción más profunda
y la ternura más cálida,
humedecían los ojos
de todo el que le escuchaba.
Y al trovador por todo esto
tanto la gente apreciaba
y de simpatía tales
y tantas pruebas le daba,
que hasta feliz se sentía
en su profunda desgracia.



En uno de los castillos
de tantos que visitara
en las agradables rondas
que por allí realizaba,
había una doncellita
hermosa, alegre y simpática,
que si le hablaba sentía

dulces temblores en su alma
y con cuya voz dulcísima
constantemente soñaba,
conociéndola por ella
aunque entre mil se encontrara.
Tal amor sentía por ella
que al no poder contemplarla
físicamente, en sus sueños
veíala coronada
y ungida por la hermosura,
por la bondad y la gracia
mayores que crear pueda
la imaginación humana.
La dedicó hermosas trovas
que conmovido cantaba
entre tormentas de aplausos
e inundaciones de lágrimas
pero ¡ay! como de la Virgen
de ella igualmente pensaba.
—¿Os aburre el cuento niña,
dice él haciendo una pausa
breve.

—¡Oh, no! responde ella,
seguid, seguid que me encanta.



Un día que a este castillo
el trovador se acercaba
en su caballito negro
con su laúd a la espalda
y acompañado del perro

que fiel escolta le daba
constantemente, callado
y alegre mientras pensaba
en la alegría que a la niña,
que iluminábale el alma,
iba a causar el romance
nuevo que iba a dedicarla,
triste y hermoso como el de
«Los siete infantes de Lara»
en el cual a una princesa
hermosa, virtuosa y cándida,
al presentarla una noche
en la prisión donde estaba
entre humeantes antorchas
la cabeza mutilada
del infeliz caballero
que amaba con toda su alma,
las más profundas angustias
del amor loca impulsaban
a tirarse del altísimo
torreón donde encarcelada
la tenía un brutal tirano
el cual quería desposarla
con otro hombre al que ella
más que a Lucifer odiaba,
al cruzar el largo puente
del gran río que se hallaba
muy cerca de él, sintió gritos
de auxilio que como espadas
del dolor mas cruel se hundieron
profundamente en su alma.

Eran de la hermosa niña
que sintiéndose arrastrada
por la corriente, socorro
pedía con voz angustiada.
El trovador al instante
como si le iluminara
en ese trance los ojos
Dios, en la forma más rápida
bajándose del caballo
y arrojándose a las aguas,
orientado por su instinto
e impulsado por sus ansias,
tras un bregar angustioso
con inconcebible audacia
sacó a la niña del río
profundo donde se ahogaba.



El buen marqués padre de esta
doncella que a la distancia
sin poder prestarla auxilio
su situación tan dramática
estaba viendo, y por ello
presenció la increíble hazaña
del trovador, la más honda
gratitud sintió en su alma
brotar por él y deseoso
de al punto manifestarla
en obras, a su castillo
le llevó enseguida para
que en él los mejores médicos

su ceguera examinaran,
y si de darle la vista
tenían alguna esperanza,
sin reparar en molestias
ni en gastos, que le trataran
hasta dejarle curado
completamente en su casa.
Al revisarle los ojos
los médicos de más fama
creyendo cosa posible
que su ceguera curaran
empezaron prontamente
el tratamiento. En su larga
cura para hacer la misma
más entretenida y grata,
esta encantadora niña
junto a él las horas pasaba
leyéndole amablemente
libros de santos y santas,
de caballeros andantes
y de guerreras hazañas,
o escuchándole gozosa
los romances e inspiradas
trovas que él con su más dulce
y tierna voz le cantaba,
mientras con gozo sentía
que en su corazón brotaba
un sentimiento tan puro
de humano amor que sin pausa
crecía, soñando así el pobre
con la más bella y romántica

vida al lado de esa hermosa
marquesita que llenaba
de amor y gloria su espíritu,
los gratos días pasaba.



Otra vez la ciencia médica
allí triunfó y por tal causa
con el asombro más grande
el ciego vio una mañana
la luz, pero al mismo tiempo
sintiendo que se inundaba
su espíritu de tinieblas
porque ¡ay! al ver a la amada
niña que mil ilusiones
románticas le inspiraba,
aun comprendiendo que nunca
realizaría su esperanza,
la chispa de amor humano
que sentía arder en su alma
sintió que en grandiosa hoguera
de pronto se transformaba
bajo el delicioso soplo
de su hermosura y su gracia.
Inmensa alegría causó
en toda aquella comarca
esta noticia, su cura
de gozo a todos llenaba,
y ante este acontecimiento
feliz que tanto deseaba
ver realizado el hidalgo

y virtuoso marqués para
satisfacer esa honda
necesidad que en su alma
al ver salvada a su hija
la gratitud le causara,
celebrándole hizo al punto
una gran fiesta en su casa
y en ella al trovador todos
con calor felicitaban
con tal cariño, que al pobre
se le saltaban las lágrimas
de emoción y gozo viendo
cómo la gente le amaba,
pero aunque él agradecido
sonreía al oír sus palabras
afectuosas, ¡que triste
y negra tenía su alma!



Siguieron más días tratando
sus ojos pero él notaba
que mientras curaban éstos
su espíritu se enfermaba,
y cuando sentía su pena
más dolorosa y amarga,
al saber que no vería
nunca, nunca, realizada
su ilusión, el desdichado
con desaliento exclamaba:
¡Mi suerte oh, no puede ser
más triste!... Desde mi infancia

mi constante compañera
fue la inclemente desgracia.
Nací ciego y quedé huérfano
cuando seis años contaba,
y cuando el desvelo
y el amor de la cristiana
familia que como a un hijo
me adoptó y crió en su casa
conseguí la humilde dicha
que hasta hace poco gozaba,
luz da a mis ojos la ciencia
pero ¡ay! cegándome el alma.
Señor, si queréis que eterna
en este valle de lágrimas
sea mi angustia, quitadme
esta vida desdichada
que tengo, dadme la muerte
que así lograré la calma
que tanto anhelo. A esa niña
con un ángel comparaba,
pero con gozo y angustia
al verla al fin y tratarla,
dejé de amarla divina
para idolatrarla humana,
y esto sé que es la locura
peor que pueda mi alma
sufrir por saber que nunca
realizaré esa esperanza,
¡ay! tan bellísima y pérfida
que a la perdición me arrastra.
Y contemplando el abismo

que de ella le separaba,
con voz íntima y vertiendo
raudales de ardientes lágrimas,
a Dios pedía que a sus ojos
de nuevo otra vez cegara,
o como antes con sus júbilos
su espíritu iluminara.

—¿Prosigo el cuento condesa?
haciendo una nueva pausa
dice él, y ella impaciente
responde:

—¡Oh, sí, que mi alma
os escucha absorta.

—Es triste
su fin.

—No importa. Con ansia
estoy...

—¿De saberle?

—Cierto.

—Pues oídme que poco falta.



Al fin un día con su vista
completamente curada
el trovador del castillo
se fue dejando enterradas
en el mismo sus bellísimas
ilusiones y esperanzas,
y como sin estas cosas
tan dulces y necesarias

es tan triste y cruel la vida
en este valle de lágrimas
de las humanas criaturas,
el desdichado sin ansias
ya, empezó a vivir deseando
solamente morir para
poner fin a la infinita
pena que sufriendo estaba.
Desde ese día desdichado
solo y triste se alejaba
de donde hubiera alegría
cual si ésta le atormentara.
Buscaba las soledades
y ¡oh! solo en ellas cantaba
trovas tan tristes y hermosas,
que eran fervientes plegarias
con las que su noble espíritu,
al no poder tal desgracia
soportar más en el mundo,
la muerte al cielo imploraba.
Viéndole tan triste y solo
toda la gente extrañada
de verle en tal forma cuando,
por su ceguera curada,
debería estar más alegre,
ansiosa le preguntaba
de ello el motivo, y al oírlo
él, suspirando exclamaba:
La ciencia es aún muy ignorante
aunque la creemos tan sabia,
dio sí, la vista a mis ojos

pero cegándome el alma.
Y sin que la buena gente
que al trovador tanto amaba
pudiera conocer nunca,
de su amargura la causa
que originado la había,
sintiendo por él gran lástima
y haciendo las conjeturas
sobre ella más variadas,
pasaba el tiempo esperando
que él mismo la revelara.



Un día que en su caballo
junto al castillo pasaba
al verle la marquesita
llegó junto a él y extrañada
de su ausencia y de la pena
que reflejaba en su cara,
le preguntó amablemente
qué nuevo mal le aquejaba.
Quiso esquivar su pregunta
diciendo que no era nada,
pero la niña notando
el temblor de sus palabras
e imaginando que un hondo
dolor había en su alma
y deseando saber sólo
por curiosidad la causa
del mismo, le rogó tanto
que se la manifestara

que al fin el trovador cándido
cual tórtola fascinada
por la serpiente que dentro
de su corazón llevaba,
bajándose del caballo
tras de las manos besarla,
tímida y vehementemente
confesó su amor. La dama
sorprendida lanzó al oírle
una hiriente carcajada.
y ofendiendo más al pobre
con su voz y sus miradas
calificando su acto
de vil y estúpida audacia,
tras de llamarle insolente
orgullosa e inflamada
de indignación, alejose
de él dejando en su alma
noble, sensitiva y tierna,
profundamente clavada
una venenosa espina
que le mataría sin lástima.



Aquella noche la villa
donde el castillo se alzaba
de esta marquesita altiva
cuando más tranquila estaba,
sintió de pronto pasmándose
de asombro la dulce y cálida
voz del trovador, y al punto

toda su gente con ansia
y gozo corrió hacia el sitio
donde sus trovas cantaba.
La noche estar no podía
más agradable y templada,
embalsamaban sus vientos
las estivales fragancias
y todo era hermoso y lírico
en su extensión vasta y plácida.
Con deliciosa armonía
las brisas rumoreaban
como inocentes doncellas
que en verdes prados jugaran
con ángeles y con niños,
y en su altura azul brillaban
las áureas constelaciones
de hermosos sueños llenándola,
mientras la luna en menguante
cual góndola plateada
entre luceros y estrellas
líricamente surcaba
sus océanos azules
dirigiéndose a las playas
de la emoción y el ensueño
llevando hacia ellas ahogadas
de júbilos inefables
mil almas enamoradas.
Al pie del alto castillo
viéronle al fin, con su capa
y sus rizados cabellos
las suaves brisas jugaban,

mientras él mirando al cielo
cantaba cual si una ráfaga
de inspiración en su vértigo
su espíritu arrebatara.
Entre los gratos acordes
de su laúd resonaba
su canto con una música
triste, arrobadora y cálida,
como una angustiada súplica
que desde esta tierra alzara
al cielo un alma virtuosa,
tierna, ultrasensible y cándida,
que en la prisión más horrenda
coléricos torturaran
los más crueles verdugos
bárbaramente y sin lástima.
Jamás a alturas tan líricas
ni a honduras ¡ay! tan
[dramáticas
subió ni bajó exaltándose
la angustia del alma humana.
Era su canto lamento,
grito salvaje de rabia,
suspiro de amor, aullido
de desesperación trágica,
arrullo, apóstrofe, queja,
insulto, llanto y plegaria,
pues entre un confuso cúmulo
de súplicas y amenazas,
sus bendiciones angélicas
y maldiciones satánicas,

los infiernos y la gloria
en sus canciones mezclaban.

Oyendo canción tan lírica,
conmovedora y dramática,
dijérase que el trovero
faltándole la esperanza
y la ilusión, con su espíritu
lleno de penas y lástimas
como sintiéndose muerto
en esta vida tan áspera,
en un Camposanto lúgubre
y al son de fúnebre arpa
al pie de su sepultura
sus funerales cantara,
mientras sus ojos vertían
raudales de ardientes lágrimas
y en las alturas celestes
sus dolorosas miradas,
se hundían como buscando
por su región estrellada.
la paz, la vida y el gozo
que el mundo cruel le negaba.

Con la atención más profunda
inmóvil y emocionada,
la gente de aquella villa
atónita le escuchaba.
Las ventanas, los balcones
lo mismo que las murallas
del castillo, estaban llenas

de infantes, pajes y damas,
que igualmente conmovidos
profundamente escuchaban
en éxtasis los acentos
de su canción inspirada
que más parecía de un ángel
que de una criatura humana.
Por fin el trovador cuando
esa noche infortunada
escuchándole la gente
más abstraída se hallaba,
su voz armoniosa y dulce
tras de hasta el cielo elevarla
en una súplica henchida
de pena y amor, bajándola
fue lentamente y ya cuando
cesó y como electrizada
de admiración por su canto
toda la gente estallaba
en tempestades de aplausos,
de pronto ésta sus palmas
cesó lanzando un horrible
grito de horror aterrada,
al ver que el laúd tirando
un puñal que en sí llevaba,
empuñó y resueltamente
en forma certera y rápida
se le hundió en el pecho dándose
la muerte más triste y trágica.
Y así condesa el romance
del Trovador ciego acaba...

—

Ambos quédanse en silencio y al fin de una corta pausa exclama él: —¿Qué os parece el tal romance? Ella calla mirando las lejanías absorta mientras las lágrimas como perlas peregrinas por su hermosa faz realizaban. El trovador conmovido por la emoción que le abrasa la mira estático como si ante un ángel se encontrara. Volviendo al fin la condesa a la realidad, turbada por la impresión dolorosa que le causara ese drama tras enjugarse su llanto con voz dolorida exclama, —¡Bello y triste es el romance del trovador ciego!... El alma me llenó de inmensa pena su final.

—Matóse para no padecer tanto viendo que era imposible olvidarla. Fue un niño.

—Sí, pero pleno de ilusión, amor y gracia.
—Aunque muy noble tenía alma simple, ingenua y cándida,

y eso le perdió.

—Orgullosa, necia y muy mal educada, sobre todo lo demás fue al tratarle así esa dama. Su proceder mas innoble no pudo ser. Torpe y baja fue su acción al humillarle tanto aunque al pobre no amara. —Las cumbres no están en vano y el pretender alcanzarlas siempre les será imposible a los humildes, si en su alma no tienen valor de héroe y alientos y alas de águila. —Creo comprenderos y pienso que a esa doncella que el alma de amorosa ansiedad os llena, os negáis a confesarla vuestros anhelos temiendo que os suceda igual desgracia. ¿Acerté?

—No. Ya os he dicho que aunque esa niña me amara y desde sus altas cumbres a mis abismos bajara brindándome los tesoros de sus amorosas ansias, jamás dichas tan altísimas aceptaría mi alma mientras digno no me hicieran

mis méritos de tal gracia.

–Muy noble sois.

–No hace al caso.

Ya os dije que la amaba
profundamente en secreto
y sin ninguna esperanza.
Por eso marchó a la guerra
a conquistar honra y fama
que es con lo único que pueda
decirme a confesarla
ese amor maravilloso
que sus virtudes y gracias,
para arder eternamente,
encendieron en mi alma.

Hondamente conmovida
en pie se pone la dama,
echa a andar hacia el caballo
y cuando ya está montada
en él, al trovador dice:

–Vuestras trovas inspiradas
quisiera oír esta noche
al pie de nuestras murallas
antes de que a despediros
entréis en nuestra morada.
¿Me hará el trovador hidalgo
ante el castillo esta gracia?

–Aunque la vida condesa
el hacerlo me costara,
lo haría.

–Esta muy bien. Yo en pago

buscaré a esa hermosa dama
que tanto amáis en secreto,
la encontraré aunque nombrarla
o hais querido, y esta noche
os la presentaré para
que os diga antes de marcharos
que la améis con esperanza,
que os esperará implorando
a Dios que de esa campaña
volváis como ansiáis, cubierto
de dignidades y famas,
para que veáis junto a ella
vuestra ilusión realizada.
Y sin decir más, al trote
se fue a Caudilla la dama.



El noble trovador mientras
con amorosas miradas
la veía entre sus mastines
en su caballo montada
alejarse, conmovido
exclamó: ¡Como se engaña!...

¿Quién habrá ella imaginado
que es? ¡Buen chasco se
[prepara!

Ni la menor idea tiene
de que ella es la hermosa dama
que mi corazón adora
y que venera mi alma

con el amor más profundo,
cálido y fiel, que la humana
criatura en este mundo
pueda sentir. Su ignorancia
de tal cosa como una
invulnerable coraza
me protege, y por lo mismo
doy a Dios sentidas gracias
y por el total dominio
de mí que me dio en la charla
con ella, pues temí mucho
que en la misma mis palabras
mis hondos y reprimidos
sentimientos revelaran
y tras de hablar de esta forma
como la tarde empezaba
ya a declinar, hacia el pueblo
se dirigió en lenta marcha
pidiendo a Dios que esa noche
no le negara su gracia,
para cumplir felizmente
así la promesa dada
a esa niña de cantarle
sus trovas más inspiradas.



Cuando el trovador distante
ya de aquel lugar se hallaba
salió un hombre de improviso
de entre unas espesas plantas
el que había estado mirando

todo lo que allí pasara,
y con claridad oyendo
sus posteriores palabras.
Era un vil secuaz del primo
hermano de la agraciada
condesa, por el cual éste,
con buenas artes o malas,
sabía bien y prontamente
lo que saber deseaba.
Frotándose las dos manos
con satisfacción malvada
exclamó: No tengo duda.
de que hoy tendré doble paga
al decirle lo que he visto
y oído tras de estas plantas.
Que el trovador está loco,
que quiere a su prima hermana
y quitársela pretende,
pues sé muy bien que él la ama,
aunque más por su riqueza
que por su virtud y gracia,
y que esta misma noche
junto a las altas murallas
del castillo sus canciones
más bellas ha de cantarla.
No dudo que esta noticia
aunque de odio y de rabia
le encienda, ha de servirme
para obtener doble paga.
Y tras decir esto como
si le aguijoneara el ansia

de comunicar tal cosa
al que tan bien le pagaba,
desapareció de nuevo
entre las espesas plantas.



Al hacer la condesita
en el castillo su entrada
resuelta a su noble padre
contó lo que le pasaba.
Este, tras de reponerse
del pasmo que le causara
tal noticia y sobre ella
reflexionar, con palabra
serena al fin a su hija
preguntó: —¿Decís que marcha
a combatir a las órdenes
del valiente don Juan de
[Austria?

—Sí padre

—¿Y que si esa niña
con la que sueña amara
en su condición humilde
se fuera igual?

—Sí, pues hasta
no ser digno de ella dice
que no volverá a mirarla.
El buen conde paseándose
lentamente por la estancias
como hablándose así mismo
va diciendo así en voz baja:

—¡Noble actitud! Muy bien
[obra.
Es joven y siente ansias
de honra y honor. ¿Por qué
[estarse
en el pantano entre ratas
cuando se tiene la fuerza.
y el ánimo de las águilas?

Viendo las brillantes cúspides
desde el abismo en que se halla
ardientemente desea
poseer las firmes alas
que a sus alturas le eleven
con valentía y audacia,
¡y hace muy bien!... De los
[héros

gérmenes tiene en el alma
y héroe será si la muerte
su joven vida no apaga.
¡Noble aptitud!... Se detiene
frente a su hija y mirándola
exclama:

—¡Vos le amáis mucho!

—Le amo con toda mi alma,
dice ella.

—Decidme entonces
¿por qué os alegra su marcha?
—¡Padre, cómo ha de alegrarme!
ello es necesario y basta.
En medio de mis pesares

sabiendo que a esa campaña
va por lo que va, hasta casi
me alegro porque en su alma
florezca y brille el sentido
de esa dignidad tan alta
que los honrosos deberes
tan fielmente le señala.

Mi pena es profunda y grande,
pero así y todo me agrada
infinitamente ¡oh, padre!
que los méritos y gracias
que pueda tener, tan grandes
en su conciencia se hagan
y que por hacerse digno
de ellos, ansioso se vaya
sin reparar en peligros
a luchar con don Juan de Austria
porque así, si victorioso
como anhela regresara,
nuestra dicha no podría
por nada ser empañada.

Tienes razón hija mía,
sí, como anhela que salga
a convertir en estrellas
los fuegos que hay en su alma.
No importan los sufrimientos.
Sufrir por lo que se ama
en esta vida es un mérito
de los que a Dios más agradan.

Pocas son las verdaderas
dichas, las grandes y santas,

que en este mundo terreno
sin sufrimientos, sin lágrimas
ni angustias, conquistar pueden
las criaturas humanas.

Pedid a Dios fortaleza,
firmeza de ánimo para
ser sensible a los consuelos
que es de en su ausencia tan
[larga.

Cuatro años pondré de plazo
y sin al fin de ellos lograda
ve la victoria que ansía,
con la coyunda sagrada
del matrimonio, podréis
uniros como Dios manda.

—¡No sabéis oh, padre cuánto
esto os agradece mi alma!...
Creí que al contaros esto
por su condición tan baja
os opusierais a ello.

—Si eso creísteis fue sin causa.
Aunque es pobre, su conducta
no puede ser más hidalga.

Y dejando así su espíritu
lleno de luz y esperanza,
salió el buen conde y al verse
sola, de amor abrasada
se hincó ante un Cristo y

[rezándole
le dio fervorosas gracias
y al mismo tiempo pidiéndole

que a buen término llevara,
sus peregrinos amores
que ¡ay! tan bien empezaban.



Aquella noche cumpliendo
con la palabra empeñada
al son de su laúd melódico
junto a las altas murallas
del castillo, con voz dulce
a la condesita amada
cantó canciones tan bellas
que de emoción la embriagaban.
Subida ésta en alta torre
escuchándolas soñaba
que con él por el océano
del cielo azul navegaba
en un áureo velero
con velas grandes y blancas
que parecían de un ánade
maravilloso las alas,
entre luceros y estrellas
a las peregrinas dárseñas
de la ilusión y el ensueño
ebrios de dichas románticas.
Después pensando que el joven
a la guerra se marchaba,
descendiendo con presteza.
de esas alturas seráficas,
sintió que penas profundas
la entristecían el alma

y que el temor más intenso
su azul ensueño cambiaba
por otro más cruel en donde
al trovador contemplaba
con el espanto más grande
luchando en cruentas batallas,
abordando galeones,
hundiendo grandes fragatas,
bajeles y demás naves
de las potencias islámicas,
hasta rendir por completo
a la poderosa escuadra
del turco valientemente
a las banderas cristianas.
Pero ¡ay! cuando ya la hermosa
victoria le coronaba,
las honras sobre su frente
ponían sus áureas palmas
y con sus cien mil trompetas
aclamábale la fama,
le veía caer herido
por una certera bala
que hiriéndole mortalmente
le hacía entre angustias y
[lágrimas
expirar sobre el castillo
de la nave capitana.
Y ¡oh, que alegría sentía cuando
de este sueño despertaba
y le veía sano y vivo
al pie de la alta muralla

dedicándola sus trovas
tan bellas como inspiradas!...
De nuevo en su raudo vértigo
las ilusiones la alzaban
a las alturas divinas
entre ansiedades románticas,
y la condesita hermosa,
valiente, sensible y cándida,
en el balcón de la torre
estática le escuchaba
mientras con sus dulces júbilos
Dios, embriagábala el alma...



Seguía el trovador sus cantos
y sus ensueños la dama
cuando en la habitación donde
el noble conde se hallaba,
diciendo:

—¿Tío, puedo hablarle?
Miróle el conde y con calma
exclamó:

—¿Qué te sucede?
¿Es algo grave?

—Sí.

—Habla,
que te escucho.

—Lo haré al punto.
¿Para castigar la audacia
de ese trovador plebeyo
que al pie de los muros canta

me dais permiso?

—¿Qué ha hecho?

—Una acción indigna y baja.

—Decídmela.

—Sin respeto
osó poner sus miradas
con amor en vuestra hija.
Al oír tales palabras
el conde con gran asombro
y tras de una corta pausa
en la que al sobrino indigno
mirando estuvo a la cara,
exclamó con voz enérgica:
—¿Cómo lo sabéis?

—De caza
estaba esta tarde cuando
al oír un rumor de charla
curioso por saber quienes
eran, por entre las plantas
fui con cautela observando
y así vi que los que hablaban
el trovador y mi prima
eran.

—¿Y oísteis sus palabras
sin duda?

—Sí tío, escondido
entre unas espesas zarzas
aunque comprendo que esto
no está bien.

—Es una infamia,
indigna de un caballero.

Pero prosigue, ¿qué hablaban?

—Hablaban de amores. Creo que ese vil juglar contaba a vuestra hija su afecto.

—¿No me mentís?

—No.

—Me extraña.

—De hablarme de eso ahora

[mismo

claramente mi hija acaba y eso no me dijo, pero pronto veré si me engaña aunque no lo creo. ¿El trovero dijo a tu prima que amaba? Mírale el conde severo y ante tan dura mirada palideciendo, el sobrino dice:

—No. Me equivocaba.

Cuando su charla cesaron y a Caudilla regresaba mi prima ya, claramente le oí decir estas palabras: ¡Qué ajena está de que es ella la hermosa y cándida dama que mi corazón adora y que venera mi alma! Ya veis como ese plebeyo la está ofendiendo.

—¡Caramba! dice el conde suspirando

hondamente cual si su alma se liberara de un peso cruel que la atormentara.

Y con voz más suave al punto continúa así:

—¿Y llamas a tal cosa ofensa?

—¡Oh, tío!

vuestra aceptación me extraña.

¿Consentirías que un plebeyo a vuestra hija enamorara?

—¿Qué entendéis por plebeyo? Decid.

—¿Creéis que en la ignorancia esté de tales cuestiones

el que nació en noble casa?

—Creo que estáis equivocado tan sólo.

—¿En cosa tan clara?

—Sí.

—¿Por qué?

—Decidme antes lo que os pregunté.

—Me pasma vuestra pregunta. ¿Creéis que no sepa contestarla?

—Lo dudo.

—Oíd. Es plebeyo quien nace en humilde casa de padres pobres, criados del señor que les ampara;

quien sangre noble no tiene,
ni sabe nada de heráldica.
ni del código que rige
las caballerescas prácticas,
en fin, quien nace tan sólo
para vivir en las llanas
esferas haciendo siempre
las cosas rudas y bajas.
El noble conde mirándole
con despreciativa lástima
dice: –Ignoráis las cuestiones
más principales del alma.
–¿No es como digo?

–Al contrario.

Para ser noble no basta
haber nacido de padres
nobles en próspera casa.
Es necesario ante todo
que la potencia sagrada
de la nobleza sus ímpetus
infunda siempre en nuestra
[ánima;
que su ardor purificante
sensibles siempre nos haga
a lo bueno y a lo hermoso,
que a ello aspiremos con ansia,
que sintamos como propia
siempre la ajena desgracia
y que el afán del bien público
como una mística espada
del Señor, constantemente

nos hienda el cuerpo y el alma.
Para ser realmente nobles
ante las justas miradas
de Dios, preciso es sobrino
que en nuestro espíritu arda
de la bendita nobleza
continuamente la llama,
pues los títulos de noble
que otorga la ley humana
tan imperfecta e injusta,
si los mismos se comparan
con los que da Dios, no valen
absolutamente nada.

Y otra cosa he de decirte
ya que de esto se trata.
Vendrán tiempos, no lo dudes
que en la sociedad humana
los títulos y riquezas
de los padres, por más que
[hagan,
no pasarán a los hijos,
pues de sus buenas o malas
obras serán hijos sólo
pues se da el caso con harta
frecuencia de que esos seres,
que vos de plebeyos tratas,
contra todos los obstáculos
ganar las cumbres más altas
honrándose, mientras otros
nobles se hundan en las bajas
simas llenando de oprobio

las honras que les legaran.
¿No es esto justo?

El sobrino
cual reflexionando calla
y esquivando la pregunta
dice:

—La cosa está clara.
Por lo que veo aceptáis
que mi prima cortejada
por el trovador sea.

—Noto
que el falso celo te engaña.
Si cuando esta tarde oculto
espiándoles te hallabas,
debiste de haber oído
que ese trovador se marcha
a la guerra para hacerse
digno de la niña que ama
en secreto, y que si la honra
que tanto ansía no lograra
no volvería más a verla
aunque la misma le amara.
Tal proceder bien revela
la nobleza de su alma
que sobre todo es sensible,
digna, valiente e hidalga.
El sobrino con asombro
por lo que está oyendo exclama
—¿Así tío que si volviera
como desea?

—Si le amara

tu prima, su casamiento
con mi aprobación más amplia
se realizaría.

—Entonces
perdonad que os molestara
para esto. Defenderos
sólo quería

—Nadie trata
de ofenderme.

—Muy bien. ¿Puedo
irme?

—Sí. Pero palabra
dadme antes que este secreto
guardareis en vuestra alma.

—Os la doy.

—Podéis marcharos
y no olvidéis esta charla
ni que lo que hais hecho esta
tarde es una acción muy mala.



Hacia un buen rato que el noble
conde solo se encontraba
cuando entró su hija
[anunciándole
que el trovador deseaba
despedirse de él. Al punto
a la sala en que se hallaba
le hizo pasar y al instante,
tras los saludos de práctica
se despidió de él la niña

con afectuosas palabras,
y dejando a los dos solos
se retiró de la estancia
suspirando y con los ojos
velados de tristes lágrimas.

–Trovador, exclamó el conde,
vuestra decisión me agrada
mucho y no dudo que viéndome
yo en vuestro caso así obrara.
Ya me ha contado mi hija
por qué emprendéis esta marcha
pero aunque promesa hais hecho
de no nombrar a esa dama
que amor tan profundo y noble
os ha encendido en el alma
por lo que ella ha referido
y algunas cosas pasadas
que mi mente asocia ahora
con acierto a lo que os pasa
os la adiviné.

–¡Imposible

Señor!

–¿No es mi hija?

Una espada
que en tal instante de súbito
su corazón traspasara,
no le causaría el efecto
que hiciéronle esas palabras.
¡Señor... señor!... como pudo
balbuceó.

–No temáis nada,
agregó el conde notando
la turbación que le ahogaba.
El trovador reanimado
por esto exclamó:

–Mi audacia
perdonad señor. Sí, a vuestra
hija amo como se ama
a lo ideal e imposible,
sumiso y sin esperanzas.
Sabiendo que soy humilde
y ella de clase tan alta,
sólo si Dios en la guerra
su favor me dispensara
y digno de ella me hicieran
el valor, la honra y la fama,
me atrevería a declararle
el santo amor que me causa,
si no, no volvería a verla
aunque el dolor me matara.
¡Bien se ve que en vuestro

[espíritu

arde y palpita la llama
de la nobleza! ...Os aplaudo
trovador. A esa campaña
tan necesaria y gloriosa
partid con don Juan de Austria
seguro de que si en ella
triunfáis, vuestra esperanza
podría ser sin duda alguna
felizmente realizada.

Cuatro años pongo de plazo,
durante ellos la dama
os esperará impaciente
aunque ella no sabe nada
de lo que estamos tratando
aquí, de ello os doy palabra.

Quedó el trovador absorto
ante noticia tan grata,
y de gratitud sintiéndose
abrasado, con voz cálida
dijo:

—¡Señor, expresaros
lo que está sintiendo mi alma
por vuestra bondad, no puede
por más que de hacerlo trata!...
Dejad que las manos os bese
dándoos fervorosas gracias
os diga adiós para irme
donde el deber me reclama.

Agradeciéndole el grande
favor que le dispensaba
besó el trovador sus manos,
le dijo adiós y ya estaba
por irse, cuando su hija
de nuevo entrando en la sala
con una carta en la mano
dirigiéndose a él con clara
voz le dijo así:

—Esta tarde

lo prometí que a la dama
que amáis os presentaría
pero ¡ay! al ir a buscarla
enferma la hallé y por eso
para vos me dio esta carta
que solo leereis en vísperas
de dar la primer batalla.

¿Lo prometéis?

El trovero que
absorto estuvo escuchándola
exclamó.

—¡Os lo juro niña!

Y tras las manos besarla
trémulo de asombro y dicha,
sin saber qué le pasaba,
dudando si todo eso
era cierto o lo soñaba,
guardándose en un bolsillo
maquinalmente la carta
y haciendo una reverencia
salió al punto de la estancia.



Transcurrió en Caudilla el
[tiempo
sin que sucediera nada
de extraordinario, a no ser
las noticias que empezaban
a llegar de tarde en tarde
de que al trovador la fama
y el honor le iban alzando

a la posición deseada,
pero ¡ay! un triste día cuando
ya pocos meses faltaban
para el término del plazo
que el noble conde fijara
para su regreso, éste
cayó enfermo de una rara
enfermedad que día a día
contra todo se agravaba.
Presintiendo que su vida
terrena al final llegaba,
llamó un día a los más notables
hombres del pueblo a su casa
y cuando éstos sorprendidos
por tal cosa ya se hallaban
congregados junto al lecho
donde moría, antes que nada
causándoles el asombro
más grande con sus palabras,
les dijo el por qué y el cómo
el trovador se marchara
a la guerra y que si de ella
victorioso regresaba,
el casamiento del mismo
con su hija celebrarían
con la mayor alegría
sin que su ausencia causara
el menor pesar, seguros
que boda tan anhelada
en el sepulcro él como ellos
había de celebrarla.

Le pidió que hasta ese día
por la condesa velaran,
y tras de recomendarles
que por el bien de sus almas
siempre siguieran cumpliendo
las ordenanzas cristianas
por ser la vida terrena
breve, misteriosa y áspera,
murió el buen conde causando
con su muerte tan llorada
la pena más honda y pública
en toda aquella comarca.



Desde este día el innoble
sobrino que aletargada
por los temores tenía
como una víbora en su alma
la gran pasión que su prima.
le hacía sentir con su gracia,
su hermosura y sobre todo
con su riqueza envidiada,
despertándose deseosa
de satisfacer su ansia,
con el pretexto del duelo
de atenciones le rodeaba
creyendo más fácilmente
rendirla así y conquistarla.
Un día al fin cuando el indigno
de su éxito no dudaba
viendo la ocasión propicia

la declaró cual pensaba
su amor, pero entonces ella
cual una reina ultrajada
le dijo así interrumpiéndole
la confesión empezada:
—¡Primo callad pues de asombro
vuestra insolencia me pasma!
Sabiendo como sabéis
muy bien que al trovador mi
[alma
entregué villanamente
procedéis. Para una dama
que en algo su honor estime,
y más en mis circunstancias,
constituye torpe ofensa
lo que me hacéis. Insensata
es vuestra acción. Si ese afecto
visteis brotar, sin tardanza
arrancáosle debisteis
costara lo que costara,
sabiendo como sabíais
que me encuentro enamorada
y aun prometida por vuestro
tío que en la tumba descansa
a un varón valiente y noble
que a la guerra por la causa
fue del amor que me tiene,
y al que esperando con ansia
estoy sin saber si aún vive
o si en horrible batalla
halló la muerte más triste

cuando la gloria buscaba.
Jamás volváis de esto a
[hablarme
pues vivo o muerto, le guarda
mi alma un amor tan profundo
y eterno que nada, nada
podrá arrancármelo de ella,
y así con él si tornara
me casaría y si muerto
hubiera el pobre, enclaustrada
rezando por él la vida
hasta mi muerte pasara.
Cuando a su prima como a una
reina ofendida escuchara
decirle estas tan enérgicas
y terminantes palabras,
que de un solo golpe todos
sus planes desbarataban,
sintió que celos y cólera
con sus infernales brasas
brotando en ellas de pronto
quemábanle las entrañas,
mas balbuceando disculpas
con voz hipócrita y falsa
por desear prontamente
reconquistar su confianza
basta el momento preciso
en que por buenas o malas
realizaría sus deseos
infames tras jurarla
que ese amor se arrancaría,

que de él no volvería a hablarla,
le suplicó con fingido
pesar que le perdonara,
y cuando su perdón tuvo
ligeramente el canalla
se retiró de su lado
loco de celos y rabia.



Faltaba un mes ya tan sólo
para que el plazo expirara
cuando un buen día entre el
[tercio
marcial que escolta le daba,
el trovador en Caudilla
triumfalmente hizo su entrada
vistiendo el bello uniforme
de los guerreros de España
sobre un brioso caballo
árabe de hermosa estampa,
y luciendo los honrosos
títulos que en su campaña
por su valor temerario,
su inteligencia y su audacia,
le concediera gozoso
el mismo don Juan de Austria.
El júbilo que en la villa
originó su llegada
fue tan grande y espontáneo,
que su gente alborozada
tras dejar sus quehaceres

se echó a las calles y ahogada
de delirante entusiasmo
entre vítores y palmas
le acompañó hasta el castillo
donde entre pajes y damas
y altos señores, la novia
con ansiedad le esperaba.

Al verle la condesita
entre rubores y lágrimas
fue a recibirle radiante
de gozo, hermosura y gracia,
corrió él hacia ella al verla
y arrodillado a sus plantas
oprimiendo entre las suyas
su mano tan fina y blanca,
tras de expresarle la pena
profunda que sentía su alma
por la muerte del buen conde,
con voz fervorosa y cálida
dijo en presencia de todos
así a su novia adorada:
—¡Condesita a la que admiro
y quiero con toda mi alma,
la gratitud más profunda
me inspiráis y os doy mil gracias
por el aliento invencible
que me disteis en mi marcha!...
Vuestros son de mis triunfos
sus méritos y sus palmas,
porque vos sólo habéis sido

la maravillosa lámpara
que con su fulgor las sendas
del triunfo me iluminara.
Cuando venciendo a mi anhelo
y refrenando a mis ansias
al fin llegaron las vísperas
de mi primera batalla
y cual me ordenasteis, lleno
de afán leí vuestra carta,
cual si los divinos néctares
mi espíritu embriagaran
y viera sobre los cielos
florecer a mi esperanza,
ilumináronse al punto
las sombras que me cercaban
mientras sentía que en mi ánimo
brotaban las grandes alas
con las que había de elevarme
a las cúspides más altas
para rendiros en ellas
mi corazón y mi alma.

La cándida condesita
sintiendo que la turbaban
cual músicas deliciosas
las amorosas palabras
que el trovador de rodillas
a sus pies la dedicaba,
le hizo levantar mirándole
trémula y ruborizada
y a continuación entrando

en una espaciosa cámara,
tras de dar por su triunfo
a Dios fervorosas gracias,
formal y públicamente
fue al fin por todos fijada
la fecha en la que su boda
había de ser realizada.



Ante tan feliz noticia
vibró intensamente el alma
de Caudilla y desde entonces
vivió solamente para
hacer que fuera la boda
de la noble, hermosa y cándida
condesita de Caudilla
de tal forma celebrada,
que por su esplendor, su brillo,
su júbilo y abundancia,
en la memoria del tiempo
por muchos siglos quedara.
Y así, mientras los dos novios
como en un sueño gozaban
su idilio azul y romántico
que la ilusión les bordaba,
y toda la gente llena
de urgencia y gozo esperaba
el día feliz de esa fiesta
tan popular, bella y santa,
el primo ciego de celos
y de odios sólo pensaba

en realizar bien y pronto
su abominable venganza.



Por fin de su casamiento
llegó la víspera ansiada
y Caudilla como nunca
hermosa y alegre estaba.
En gratos preparativos
se pasó aquella mañana,
la tarde lo mismo y cuando
eran ya las diez pasadas
de esa alegre noche cuando
del castillo en una estancia
la condesita este diálogo
con la mayor de sus damas
tenía:

—¿Por qué ¡oh Dios mío!
el trovador tanto hoy tarda?

—No os impacientéis.

—No puedo.

Temo que alguna desgracia
le haya ocurrido.

—¡Oh condesa!

¿Por qué pensáis cosas malas?

—¡Qué sé yo!

—Calmaros.

—Si eso
con desearlo se lograra
me calmaría.

—Intentarlo.

—Me es imposible. A mi alma
un triste presentimiento
está empezando a inquietarla.
¿Dónde estará?

—Haciendo algo
necesario.

—No. Si tarda
contra su voluntad lo hace.

—¿Eso creéis?

—¡Oh sí! Nada
le retendría de mí lejos
si sano y libre se hallara.

—El amor os turba.

—Nunca
mi mente estuvo más clara.

—¿Por qué así pensáis?

—Porque,
sabiendo que le esperaba
a las ocho, es cosa lógica
que me inquiete su tardanza.

—No habrá podido aún estando
sano y libre.

—¡Oh, no, volara
si así estuviera a mi lado.

—Tal vez el tiempo le pasa
sin darse cuenta de ello

mientras sus cosas prepara
para el acto venturoso

que va a celebrar mañana.

—Lo dudo.

—Sin causa alguna.

Los que en su busca ya andan
le traerán pronto aunque sea
como dicen, un fantasma.

—¿Dicen que es fantasma?

—¡Oh, niña!

Tened en Dios confianza.

Nada contaros quería.

—No os riais por Dios, ¿qué
[pasa?

Decídmelo pronto.

—Es sólo
una ridícula fábula
de errores sólo nacida
y que él con su ausencia causa.

—Aunque ridícula sea,
saberla quiero. Contadla.

—Sólo por entreteneros
os la contaré. Escuchadla.
Cuando baje por noticias
de vuestro novio y me hallaba
en el patio, entró un hidalgo
de los que en su busca andan
con un labrador vecino,
el cual nos aseguraba
que cuando la noche todo
a obscurecer empezaba
el trovador había hecho
en el castillo su entrada
con vuestro primo, y aunque
juraba que se encontraba
dentro de él nos reíamos

no creyendo sus palabras,
y entonces como ofendido
salió de esta ilustre casa
jurando que vuestro novio
dentro del castillo estaba.

—¿Y nada más?

—Sí, condesa.

Cuando se fue, una extraña
duda nos invadió viendo
la convicción con que hablaba
y entonces a unos criados
mandamos que registraran
el castillo.

—¿Y que encontraron?

—¡Oh, aquí vienen los
[fantasmas!

—Decídmelo al punto.

—¡Cómo
se advierte que vuestra alma
le ama!...

—Le adora, y por eso
la duda más cruel la abrasa.
Empezad por Dios.

—Condesa
si carece de importancia,
si sólo alucinaciones
son de la gentes más bajas
que asústanse de sus sombras,
y el ruido que hacen las ratas,
las gruesas vigas crujiendo
y hasta sus mismas pisadas

en los sótanos desiertos
y en las tenebrosas cámaras
toman por gritos de duendes
y de ánimas condenadas,
y es tal el horror y el miedo
que sobrecoge a sus almas,
que hasta creen haberles visto
entre tinieblas y llamas
bajar de los altos techos
o surgiendo entre las tapias
para al punto perseguirles
como furias escapadas
de los infiernos malditos.
¿Veis que estúpidas patrañas?
Pues esto sólo encontraron
registrando vuestra casa.
—Contadme lo sucedido
pronto y con claras palabras
y obedeced que os lo mando,
ya que os burlais de mis ansias.
Mirándola con asombro
su interlocutora exclama:
—¡Como he de burlarme! Al
[punto
lo haré con la mejor gana.
Oíd: Mientras los criados
el castillo registraban
de vuestra boda en el patio
con el hidalgo yo hablaba.
Ya habían corrido las torres
y toda la planta baja

sin nada hallar, pero cuando
en los sótanos se hallaban,
sentimos gritos horribles
y al indagar qué pasaba
vimos venir a los mismos
en aterrada avalancha
ansiosamente corriendo
cual si de un monstruo
[escaparan.
Preguntémosle al instante
por qué corrían y gritaban.
Y al detenerse temblando
de miedo cuando la calma
recobró, uno nos dijo
que el sótano registraban
cuando sintiendo unos ruidos,
creyendo que allí se hallaba,
hacia donde partían fueron
y entonces con blancas sábanas
dicen que vieron gigantes
y pavorosos fantasmas
surgir de entre las tinieblas
con ojos rojos como ascuas,
que hacia ellos fueron
[blandiendo
largos puñales de llamas.
Esto fue todo condesa.
¿Veis que ridícula fábula?
—¿Vos lo creéis así?
—¡Oh, niña!
narraciones tan fantásticas

sólo la sonrisa inspiran
a las personas sensatas.

—¿Creéis eso verdad?

—Sí.

—Entonces

yo debo ser insensata
porque en vez de la sonrisa
inspirarme, me hace lágrimas
verter como veis.

—Condesa,

que creáis tal cosa me extraña.
Su miedo tan solamente
les hizo ver los fantasmas.

—¡Oh, si de esas cosas fuera
su miedo la única causa!...

¡Todo es fantástico antes
de ser real!...

—Tal patraña

nunca lo será, creedme.

La condesita callada
y pensativa, un momento
queda y al final exclama:

—¡Oh, Dios!... zozobra como

[esta

nunca ha sentido mi alma,
nunca me ha faltado como
ahora la confianza,

nunca mis criados tuvieron
tales visiones, extraña
es por demás del hidalgo
trovador esta tardanza,

¿qué fin tendrá esto que vos
llamáis ridícula fábula?

—Os atormentáis en vano.

Tendrá el mejor.

—No.

—Os engaña
vuestro temor.

—No lo creo.

—Crear que en ella verdad halla
es delirar.

—Como dentro

de la fea concha encerrada
está la preciosa perla,

lo mismo esas cosas raras
que llamáis fábulas, todas

en su oscuro seno guardan
unos peregrinos hechos

y otros espantosos dramas.

—No es verdad. Cuando a los

[criados

vimos así, sin tardanza
resueltamente ese hidalgo

cogiendo al punto su espada
y una linterna, los sótanos

recorrió sin hallar nada
de eso en los mismos.

—Me anuncia

el corazón cruel desgracia.

—Vuestra tristeza condesa
profunda pena nos causa.

¿Queréis que os entretenga

cantándoos al son del arpa
el peregrino romance
de la princesa hechizada?
¿El de la cruz y la media luna?
¿El del topo y el águila?
¿El de la niña y el ángel?
¿El de la alondra y el águila?
¿El de la reina cautiva
o el de la mártir cristiana?
—No.

—¿Preferís que os cante
los de amor y hechos de armas?
¿El del Cid y don Pelayo?
¿El de Sagunto y Numancia?
¿El del trovador romántico?
¿El del príncipe pirata
o el tan tristísimo de
los siete Infantes de Lara?...
—Tampoco. Os agradezco
la intención.

—Me inspiráis lástima.
—En el estado en que me hallo
no puede distraerme nada,
sólo lograrlo podría
quien en venir tanto tarda,
y basta que no vuelva a verle
no tendré paz en el alma.
Y así la fiel condesita
al no llegar el que amaba,
pasaba la triste noche
quejándose entre sus damas.

Pronto corrió la noticia
de cómo en vano esperaban
en el castillo al trovero,
de su búsqueda tan vana
y de la desconcertante
historia de los fantasmas
que visto habían en sus sótanos
los que en ellos se internaran
con sus antorchas buscándole
como así se lo ordenaran.
Ante esto toda la gente
ansiosa y sobresaltada
mientras su expresión alegre
en triste se transformaba,
se congregó ante el castillo
y comentando en voz baja
la ausencia tan misteriosa.
del trovador, esperaba
que del mismo al fin noticias
buenas o malas llegaran.
Pasaron horas y horas
y al no saber de él nada
el más triste temor iba
sobrecogiendo a las almas.
Las gentes ante el castillo
permanecían congregadas
esperando las noticias
del trovador, por su entrada
ligeros y preocupados
pajes e hidalgos entraban

y salían cumpliendo órdenes
al caso relacionadas,
y los que en su busca antes
lentos de ánimos marcharan
volvían desalentados
por no haber logrado
nada saber de él, y así entre
la ansiedad más honda y
[cálida,
en Caudilla esa noche
su gente el tiempo pasaba.



Volvamos de nuevo donde
la condesita rodeada
de sus damas y señores
principales se encontraba.
Las damas en torno de ella
consolar su pena tratan
mientras los hombres distantes
sobre la ausencia tan rara
del trovador, preocupados
cambian ideas en voz baja.
Uno propone que al punto
varios emisarios salgan
y por Maqueda, Barcience,
San Silvestre y las cercanas
villas le busquen e indaguen
si saben de él algo para
con mas precisión su pista
seguir, y al ser aceptada

esta idea, rápidamente
uno de ellos se separa
a dar la precisas órdenes
que la pongan pronto en
[práctica.

A un sereno se oye en esto
cantar las dos con voz clara,
y al oírle la condesita
como por él despertada
del angustioso letargo
que su pesar le causara,
se pone en pie y dirigiéndose
donde los hombres se hallan
les pide con voz de súplica
y ojos cubiertos de lágrimas
que a registrar del castillo
los sótanos vuelvan.

Tratan
de disuadirla de ello
pero con tales palabras
insiste, que al fin cediendo
a sus deseos preparan
con rapidez las antorchas
que han de usar, asegurándola
que hasta el más oculto y
[lóbrego
rincón que en los mismos halla
le han de explorar aunque lleno
esté de horribles fantasmas.
Cuando van con las antorchas

ya encendidas de la cámara
a salir, en una puerta
que comunica a otra estancia,
donde existe una escalera.
que desde la misma baja
hasta los sótanos, sienten
un fuerte golpe. Asustadas
las damas gritan. Los hombres
resueltos hacia ella avanzan
y la abren. Viéndola obscura
sus grandes antorchas alzan
y tras de estar un instante
ansiosos así explorándola
de pronto lanzan un grito
diciendo: ¡ Aquí está!

Turbada
por la impresión que este grito
inesperado le causa,
corre hacia allí la condesa
y al penetrar en la estancia
a la luz vaga y rojiza
de las temblorosas llamas
le ve. Sentado se encuentra
al lado de una ventana.
y en una mesa apoyado
como durmiendo. En él nada
se ve anormal. Temblorosa.
de ansia hacia él se adelanta.
Creyendo que está dormido
con dulces voces le llama
y al ver que no la responde

detiene un poco su marcha
mirándole fijamente
y ¡oh! en situación tan dramática
mientras todos los presentes
inmóviles sus miradas
clavan en ella, el silencio
más hondo invade a la estancia.
Vuelve a llamarle y lo mismo.
El trovador duerme y calla.
Ella mirándole sigue
mientras en lúgubre marcha
un triste presentimiento
va conturbando a las almas.
Entre las sombras parecen
flotar visiones macabras
y en los rincones cree verse
brujas con ojos como ascuas,
bocas cual cuevas de sapos
y narices afiladas
y curvas, como los picos
de las cornejas satánicas.
En ese instante los seres
parecen más estatuas
de la ansiedad, y en la grande
y mal alumbrada sala
parece que únicamente
la vida se concentrara
palpitando débilmente
en las temblorosas llamas
de las antorchas que rojas
y humeantes, parecen lámparas

siniestras iluminando
en las grutas subterráneas
de los infiernos, el antro
de las condenadas ánimas.
La condesita en silencio
como una imagen hierática
se acerca aún más mirándole
con angustiosa mirada
y de pronto, cual si un dardo
infernol la traspasara
el corazón, hacia él corre
como una loca. Con ansia
le zarandea llamándole
con las más dulces palabras
pero ¡ay! cuando su cabeza,
que está del tronco cortada
y sobre el mismo hábilmente
puesta cual viva sin manchas,
ve caer a sus pies, la pobre
con la faz desencajada
de horror tras gritar: ¡Mi primo
fue su asesino! privada
por el dolor de la vida,
sobre el piso de la estancia
entre el espanto de todos
desplomose inanimada.

Al verla caer así todos
un horrible grito lanzan
y mientras a socorrerla
corren llorando las damas,

los caballeros repuestos
de la impresión que les causa
tal drama, rápidamente
desenvainando sus armas
sin dudar que el asesino
dentro del castillo se halla,
lánzase escalera abajo
unos a guardar su entrada,
otros a explorar las torres,
las garitas y atalayas
y otros los oscuros sótanos,
los salones y las cámaras
y demás lugares donde
pudiera ocultarse, para
tras de apresarle y juzgarle
de la manera más rápida,
como al reo más vil ahorcarle
públicamente en la plaza.



Como el océano inmenso
en esas noches dramáticas
que las tinieblas mas densas
no dejan distinguir nada,
cuando rabiosos y aullando
los huracanes le arañan
y los relámpagos con sus
largas y ardientes espadas
con ímpetu incontenible
su enorme seno desgarran,
mientras en los negros cielos

roncos los truenos estallan
con un fragor que parece
un desplomar de montañas
sobre espantosos abismos
llenos de monstruos y llamas,
que, retorciéndose como
loco de angustia y de rabia
ante el tormento que sufre
horrisonamente brama
retando a las tempestades
a gigantesca batalla,
y al ver que no le hacen caso
furiosamente se lanza
contra las pétreas costas
ansioso de derribarlas
para correr hasta donde
sus elementos se hallan
y allí apagarles sus fuegos
cubriéndoles con sus aguas,
siguiendo así enloquecido
hasta que en lucha tan vana
todos sus odios se extinguen
y sus potencias se acaban
que entonces, viendo
[imposible
ya el gran deseo de sus ansias
vuelve a extender lentamente
por su superficie vasta
murmurando débilmente
los óleos de su calma,
lo mismo toda la gente

de Caudilla arrebatada
por la sorpresa más triste
y la indignación más cálida,
bramó y rugió horriblemente
y enloquecida de rabia
todo invadió deseando
encontrar al felón para
saciar su sed ardorosa
de justicia y de venganza,
pero ¡ay! el tiempo que todo
con su inmenso poder cambia,
al no poderle hallar como
tan hondamente deseaba,
fue apagando en ella el odio
tan hondo que la inflamaba
y dejando de dar gritos
y proferir amenazas,
velando estuvo afligida
entre oraciones y lágrimas
a esas inocentes víctimas
qué tanto quería, hasta
el tristísimo momento
que al triste son de campanas,
llantos, suspiros y súplicas,
llenas de flores y palmas
y en el acto más grandioso
y conmovedor, la santa
sepultura al fin les dieron
con gran dolor de sus almas.



Al transcurrir doce días
de tan tristísimo drama
en la cruz de dos caminos
de una horca colgaba
el criminal y a su lado
leíanse estas palabras:
Noble y rico nació. Pudo
vivir como Cristo manda
pero a Satanás rendía
constante culto su alma.
Aun así vivió tranquilo
entre la gente cristiana.

Hasta el día que por dar muerte
a un trovador y a una dama,
que por sus virtudes eran
orgullo de esta comarca,
quien pudo ocupar con honra
las posiciones más altas
agregando nuevos méritos
a los timbres de su casa,
murió en la horca dejando
su nombre lleno de infamia.
Caminante, que este ejemplo
guíe e ilumine tu alma.



Así los bellos amores
del trovador y la dama
más encantadora y bella
de Caudilla, por desgracia

terminaron una noche
de la manera más trágica.
El castillo quedó sólo
pero ¡ay! en las noches claras
cuando alumbraba sus sombras
la luna como una lámpara
de Dios, decían que estos

[novios
del alto cielo bajaban
y que entonces a la hermosa
condesita contemplaban
reclinada en el alfeizar
de una gótica ventana
escuchando las canciones
que el trovador le cantaba
al son de laúd y cuando
las dulces trovas cesaban,
él ascendía hasta ella
por una brillante escala
que la gentil condessita
desde su altura le echaba,
donde después de besarse
subíanse a las murallas
y ambos ceñidos del talle
soñando se paseaban
lenta y deliciosamente
hablándose de amor, hasta
que desde ellas de nuevo
ascendían por una áurea
senda entre rosas y ángeles
a la gloriosa morada.

En cambio en las noches
[lóbregas
decían que los fantasmas
más horrorosos saliendo
del sótano entre las llamas
de las rojizas antorchas
con que su marcha alumbraban,
al reo vil conducían
hasta la torre más alta
donde dejándole atado
al sótano regresaban
mientras que al punto, surgiendo
de las hediondas entrañas
del infierno hórridos cuervos,
con sus picos y sus garras
y sin piedad de los gritos
horrisonos que lanzaba,
lenta e implacablemente
al criminal devoraban.



Despoblándose Caudilla
después por distintas causas
fue sus vigores perdiendo.
Tristes y solas en sus casas
fueron cayéndose. Pronto
cantos y hierbas parásitas

cubrieron sus sitios públicos.
Su iglesia quedó cerrada.
La soledad y el silencio
con su corte enferma y pálida
de melancolía y tristeza
fueron sin prisa ocupándola,
y viendo el castillo en torno
de él tantas ruinas y lástimas,
enfermándose de penas
y dolorosas nostalgias,
dejó caer sus altas torres,
sus almenadas murallas
y sus cubos piedra a piedra
como tristísimas lágrimas
de un dios anciano que

[viéndose

solo y vencido llorara
el doloroso derrumbe
de todas sus esperanzas,
y ya cual raro milagro,
de su figura tal alta
y sólida, en el desierto
del campo solo se alza
un murallón sosteniendo
a las trepadoras plantas,
¡lo único que hoy se conserva
de sus grandezas pasadas!...



OCASO INVERNAL

MUJER ESPAÑOLA

Es por instinto noble, altiva y abnegada,
nunca en sus trances críticos actúa bajo el temor
y sabe dar, empleando su firmeza acerada,
el infierno con su odio, la gloria con su amor.

Su alma es sensible y crédula, mas viéndose acosada
y en peligro a lo que ama sobre todo, a su honor,
con un puñal del mismo sabe huir inmaculada
hundiéndole en su pecho con ínclito valor.

Su sangre es la de aquellos intrépidos leones
que a América trajeron los épicos leones
hispánicos ansiosos del más santo ideal

los cuales coronando la más célebre hazaña,
con honra, amor, coraje y sacrificio, a España
¡la redentora eterna hicieron inmortal!...

A LA IGLESIA

¡Oh, Iglesia de mi pueblo, santuario venerado
pensando en tí me inunda la mística emoción
y al evocar las cosas de mi feliz pasado
los júbilos más puros hienden mi corazón!...

A vísperas de gloria en mi alma alegremente
creo sentir a tus santas campanas repicar,
y a su son olvidando tan mísero presente
veo mi infancia dichosa por ella desfilar.

Y al punto la alegría más íntima y gloriosa
cubre mis tristes yermos de pájaros y flores,
y vuelvo a ver la vida limpia, grata y hermosa
como la veía aquellos años encantadores.

Tú comprender me hiciste con tu ciencia infinita
los méritos que encierra la cristiana virtud,
y ¡oh! que divinos gozos sentí en tu paz bendita
en la época dorada de mi azul juventud...

En ti en aquellas tardes tan plácidas y bellas
que de cándidos cantos yendo de dos en dos
te llenaban las guapas y púdicas doncellas
los júbilos más puros me ascendían hasta Dios.

Las supremas delicias turbaban mi sentido,
la emoción más purísima me embriagaba y al són
de tu órgano y sus cantos rezaba conmovido
y trémulo de amores con fervorosa unción.

Cuando en las noches frías y lluviosas de invierno
con el sacristán iba las ánimas a dar,
sentía en mi alma el soplo del espíritu eterno
mirando las imágenes de tu glorioso altar.

¡Oh, cómo se extasiaba mi ánimo mirando
al fulgor suave y trémulo de la rojiza luz,
sobre el Gólgota a Cristo ya sin vida colgando
lívido y sangreante sobre la triste cruz!...

Cuando la negra tumba en tu centro se alzaba
en las solemnes vísperas de algún gran funeral,
ante las calaveras que en ella había rezaba
anhelante y temblando de un pánico ideal.

Veía en el Camposanto en honda sepultura
al muerto ya podrido por el gusano ruin
y temblaba pensando si de la criatura
humana sería ese su último y cruel fin.

En ti se embriagó mi alma de inéditas venturas
en las solemnes fiestas y en ti oyendo el sermón
del calvario angustioso, sus lágrimas más puras y
ardientes tristemente vertió mi corazón.

En ti en la pascual fiesta la comunión tomaba
temblando de una honda y azul felicidad,
y fábulas divinas vivía cuando escuchaba
los tiernos villancicos en la Natividad.

Pero ¡ay! donde mis gozos olímpicos se hacían,
donde los santos vértigos me arrastraban en pos
era en tu campanario... ¡oh, en él se diluían
por mis venas el arte, por mi espíritu Dios!...

Repicando anhelante en vísperas y fiestas
tu campanas sonoras con íntimo fervor,
los cielos luminosos y líricas florestas
corría con mis miradas ahogándome de amor...

¡Oh, cómo aligeraban mi ánimo sus sones!...
¡Oh, cómo iluminaban los ángeles mi ser!...
y ¡oh, cómo las más líricas y azules ilusiones
sus místicas esencias me venían a ofrecer!...

Contemplando los cielos tan diáfanos y hermosos
echaba al punto mi alma romántica a volar,
y entre rosas y estrellas a los reinos gloriosos
creía entre repiques y cánticos llegar.

Y al ver en la honda calle pasar las procesiones
en aquellos tan dulces y místicos instantes,
repicando cantaba santísimas canciones
mientras mi pelo ondeaban los céfiros fragantes.

Allá en las lejanías más diáfanas y hermosas
creía ver a la niña que amaba con fervor
clavando sus miradas en mí más cariñosas
y ofreciéndome el lirio de su cándido amor.

Y ¡oh! como un peregrino borracho de ideales
lanzándome hacia ella por los campos risueños,
cruzando hermosas viñas y trémulos trigales
me perdía viviendo románticos ensueños...

Ya nada quedó de esas dichas encantadoras,
ya no volveré nunca a hincarme ante tu altar,
ni nunca a tus campanas tan altas y sonoras
en vísperas y en fiestas volveré a repicar...

¡Oh, Iglesia de mi pueblo!, sagrario venerado
de mis dulces recuerdos, de mi azul ilusión
haz doblar tus campanas por este desdichado
poeta que de su pena tan honda hoy se ha olvidado
recordando tus gracias con mística emoción...

Doncellas de mi lugar

ENCARNACIÓN

Como una verde rama de bardos florecida
repleta de frescuras, aromas y primores,
es esta doncellita tan cándida y garrida
con cuyas gracias sueñan los campos y las flores.

En sus preciosos ojos brillan los resplandores
divinos que iluminan y alegran esta vida,
y es su rostro una rosa de mágicos colores
donde el primor más clásico y tentador anima.

Al verla por los campos cruzar en primavera
con su escardillo al hombro tan guapa y hechicera,
las églogas más puras nos hace recordar,

y en el estío juntando las espigas doradas,
llenándonos el alma de emociones sagradas
nos hace con los ángeles más cándidos soñar....

TIRA DE ALGARROBAS

Tarde de junio. El campo se embriaga de colores.
¡Que exposición de vida en él!... Cantan muleros
arando, las cebadas siegan los segadores
y en los rastrojos cantan pastores y cabreros.

En las eras sus chozos hacen los labradores
los que con espadañas, con juncos y romeros
cubren, y las doncellas entre cantos y flores
tiran alegremente algarrobas y yeros.

Una de estas mocitas con su cántaro al pozo
va por agua y al mismo tras de ella llega un mozo
segador que la llena de gozo y turbación

porque es su novio, y ciegos de amor ambos llenando
el cántaro rosado, viven como soñando
un instante dulcísimo con íntima emoción...

ROMANCES DE MIS NOSTALGIAS

¡Oh, cómo, cómo la noche
mis amarguras consuela!...
La noche es como una madre
[amante
para mis penas.

Mirando su azul profundo,
sus luceritos y estrellas,
mi espíritu se ilumina,
mi cuerpo de gozo tiembla,
la santa emoción mis ojos
de dulces lágrimas llena,
y en este instante de gracia
la venturosa existencia
de mi niñez rememoro
con todas sus cosas bellas,
me siento de nuevo niño
y del mal que hoy me atormenta
me olvido porque sus júbilos
Dios en mi corazón vuelca.

¡Verdad, verdad, verdad noche

azul, espléndida, inmensa,
consoladora de todas
mis angustiosas tristezas,
verdad que en los mundos

[áureos
que en tu azul ámbito ruedan
son realidades hermosas
estas benditas quimeras,
estas ansias infinitas
de amor, justicia y belleza,
que al mirarte en mi alma se
[abren

como níveas azucenas
de los jardines divinos
plenas de gracias y esencias?...
¡Oh, luminosos luceros!...
¡Oh, encantadoras estrellas
que me visteis cuando niño
sano e inocente aún era
hendido por el más puro
gozo soñando a la vera

de la ermita de Santa Ana
y junto a las nobles piedras
de los ruinosos castillos
que a mi pueblito rodean,
y que hoy hombre y tan distante
de aquellas queridas tierras
soñando aún seguís viéndome
entre las dudas más negras,
los desalientos más hondos
y las más íntimas penas!...

¿Que relaciones incógnitas
mi alma tiene con las vuestras
que al contemplaros me abrazan
las místicas apetencias,
los peregrinos anhelos,
las ansiedades supremas
el alma, mientras mi cuerpo
cual si un dardo ideal le
[hendiera
o las corrientes divinas
de Dios cruzaran mi médula,
enternecido y ahogándose
de honda emoción tiembla y
[tiembla?..

¿Os visitare algún día?
Difícil pregunta es ésta.
Mi ansia consulta enseguida
a la razón y a la ciencia.
La ciencia ¡no! dice grave,

la razón ¡no! dice seria,
la angustia más dolorosa
me causan estas repuestas
pero es tan sólo un instante
porque mi fe desoyéndolas
al punto con los más íntimos
gritos ¡sí, sí! me contesta
mientras en mi alma florecen
las esperanzas más bellas
como si fueran regadas
por las divinas esencias...

Sí luminosos luceros,
sí encantadoras estrellas,
sí, sí, sí, sí, contra todas
las razones y las ciencias
rígidas, frías y absurdas,
que con su índole atea
a los seres de estos tiempos
están transformando en bestias
lúbricas y egoistas, cuando
me libre de las cadenas
mundanas, cuando a mi mísero
cuerpo ya cubra la tierra,
iré a vivir esa vida
tan venturosa y eterna
que al miraros sé que existe
en las divinas esferas...

¡Oh, cómo, cómo la noche
mis amarguras consuela!...

RONDA DE NIÑAS

«Al pasar la barca
me dijo el barquero
las niñas bonitas
no pagan dinero».

Tardes hermosas,
noches serenas
llenas de aromas,
cantos y estrellas,
rondas de niñas
que al corro juegan
lanzando al viento
coplas tan bellas
tan jubilosas,
simples y tiernas
y encantadoras,
que ¡ay! ante ellas
todas las almas
nobles y buenas
enternecidas
de amores quedan

mientras soñando
desde esta tierra
con alas místicas
al cielo vuelan.

«Arroyo claro,
fuente serena,
quién te lavó el pañuelo,
una morena».

Viendo a estas niñas
que alegres juegan
al caer las tardes
en ancha rueda
que loca gira
sobre la arena
juntas las manos,
altas las piernas,
flotando al viento
rizos y trenzas,
cantando alegres

coplas tan bellas
y aureoladas
por su inocencia,
parecen ángeles
que a esta tierra
para alegrarla
y embellecerla
desde su gloria
Dios descendiera.

«Una paloma blanca
que del cielo bajó
con las alas doradas
y en el pico una flor».

En esas horas
¡ay! tan amenas
con cuanto gozo
desde sus puertas
las abuelitas
viéndolas sueñan...
¡Cómo sus tiempos
idos recuerdan,
cuando eran niñas,
cuando como ellas
gozos con cuerpos,
flores con piernas,
risas con brazos,
gracias con trenzas
así jugaban
con dicha inmensa

al caer las tardes
y en las serenas
noches de estío
tan placenteras...

«Yo tengo un castillo
matarile, ríle, ríle,
yo tengo un castillo
matarile, ríle ron...».

Sus cantos simples
y hermosos llenan
al alma noble
de alas y estrellas...
Las niñas riendo
siguen contentas
los juegos bellos
junto a sus puertas
y ¡ay! con sus coplas
claras y frescas,
rosas aladas
que alegres vuelan
a la alta gloria
desde esta tierra,
con su alegría
y su inocencia,
sueñan los niños
y las abuelas,
las estrellitas
y los poetas...

Doncellas de mi lugar

JUANA

La sal de las manolas más clásicas rebosa
en su cuerpo armonioso, esbelto y seductor,
y es alegre, sencilla, simpática y hermosa
como el gozo y la gracia, la ilusión y el amor.

Cuando a la fuente marcha tan guapa y primorosa
hay en los corazones un íntimo temblor,
y al verla el Viernes Santo ante la Dolorosa
rezando, nos infunde su místico fervor.

De verla Luis Candela la hubiera idolatrado,
con su arte tan castizo Goya inmortalizado,
Espronceda en sus versos la llenaría de honor,

y rendido a su gracia tan única el Reverte
brindándola sus toros jugaría con la muerte
matándoles ante ella con júbilo y valor.

VENDIMIA

Como un bello conjunto de hadas trabajadoras
entre bosques frondosos de pámpanos gozosas,
cantando alegremente van las vendimiadoras
cortando de las cepas las uvas deliciosas.

Con óptimo alborozo las acarreadoras
cruzando entre las vides tan ágiles y airosas,
levan en sus cabezas de mozas servidoras
las cestas hasta el linde de las viñas hermosas.

Desde allí los zagales entre hermosos cantares
con los carros las llevan a los frescos lagares
donde con ellas se hace el clásico licor

que ciega e ilumina, que libra y encadena,
y a todo este planeta con sus esencias llena
de lágrimas y risas, de júbilo y dolor...

Romances de mis amigos

JULIAN

Julián era un compañero serio, su padre tenía taberna, carpintería y era además relojero.

Situada en la calle Real su cómoda casa estaba, cuyo patio engalanaba un viejo y grande parral,

en cuyas ramas frondosa que el amplio patio entoldaban recuerdo que maduraban las uvas mas maravillosas.

Agradecido y contento con él solía acompañar a su padre cuando a dar cuerda iba al Ayuntamiento,

al gran reloj que montado en su alta torre se hallaba, pues su ascensión me causaba un júbilo ilimitado.

Y allí absorto me quedaba ante la enorme y pesada máquina tan complicada que al pueblo la hora anunciaba.

Llenando el cruel dolor a su familia, la suerte más cruel dio a Heriberto muerte que era su hermano mayor.

El cual en la bicicleta que su tío Claudio le dió, a él y a mí nos enseñó a andar en la plazoleta.

Julián, mi buen compañero en el taller que tenía su honrado padre, aprendía oficio de carpintero.

UN CUENTO

Papá cuéntame un cuento. Anda. Por un ratito no escribas. Hoy ninguno me has contado y fui buena. ¡Que luego!... No, no, ahora. Que sea largo y bonito. Cuentámele anda, mientras hace mamá la cena.

¿Que de qué? de... de osos... no, no, no, de elefantes papá... Como aquel cuento que me contaste cuando estaba yo enfermita en cama, de gigantes y enanos que danzaban por los bosques tocando

aquellas trompas mágicas con que a la luna bella hacían bajar del cielo para jugar con ella. Si no el de aquel niño que apresó el ogro hambriento.

¡Que no te acuerdas!... Es que no quieres sí, y por eso no cenaré y llorando sí, sí, y sin darte un beso me iré a dormir si ahora no me cuentas un cuento...

ROMANCE DE LA NOCHE BUENA

Cuando diciembre llegaba
en Val de Santo Domingo
las mujeres y los hombres
todos, ancianos y niños,
preparaban con el gozo
más grato, profundo y limpio,
zambombas y panderetas,
almireces y platillos,
para cantar en la noche
del nacimiento divino
a su dulce son los tiernos
y cándidos villancicos.
Desde el día de la Purísima
los mozos y los chiquillos
a recorrer ya empezaban
cantando el bello pueblito
anunciando el nacimiento
en Belén del santo Niño,
y ¡oh! esas noches en aquellos
venturosos tiempos idos,
que alegres y hermosas eran
en Val de Santo Domingo...

Cuando por fin ese día
tan jubiloso llegaba,
desde temprano los pobres
iban por las ricas casas
recogiendo el aguinaldo
tradicional que les daban;
los muleros con sus yuntas
y los peones con su azada»
salían a labrar las tierras
cuando despuntaba el alba,
pero al oír al mediodía
el toque de las campanas
ansiosa y gozosamente
al pueblito regresaban
para festejar la noche
bendita que se acercaba»
con cánticos rebosantes
de júbilos y esperanzas.

Muchos ancianos que el año
pasaban dentro sus casas
como si estuvieran muertos

y en tal día resucitaran,
entre los que el tío Candelos
y el tío Zumaque se hallaban,
al declinar esa tarde
en la más alegre marcha
con zambombas y almoreces,
vestidos de fiesta y hasta
la hora en que la Santa Misa
del gallo no comenzaba,
y echando una copa en toda
taberna que al paso hallaban,
recorriendo todo el pueblo
alegremente cantaban
al son de estos instrumentos
villancicos y tonadas
tan olorosas, tan simples
y conmovedoras, que hasta
los más duros corazones
se enternecían escuchándolas.

«Que yo no le quiero molinero
que me da con el maquilandero,
que yo le quiero labrador
que agarre la yunta y se vaya
[a arar...

El divertido espectáculo
que ofrecían estos ancianos
cantando así por las calles
estos peregrinos cánticos
no podía ser más hermoso

ni conmovedor... Ya cuando
sus abundantes y ricas
cenas habían terminado,
los hombres y las mujeres
hasta la Misa del gallo
recorrían todas las calles
alegremente cantando
con tierna voz los más bellos
y enternecedores cantos.
Por aquí pasaba una
ronda de alegres muchachos
tocando sus panderetas
y alegremente cantando:

«Esta noche es noche buena
y no es noche de dormir
que al nacimiento del Niño
a cantarle hemos de ir...»

Más allá un grupo de hermosas
mujeres y hombres casados
y hasta llevando a sus niños
más pequeñitos en brazos,
al compás de sus zambombas
radiantes de gozos cándidos
pasaban avanzando a los vientos
este cantar inspirado:

«La Virgen rodeada
de corderitos,
de corderitos,

de mulitas y bueyes
y borriquitos,
y borriquitos,
con San José prepara
con gran cariño
la ropita y la cuna para su
[niño».

Después un corro de mozas
y mozos sanos y guapos,
siendo casi todos ellos
amigos, novias y hermanos,
llevando sus corazones
henchidos de gozos cándidos
y de ilusiones doradas,
se veían pasar tocando
las primitivas zambombas
y alegremente cantando:

«La Virgen está soñando
debajo un verde laurel
y las hojas se conmueven
al ver al niño nacer»...

Y entre todas estas rondas
de mozos y de casados
cruzábanse por las calles
del pueblo de vez en cuando,
la colorida y simpática
de los alegres ancianos
y sobre el canto de aquellos
tan jubiloso y tan claro,

cual coro de voces graves
el ronco y pausado canto
de éstos, armoniosamente
resaltando iba hasta cuando
se perdían en las distancias
alegremente cantando:

«Ay que pascuas tan felices
vamos a pasar los dos
vámonos, niña vámonos,
a comernos el cordero
que nos regaló el pastor...».

Y así hasta la santa Misa
del gallo con infinito
gozo y amor celebrando
el nacimiento divino,
corrían todas las calles
cantando los villancicos
y otras canciones las gentes
de Val de Santo Domingo.

A aquellas noches que tanto
soñar me hicieron de niño,
hoy ya anciano y tan distante
de aquellos predios queridos
que no volveré a ver nunca
más en esta vida, henchido
de deliciosas nostalgias
con un amor infinito,
este romance y los versos
siguientes hoy las dedico.

NAVIDAD

Fiesta de emociones inefables llena
como en este mundo nunca ha de haber dos...
¡Oh, cuánto mi pueblo goza tras la cena
abundante y rica de la Noche Buena
celebrando el santo del hijo de Dios!...

Esa noche tiene la más pobre gente
pan blanco en su mesa, cordero y turrón,
come miel y bebe vino y aguardiente,
y hasta el ser más triste canta alegremente
tiernos villancicos con profunda unción.

Después de la cena sus casas dejando
con sus panderetas y zambombas van
por todas las calles del pueblo rondando
y conmovedoras canciones cantando
hasta que las doce en el reloj dan.

Pues llamando al oirlas las santas campanas
a Misa del gallo con su ronco son,
hacen que esas gentes tan nobles
y sanas, en las jubilosas calles aldeanas
sigan todas una misma dirección.

A la Iglesia acuden todos deseando
el grande y hermoso nacimiento ver
y mientras a ella se están acercando
van los villancicos cándidos cantando
en honor del Niño que empieza a nacer.

El templo está lleno de espectos gloriosos,
de aromas de sándalo, de incienso y laurel,
y un coro de niños cándidos y hermosos,
cantan los más bellos, tiernos y amorosos
cánticos de gloria en honor de Él.

El órgano lanza sus más melodiosas
músicas vibrando y a su grato son,
únense mil voces que alegres y ansiosas
ofrecen al Niño divino las rosas
más frescas y hermosas de su devoción.

Canta el niño, canta el zagal garrido,
la hermosa doncella y el leal pastor,
que aunque ochenta y tantos años ya ha cumplido
con su voz más tierna canta conmovido
ofreciendo al Niño su infinito amor.

¡Oh, que bella estampa la que en tal postura
forman los ancianos al pie del altar
ofreciendo al Niño y a la Virgen pura,
trémulos de amores, de gozo y ternura,
sus adoraciones con su fiel cantar!...

Viéndoles se evoca la tierna y hermosa
escena que al santo Niño rodeó,
en aquella noche tan triste y penosa
cuando de manera tan maravillosa
en el pobre establo de Belen nació.

A la santa Misa que solemnemente
se oficia delante del altar mayor
cubierto de luces y flores, la gente
a su acto bendito religiosamente
asiste sintiéndose ahogada de amor.

Cuando ésta termina con el sentimiento
más alegre todos van hasta el rincón
donde el señor Cura armó el Nacimiento,
el rústico establo en cuyo aposento
a luz dió la Virgen, su ideal concepción.

Sienten ante el Niño las ansias mejores
viéndole en el pobre pesebre tendido
rodeado de humildes y simples pastores
que entre el buey y la mula temblando de amores
miran asombrados al recién nacido.

Viéndole en tal sitio tan necesitado
y a los reyes magos, tras del resplandor
de la nueva estrella, ir con hondo agrado
a rendir honores al Niño sagrado
sus almas se inundan de pena y de amor.

Ante esa tan cándida y tierna criatura
sin pensarlo evocan su cruel porvenir,
ven que su camino será de amargura
y que con sus padres en la noche oscura
aunque recién nace debe a Egipto huir.

Saben que deseando su muerte, las gentes
del perverso Herodes han de degollar
un sin fin de niños sanos e inocentes
sin que de sus madres los gritos dolientes
le hagan en su horrenda cólera cesar.

Saben que al ser hombre virtuoso y sensible,
por llenar el mundo de esperanza y luz,
insultos y burlas sufrirá impasible
y tras del tormento más cruel y horrible
le darán la muerte clavándole en cruz.

Saben que por bueno, por justo y clemente,
morirá en el Gólgota un día entre dos
ladrones sufriendo resignadamente
las iras brutales de la mala gente,
por abrir al hombre el reino de Dios.

Muy pronto sus penas curan los consuelos
santos que les brinda su fin posterior,
y entonces sabiendo que desde estos suelos
volverá a la gloria, al Rey de los cielos
cantan nuevamente trémulos de amor.

Y con la alegría del niño inocente
que ignora las artes infames del mal,
ante el Niño cantan jubilosamente
como si estuvieran viendo claramente
al fin de esta vida el reino ideal.

Y cantando salen y a dormir cantando
van porque cantando creen rezar mejor,
y esa noche santa la pasan soñando
con el Niño amado al que ven reinando
el reino eterno del bien y el amor...

Fiesta de emociones inefables llena
como en este mundo nunca ha de haber dos,
¡oh, cuánto mi pueblo goza tras la cena
abundante y rica de la Noche Buena
celebrando el santo del Hijo de Dios!...

Doncellas de mi lugar

JUSTA

Su hermosura coronan los mirtos y lares,
sus ojos tienen luces de una lámpara ideal
y su cuerpo precioso los artistas más fieles ante Dios
modelaron con gracia sin igual.

En su boca florecen entre rojos claveles
la púrpura más bella y el más blanco coral
regados por esencias de dulcísimas mieles
y arrullados por músicas de ritmo celestial.

Su belleza es tan honda, tan clásica y tan pura,
que hace olvidar al alma la terrena amargura
y soñar con la gloria más dulce al corazón,

pues fluye un tal hechizo de esta gentil doncella
que la vida tan triste y lóbrega, ante ella
de súbito se inunda de gozo y de ilusión...

LAS HUERTAS

En estío las huertas tan frescas y galanas
son para el fatigado ser que su calor siente,
tan gratas como siempre son a las caravanas
de árabes los oasis en el desierto ardiente.

En sus regueros cantan con júbilos las ranas
hundiéndose en su agua serena y transparente,
y entre las frondas trémulas de sus plantas lozanas
siempre se oye a las aves cantar líricamente.

Al declinar las tardes con su azada en las manos
las frutas y hortalizas riegan los hortelanos
mientras. chirría la noria sin dejar de girar.

Y ¡oh! que hermoso es entonces ir charlando hasta ellas,
Y beber sus frescas aguas, comer sus frutas bellas
y dulces, y sin prisa por sus sendas pasear...

ASCENSION PASTOR

Cuando Ascensión Pastor canta
lo hace con tales primores,
que el público al que ella encanta
cree que un nido es su garganta
de líricos ruiseñores.

Es tan gentil su figura
su gracia tan cautivante,
tan clásica su hermosura
y hay tanto fuego y dulzura
en su vista electrizante,

que cuando entre sus canciones
luciéndose se la ve, ahogándose de emociones
sienten nuestros corazones
ansias de gritar: ¡Olé!...

Tú encarnas a la España real, épica y creyente
por eso su hermosas y espléndidas regiones,
surgen con nuevas gracias tan admirablemente
del fondo de tus bellas y líricas canciones.

Pero donde superas las máximas creaciones
de tu arte es cuando cantas tan resaladamente
al gran Madrid, que entonces almas y corazones
en éxtasis escuchan tu voz de ángel vehemente.

Las majas más cabales, preciosas y castizas
reviven en ti cuando tus números realizas
envuelta entre los pliegues del clásico mantón,

pues en ellos derramas tanta gracia y salero,
que no el público hispano sino el del mundo entero
te aclama al escucharte con cálida pasión.

CANCIONES DEL VERANO

Por la comida al pueblo
van los ateros,
cantando alegremente
por los senderos.

Son bellos chicos
que el campo ardiente
[cruzan
con sus borricos.

En los dorados campos los
[segadores
siegan y sudan mientras
que los pastores
afortunados
bajo olivas frondosas
fuman sentados.

Escudriñando el suelo
con grandes ojos,
grupos de espigadoras

en los rastrojos
con mil fatigas
sus bolsas y talegas
llenan de espigas.

Por los resecos campos
de vida llenos
los muleros con carros
de mieses plenos,
a las soleadas
eras marchan cantando
bellas tonadas.

Los labradores cantan
cantan volteando
en las eras las parvas
que están trillando,

Y los chiquillos
imitándoles cantan
sobre los trillos.

Entre regueros de agua
murmuradores,
hortalizas y plantas
llenas de flores,
cantando ufanos
riegan las verdes huertas
los hortelanos.

En tanto las cigarras
con sus canciones
monótonas corean
estas funciones
que en el estío
hacen las nobles gentes
del pueblo mío.

ROMANCES DE MIS NOSTALGIAS

Por sendas de rosa y oro
la tarde estival se aleja,
se aleja pasito a paso
entre áureas arboledas
triste y suspirando como
una sublime princesa
hacia el destierro seguida
de un séquito de bellezas.
Los pajarillos piando
límpicamente con pena
la dan amorosamente
su último adiós despidiéndola.
¡Adiós! la dicen temblando
de sentimiento las siembras
que los céfiros besándolas
con íntimo gozo ondean...
¡Adiós! la dicen las flores
que bordan lindes y sendas
con el primor de sus pétalos
plenos de gracias y esencias...
¡Adiós! la dicen los campos

con voz melodiosa y tierna,
y hasta un lucerito blanco
que cual brillante azucena
sobre el azul firmamento
empieza a brillar, al verla
irse tan triste y hermosa
por las soñadoras tierras
del crepúsculo, parece
temblar de amor despidiéndola...

Los mozos que desde el alba
los rubios trigales siegan,
al sentir a las campanas
de la parroquial Iglesia
tocar el bendito ángelus
cesan sus nobles faenas
santiguándose y cantando
al pueblo amado regresan.
El pastor que todo el día
anda tras de sus ovejas
santiguándose igualmente

al redil marcha con ellas,
y haciendo lo mismo al punto
las donosicas doncellas
en la tierra en que trabajan
su santo tragarin dejan,
y yendo a la fuentecilla
que mana en la hermosa vega
entre tréboles y juncos
su agua cristalina y fresca.

Tras lavarse sus rostros
y peinar sus cabellera
alegre y ligeramente
con sus horquillas y cestas,
cantando con otros pájaros
al pueblo emprenden la vuelta.

¡Que hermoso se pone todo
en los tiempos de la siega
en los dilatados campos
cuando las tardes se alejan!...

Yo solo en el campo quedo
solo con mi ansia y mi pena
y solo, mientras la tarde
sus últimas luces quema
como un fantasma embargado
de deliciosas tristezas,
de románticas nostalgias
y lírica apetencias,
recorro el campo
[embriagándome

con la dulcísima esencia
de esta emoción que a mi alma
embelesándola llena
de místicas ansiedades
y dichas ultraterrenas,
mientras contemplo soñando
las ideales bellezas
que me rodean en esta hora
tan melancólica y bella.

Las diáfanas lejanías
con sus encantos me tientan,
y en el ensueño me abismo
mientras paseo entre las
[siembras,
viendo como en los confines
solas las ruinas se elevan
del castillo de Caudilla,
de San Silvestre y Maqueda,
en cuyas torres anidan
las águilas beneméritas
de la ilusión y el ensueño,
gracias de Dios que a esta
[tierra
tan desolada y tan triste
de gracia y júbilo llenan.

¡Que hermoso se pone todo
en los tiempos de la siega
en los dilatados campos
cuando las tardes se alejan!...

Doncellas de mi lugar

ÁGUEDA

Su boca envidia el lirio, el panal y la rosa,
sus ojos los luceros del sueño y la ilusión
y la fronda del ébano más suave y olorosa
su cabellera espléndida de fina ondulación.

Su cuerpo esbelto y rítmico la diosa más hermosa
que Fidias cincelara con íntima emoción,
y la gracia más dulce, más honda y luminosa,
la magia irresistible que brilla en su expresión.

Pero aunque esta doncella luce tan bien y tantos
primores en su cuerpo, aun mayores encantos
luce en su noble espíritu con sabia inspiración.

Por eso al contemplarla atónita la gente
de asombro y gozo, al punto la rinde alegremente
un cálido homenaje de amor y admiración.

LA SIEGA

Mientras los ejercicios con sus sudores riegan
sus rostros bronceados en las tierras hermosas,
los nobles segadores las rubias mieses siegan
ligeros y sin pausa con sus hoces filosas.

El oro del sol bello el campo inmenso llena,
tan sólo en él verdean las olivas y parras,
y en el caldeado viento monótono resuena
el cántico uniforme que emiten las chicharras.

Ellos con sus enormes sombreros encorvados
como insensible siendo al calor, los sembrados
hermosos van segando con incansable afán,

como si comprendieran que preparan sus manos
el material bendito para que a los humanos
nos les falte el sustento santísimo del pan...

ROMANCE DE LA DICHA SANTA

Sentada en el poyo
que hay junto a la puerta
de su honrada casa
la madre se encuentra,
es joven, hermosa,
simple, noble y buena,
con su hijita en brazos
ansiosa y contenta,
espera al esposo
que arando se encuentra,
y mientras el tiempo
pasa en marcha lenta
con su voz más dulce,
cariñosa y tierna,
dice así a su hijita
que diez meses cuenta:

¡Lucerito mío!...
¡Sol de mi existencia!...
¡Vida de mi vida!...
¡Tal gozo me llena

viéndote en mis brazos
tan chiquita y bella
que cetro y corona
no envidio a las reinas!...
¡Dios me dio contigo
todas sus bellezas,
todas sus venturas...
todas sus riquezas!...
y entre estas y otras
cosas de amor ciega,
así a su marido
la mujer espera.

El sol ya se ha puesto
tras las altas sierras,
las últimas notas
de la oración suenan,
con los bellos cántaros
sobre sus caderas
van hacia la fuente
las gupas doncellas,

sus hermosos juegos
las niñas empiezan
y la joven madre
sentada en su puerta
esperando a su hombre
con su hijita sueña.

Un mocetón guapo
que de arar regresa
montado en su yunta,
con un perro entra
cantando en la calle
y cuando ya llega
a donde su esposa
con la hija se encuentra,
con ansioso gozo
salta pronto a tierra
y a su hijita hermosa
tiernamente besa
mientras que su esposa
le dice contenta:

¡Besa esposo mío
a esta hermosa perla
que brotar Dios hizo
de las almas nuestras!...

¡Bésala con gozo
que niña más bella,
más despierta y ágil
no la hay en la tierra!...
Cógela en tus brazos,
¿no la ves que fuerzas
para ir a ellos hace

ya esta bribonzuela?
Yo entraré a la yunta,
sígueme con ella,
ya verás que pronto
desuncida queda,
para darla agua
la pila está llena,
la pondré en la cuadra
una vez que beba,
ya estan los pesebres
con paja y avena
y después corriendo,
volando la cena
te haré que buen hambre
traerás de las tierras.

Coge a su hija el padre,
la madre las riendas
de las nobles mulas
y delante de ellas
seguidos del perro
en el corral entran,
y una vez que de éste
ya las puertas cierran,
gozando la dicha
más dulce y eterna
que Dios da a los seres
simples de esta tierra,
el padre y la madre
sin hablar se acercan
y con la hija en brazos
con amor se besan....

A UN COMETA

¿Quién eres astro errante, viajero solitario
que por los cielos luces tan áureo esplendor?...
¿Eres un sol en ciernes o un celeste emisario
que ante esta tierra cruzas por orden del Señor?

En la profunda noche astro maravilloso
hiendes el firmamento cual nave celestial
dejando en su hondo seno un rastro luminoso
cual si fuera una senda tendida al reino ideal.

¿A dónde vas cometa por los cielos flotando,
a dónde?... !Oh, cómo enciendes mi lírica ilusión!...
En esta noche hermosa azul te estoy mirando
sintiéndome abrasado de mística emoción.

¡Oh, que velos tan densos descorre tu presencia!...
¡Cómo haces en las cosas santísimas pensar!...
Hoy todos al mirarte sienten por su conciencia
serena y lentamente al ansia ideal cruzar.

El avaro olvidando sus míseros metales
te observa conmovido y el falso y el ladrón
viéndote se avergüenzan de sus culpas y males
y hasta el déspota siente miedo en su corazón.

Pues trémulos de asombro en estas noches bellas
ven que con la áurea cola que llevas de tí en pos,
la bóveda azul cruza por entre las estrellas
surgiendo del abismo fantástico de Dios.

Y entonces, comprendiendo que hay gracia, gozo y vida,
más allá de este mundo, tras súbito temblor
y aunque sea un solo instante sienten su alma encendida
de júbilos divinos, de fe, bondad y amor.

¡Oh, velero celeste tan diáfano y brillante,
cómo me gustaría en este instante ser
un marino romántico y sobre ti anhelante
el océano inmenso del cielo recorrer!...

¿Que brujula te orienta en tus rumbos gloriosos?
¿Quién tan seguramente maneja tu timón?
¿A qué puertos navegas por los maravillosos
espacios entre un halo de ensueño e ilusión?

¿Será hacia los dorados del bien inalcanzable
donde eterna es la vida e ignorado el dolor?
¿O será hacia los blancos del júbilo inefable
que brindan a las almas los éxtasis de amor?...

¡Qué cosas tan hermosas observarás cruzando
los ámbitos fragantes del celestial jardín!...
En la órbita que sigues, ¿quién, cómo, dónde y cuándo,
quitándote el impulso pondrá a tu marcha fin?

¿Por qué una noche de estas tu cola luminosa
sobre esta triste tierra no la dejas caer
como una escala por la que a la región gloriosa
los buenos y los simples pudieran ascender?

¿Por qué más no te acercas a este mundo violento
que sin derramar sangre jamás puede vivir?
Si así lo hicieras creo que con tu santo aliento
de su índole maligna se habría de redimir.

Si tú nuestras miserias contemplas !que infinita
lástima te debemos los humanos causar
al ver que como engendros de la furia maldita
no dejamos ni un solo momento de pecar!...

Si solamente viendo los cielos estrellados
deberían inundarnos los júbilos de Dios
y así, ya redimidos de vicios y pecados,
deberíamos ir siempre de la virtud en pos.

Aún no tenemos ojos, alma ni entendimiento,
para con fiel conciencia sentir, ver y pensar...
Tu vista sacia el ansia ideal y ¡oh! en tal momento
¡cuánta emoción me causas, cuánto me haces soñar!...

Surgiendo de la hondura sin fin del universo
te veo cruzar el cielo mientras hienden mi ser
las ansiedades místicas y florece este verso
en mi alma, el cual ofrendo con íntimo placer.

Tus aéreos caminos alfombran y embellecen
las gracias más hermosas con lírica emoción,
y a tu paso entreabriendo sus pétalos florecen
las rosas del ensueño, del gozo y la ilusión...

Envuelto entre brillantes y diáfanos cendales
te ve mi alma por el espacio azul cruzar
como un áureo carruaje de los reinos ideales
en el que hacia la gloria quisiera viajar.

¡Surcar cual tú el profundo océano del cielo!...
Por la inmensas bóvedas de Dios volar... volar...
¡Oh, que placer tan hondo!... Desde niño este anhelo
me impide de las dichas terrenales gozar...

¿Lo lograré?... Misterio. Ni ciencia a eso no alcanza
pero aunque estás tan lejos milagro haces en mí,
pues viéndote extasiado florece mi esperanza
y en mi alma canta un ángel diciéndome: ¡Sí, sí!...

¡Que hermosas cosas sueña mi espíritu despierto
viendo como en los cielos te hundes cada vez más!...
Cuando a estos sitios vuelvas de nuevo ya habré muerto,
con estos pobres ojos no te veré jamás...

Ya ves como deliro pensando en nuestra suerte,
este pensar inútil nunca me hace aburrir,
pero esta no es la hora de pensar en la muerte
pues con ánimo alegre te debo despedir.

Inundando los cielos de ensueños y colores
húndete en las distancias que borda la ilusión,
en esta noche hermosa tus últimos fulgores
parecen estar dándome como una bendición.

La soledad del campo, este cerro, la ermita,
el rumor de los vientos combando al olivar
y tu hundiéndote en la profundidad bendita
del cielo, me hacen gozos santísimos gozar.

Y así, bajo este gozo tan íntimo y ardiente
que en este dulce instante abrasándome está,
mirándote parece que lenta y dulcemente
mi espíritu a los cielos elevándose va.

Pero es ilusión sólo... Desde este bajo suelo
tan mísero y pesado, para poder subir
el hombre a las alturas purísimas del cielo
inexorablemente antes debe morir.

Te vas, te vas y ¡oh! qué ansias te asaltarán surcando
las azuladas aguas del mar universal...
Sitios habrá en que veas a los ángeles dando
escolta a las princesas del reino celestial.

En los prados que se alzan entre ocasos y auroras
allá, donde apacenta sus hatos el Señor,
verás a las gentiles y cándidas pastoras
cruzar lanzando al viento sus cánticos de amor...

Viéndote irte los sueños de Dios más peregrinos
cruzan por mi conciencia mientras cayendo van
sobre mi alma en torrente los júbilos divinos
causándome el más hondo y religioso afán.

¡Adiós, adiós cometa!... Por el cielo azulado
te alejas de nosotros como un áureo vapor,
pero antes de perderte en el mar estrellado
mi espíritu te implora que le hagas un favor

y es este: Tú que vives surcando el infinito
ya que hasta su alto trono no puede ir como vos,
este afán que le abrasa tan íntimo y bendito
y que te envía en mi vista, entrégasele a Dios...

Doncellas de mi lugar

CASILDA

Esta hermosa mocita tan cándida y garrida
es dueña de un encanto tan íntimo y gitano,
que al verla entre emociones nos conduce enseguida
a un país maravilloso, espléndido y lejano.

La azucena más nívea y el lirio más lozano
sueñan con los albores de su frente florida,
las perlas con sus dientes y el clavel más galano
con su boquita, rosa de púrpura encendida.

Cuando al ocaso vuelve tras del manso jumento
de lavar, no parece la flor del firmamento...
Los júbilos del cielo relucen en sus ojos.

Y cuando por los campos espiga esta doncella
nos parece una virgen encantadora y bella
llenando de primores los áridos rastros...

SENTIR

Yo siento a la poesía tanto y tan hondamente
que rindiéndola eterno culto debo vivir
con ella veo esta tierra tan yerma floreciente
pues ella me hace el gozo más íntimo sentir.

Desde niño sin calma mi espíritu la siente
y sin poderla entonces con frases traducir,
contemplando los cielos soñaba dulcemente
creyendo a sus palacios magníficos subir.

Ella mis sendas llena de músicas y rosas...
Ella engarza en mi alma las alas poderosas
con las que ansiosa vuela del santo ideal en pos...

Ella la honda amargura que me abruma consuela
y ella en la que en mis éxtasis divinos me revela
la incógnita tan honda y espléndida de Dios...

A LA CASA DE MIS MAYORES

¡Oh, casa de mis mayores
donde transcurrió mi infancia,
donde aspiré la fragancia
del amor de los amores,
donde jamás los temores
de la cruel duda sentí,
donde dichoso viví
mi infancia y adolescencia!
¿Por qué cruel consecuencia
para siempre te perdí?

¿Qué fue de aquel cuarto amado
donde leí tantos cuentos,
y donde en dulces momentos
soñando quedé extasiado?
¿Qué fue del patio emparrado,
de la sala donde estudiaba,
de la cocina templada
donde goce y soñe tanto
y del taller simple y santo
que a todos nos sustentaba?...

¡Cómo en tu hermosa herrería
ante la fragua brillante
se desbordaba anhelante
mi amor y mi fantasía!...
Su fuego ¡cómo encendía
mi juvenil ilusión,
y en su cálido rincón
todo lo malo olvidaba
mientras soñaba y soñaba
con lírica exaltación!...

¿Quién entre tantas venturas
que tus cosas me brindaban
dijera que me esperaban
tantísimas amargas?..
¿Mis tan cándidas y puras
ilusiones quién diría
que una a una mataría
con su letal influencia
poco a poco y sin clemencia
la adversidad más impía?

¿Por qué razón casa mía
Dios que es tan bueno y clemente
a mis padres tan cruelmente
en su vejez heriría?

¿Por qué en la noche más fría
y triste a mi padre el hado
tras de haberle torturado
con la miseria más cruda
le hizo morir sin ayuda
de nadie en un antro ahorcado?

¿Por qué el Señor de los cielos
le impidió que bien muriera,
que eternamente durmiera
junto a sus padres y abuelos?

¿Por qué esos santos consuelos
últimos le negaría?..

Aunque flaquezas tenía
el pobre en su humana esencia,
nunca un final su existencia
tan trágico merecía.

Sin ser un gran virtuoso
en este mundo doliente
era el pobre inteligente,
noble, humilde y generoso,
siempre su óbolo amoroso
socorrió al necesitado,
por eso al verse privado
de justicia en su antro horrendo,
antes que vivir pidiendo
prefirió morir ahorcado.

Aun lleno de insuficiencia
en este valle de horrores
hay quien sólo encuentra honores,
atención, paz y opulencia,
otro en cambio su existencia
siempre ve cruel e insegura,
llena de odio y amargura
y aun siendo un ser peregrino
jamás le brinda el destino
la más ínfima ventura.

Por combatir la mentira
que hoy pasa como verdad,
me hizo la más vil maldad
blanco de su infernal ira;
por no prostituir mi lira
adulando al corruptor
vicio que de hambre y dolor
llena al mundo infortunado,
fui sin clemencia tratado
con implacable rigor.

Hoy con la salud perdida
y en situación tan penosa,
con nostalgia cariñosa
te evoco casa querida,
y en la cruel e inmerecida
derrota en que me veo hundido,
comparando lo que he sido
con lo que anhelaba ser,
la angustia invade mi ser
miserio, enfermo y vencido.

Mis ínclitas ambiciones
las cóleras destrozaron
y las envidias ahogaron
mis líricas ilusiones,
mis místicas emociones
secó el más hondo dolor,
y en un yermo aterrador
áspero, desierto y frío,
me hunde hoy el destino impío
con inclemente rigor.

Nunca más volveré a verte
casa de mi amor perdida
pues lejos de tí mi vida
pronto apagará la muerte;
las lágrimas al hacerte
tan íntima confesión,
caen por mi faz en montón
mientras la nostalgia llena
con sus esencias de pena
mi alma y mi corazón.

Por eso casa adorada,
fiel hogar de mis mayores
donde entre gozos y amores
pasé mi infancia dorada,
donde nunca encontré nada
que me causara pesar,
en mi pena al recordar
tu amplio y seguro aposento
perdido ya, el sentimiento
más triste me hace llorar.

CANCIONES DE SEPTIEMBRE

Al molino lejano
van los muleros
cantando alegremente
por los senderos,
a moler granos
que siembran y recogen
sus nobles manos.

A las viñas frondosas
con cestas bellas
por los llanos caminos
van las doncellas,
cantando hermosas
coplas a por las uvas
tan deliciosas.

Teniendo los cereales
ya recogidos
preparan la vendimia
en sus ejidos
los labradores,
para así hacer los vinos
embriagadores.

Cantando tras los burros
cuyos serones
van llenos de sandías
y de melones,
gente sencilla
desde sus melonares
marcha a la villa.

En carros y tartanas
alegremente
a la feria de Torrijos
va tanta gente,
que cual si fuera
un gran paseo parece
la carretera.

Doncellas de mi lugar

ANA

Tiene el aire de infanta gentil, cándida y bella,
en sus ojos preciosos parece el sol brillar
y en su cuerpo la gracia más honda, pura y bella,
se corona de gloria con su primor sin par.

Cuando se la ve dando el brazo a otra doncella
por los alrededores de las eras pasear,
su hermosura cual astro magnífico destella
haciéndonos con ángeles y vírgenes soñar.

Posee de las auroras sus púrpuras lozanas,
el hechizo de las más bellísimas gitanas
y los maravillosos encantos del amor...

Por eso ante ella todo se embellece al instante
pues de su ser tan clásico, tan bello y cautivante,
se desprende el efluvio más dulce y tentador.

DEBER

Dándome Dios del poeta su don tan peregrino
comprendo que sin calma con celo ardiente y fiel,
debo alumbrar al pueblo su lóbrego camino
y guiarle hacia los órdenes del bien mejor por él.

Hacer alegre y llano su terrenal camino,
transformar los acíbares de su amargura en miel,
y defenderle siempre del mísero y dañino
vicio como igualmente del déspota cruel.

Sin reparar en penas con ansia y alegría
llenar sus grises páramos de gracia y armonía
y con benditas fábulas hacerles florecer,

esto alejado siempre del sórdido comercio
y haciendo a lo mundano olímpico desprecio
es del poeta en la tierra su principal deber.

ROMANCE DE LAS VISPERAS DE SANTIAGO Y SANTA ANA

Entre todas las funciones
de mi pueblo resaltaban
las que se hacían en honor
de Santiago y Santa Ana.
Había otras muy grandes pero,
como estas se celebraban
en pleno estío y las gentes
estando muy atareadas
en recoger las cosechas
del cereal no descansaban
desde San Pedro y jornales
continuos y altos ganaban
todos, como en ninguna otra
por tan principales causas
el popular regocijo
en estas se desbordaba.

Por estos días tan hermosos
la recolección se hallaba
casi al final, los graneros
llenos de granos ya estaban,

en las laboriosas eras
aún se veían grandes parvas,
y si de los principales
labradores aún quedaban
trigales en pie muy pocos
eran, pues las abnegadas
cuadrillas de segadores
que a destajo trabajaban,
por terminar en las vísperas
de estas funciones segaban
venciendo al sueño, de noche
y hasta en la misma mañana
de Santiago, pues estando
en el lugar cuando en andas
le sacaban de la Iglesia
entre el tocar de la banda,
el cántico de sus fieles
y los repiques que echaban
al viento locas de júbilo
las resonantes campanas
en procesión, este santo

querido les perdonaba
el trabajar en tal día
hasta esa hora por tal causa.

Por esto solían verse
segadores que llegaban
curtidos y sudorosos
con sus hoces envainadas
desde los campos al pueblo
en tan hermosa mañana,
los que a prisa por sus calles
dirigíanse a sus casas
alegremente cantando
cual cautivos que tras larga
condena al fin ese día
su libertad recobrarán.

Ya mucho antes de estos días
los pastores, los muleros,
los segadores y todos
los que en los campos tan bellos
dormían durante el verano,
tras de cenar en amenos
corros al pie de sus chozos
tan rústicos y bien hechos,
hablaban de estas funciones
con conmovidos acentos.
Los ancianos mientras liaban
sus cigarros en silencio
retornaban en espíritu
al encantador pretérito,

y muy poco después cuando
liados ya les prendían fuego,
con voz lenta y melancólica
a los mozos y mozuelos
les referían las hermosas
costumbres que había en sus
[tiempos
cuando estas fiestas llegaban
entre ilusiones al pueblo,
costumbres bellas y santas
que, según decían ellos,
nos hacía olvidar el diablo
para así mejor perdernos.

La romería encantadora
que una noche hacían al cerro
de Santa Ana entre canciones
y mil divertidos juegos;
como al verse ante su ermita
impacientes y contentos
llevando grandes antorchas
en el solitario templo
entraban todos cantando
sus cantos, y como luego
tras de elevar de rodillas
ante ella fervientes rezos,
bajándola de su trono
sobre los firmes maderos
de sus primorosas andas
entre santos ornamentos,
las flores más olorosas

y los cánticos más tiernos,
a la luz de las antorchas,
de la luna y los luceros
por su camino amenísimo
la descendían al pueblo
para en su fiesta rendirla
con el mejor sentimiento
entre repiques y músicas
su amor más profundo y férvido;
de los ramos que ponían
tan olorosos y frescos
en las rejas de las mozas
que de amor les tenían ciegos;
de los bailes, de las rondas,
de las fiestas y los juegos,
que eran mejores en todo
según el parecer de ellos.

Después de estas narraciones
en el más hondo silencio
se quedaban contemplando
el soñador firmamento,
donde cual joyas divinas
los astros de áureos reflejos
brillaban sobre la túnica
maravillosa del cielo.
El camino de Santiago
tan níveo y polvoriento
hacia este glorioso santo
desviaba su pensamiento,
y con la emoción más honda

los más principales hechos
de su existencia contaban
hasta que todos, suspensos
se quedaban contemplando
en las alturas del cielo
su hermoso camino como
si en él estuvieran viendo
a ese peregrino santo
que de la gloria saliendo
sobre su caballo, entre
las estrellas y luceros
fuera en gozoso galope
aproximándose al pueblo.

También en las bellas tardes
de estas jubilosas vísperas
llegaba al lugar la banda
que contratado se había,
para amenizar las fiestas
de estos bulliciosos días
la cual, cuando a sus afueras
llegaba tan bien vestida
con sus bellos uniformes,
formaba en cuatro o más filas
y entre el tropel de chiquillos
que a recibirla salía,
a los preciosos acordes
de la Marcha Real, erguida
y marcialmente marchando
con soltura y bizarría,
entraba al pueblo inundándole

de límpidas alegrías.
Vibrantes y jubilosas
las campanas al sentirla
locamente repicaban
llamando a la gente a vísperas,
infinidad de cohetes
rasgando las suaves brisas
rápidos y siseantes
al alto cielo ascendían
hasta que al fin explotaban
lanzando un sin fin de chispas
mientras por todas las calles
la gente a la Iglesia iba
entre repiques y músicas
con la mayor alegría.

¡Oh, qué repiques tan
[mágicos!...
¡Qué músicas tan divinas!...
Al sentirlas todos, todos

de gozo se estremecían
y en los corazones jóvenes
como rosas peregrinas
plenas de frescura y gracia
y de fragancias dulcísimas,
las ilusiones más áureas
y espléndidas florecían,
mientras sus almas se ahogaban
de felicidades místicas...

¡Fiestas de Santiago... fiestas
de Santa Ana, el alma mía
hoy henchida de nostalgias
y de emociones santísimas,
dedica este romance
a vuestras azules vísperas,
y las siguientes estrofas
a vuestros dorados días
en los que gocé de niño
las más santas alegrías...

SANTIAGO Y SANTA ANA

Mi pueblo estas fiestas espera abrasado
de gozo porque ellas las mayores son,
días antes queda todo enjalbegado,
fresco, hermoso, alegre, limpio y preparado
para festejarlas con gran devoción.

Desde el Carmen cortan telas y tejidos
sastres y modistas casi sin cesar,
haciendo los nuevos y hermosos vestidos
que las mozas guapas y mozos garridos
en estas funciones deben estrenar.

Sus ansiadas vísperas llegan desbordando
su gozo tan hondo, tan puro y cordial,
que se hace inefable por su bondad cuando
en él al fin entra la banda tocando
los bellos acordes de la Marcha Real.

Estallan los cohetes, vibran las campanas
llamando a las vísperas con su alegre son
y al punto por todas sus calles tan llanas
marchan a la iglesia sus gentes cristianas
tocadas con velo, mantilla y mantón.

De las eras bajan los carros cargados
con costales llenos de trigo candeal,
que al granero llevan los mozos honrados
cantando esos cantos tan bellos y alados
que caracterizan al tiempo estival.

Otros nobles mozos la plaza arreglando
están para el baile que en ella se hará,
y el electricista los arcos, tratando
que al llegar la noche ya estén alumbrando
el Ayuntamiento que a su frente está.

Al anochecido ya empieza la gente
a pasear la plaza con curioso afán,
las calles se animan y gozosamente
por ellas en busca del agua a la fuente
con sus bellos cántaros las mocitas van.

Cuando ya en la noche cesan las labores
se cena en los patios con animación,
y al final cambiándose con ropas mejores
todos olvidando penas y dolores
marchan a la plaza llenos de ilusión.

Puertas y balcones del Ayuntamiento
de luz resplandecen con vivo fulgor,
la banda a su frente ya está en movimiento
preparando atriles mientras el contento
público se hace cada vez mayor.

Ya lista la banda, de pronto tocando
su música alegre lanza y al oír
sus sonos los jóvenes bailan y ¡oh! bailando
deliciosamente sueñan hasta cuando
tras la última pieza se van a dormir.

Al abrirse al otro día la mañana
como una brillante rosa celestial
que a todo ilumina y a todo engalana
la banda de música tocando diana
desfila en el pueblo con paso marcial.

¡Llegó al fin Santiago!... Jubilosamente
el pueblo despierta en su amanecer
y después que almuerza inmediatamente
para ir a la Misa se pone la gente
sus ropas mejores con ansia y placer.

¡Oh, que áureas mañanas tan maravillosas!...
Sándalos y albahacas las llenan de olor,
los vientos se inundan de risas gozosas,
los cielos de gracias, las almas de rosas
y los corazones cándidos de amor.

Tocan las campanas con gran alborozo
llamando a la Misa que se va a officiar,
y hacia el Templo marchan el niño y el mozo,
ancianos y adultos radiantes de gozo
por las coloridas calles del lugar.

La Iglesia inundada de luces y flores
está como nunca hermosa y al són
del órgano, en ella de honras y honores
colman a Santiago sus adoradores
rezándole hincados con gran devoción.

Después en la tarde cuando los tesoros
más puros le ofrendan de su corazón,
con gran pompa entre repiques sonoros,
músicas y cantos de cándidos coros
le sacan del Templo en la procesión.

Así entre las galas más puras y hermosas
pasea por el pueblo Santiago el Mayor,
y al cruzar sus calles mil manos gozosas
le cubren de sándalos, claveles y rosas
en raptos sublimes de infinito amor.

Enfermos y ancianos lastimosamente
salen a las calles y al verse ante El,
humildes le ruegan fervorosamente
unos que les haga morir buenamente
y otros que les sane de su mal cruel.

En algunas de ellas sucios y extenuados
se ve a segadores que en regreso atroz
vuelven de los campos, los cuales hincados
mirándole rezan teniendo a sus lados
su hato y su perro y en la mano la hoz.

Al pasar ya todos, detrás de El marchando
aunque su cansancio es abrumador,
con su hato, el perro y la hoz, rezando
le acompañan hasta la Iglesia ofrendando
así al santo amado su profundo amor.

Después en la plaza ya la banda frente
al Ayuntamiento con su propiedad,
tocando una pieza jubilosamente
da comienzo al baile que la joven gente
estaba esperando con dulce ansiedad.

Los mozos que desde las fiestas lejanas
de san Pedro Apóstol no han vuelto ha tener
estas diversiones tan gratas y sanas,
pronto con las mozas bellas y galanas
a bailar empiezan con ansia y placer.

¡Que alegría en la plaza, que escenas tan bellas
forman con sus gracias bailando así al son
de la alegre banda las lindas doncellas
y los mozos cándidos y guapos con ellas
trémulos de gozos, de amor e ilusión!...

Muchos no pudiendo contar sus amores
a la hermosa reina de su corazón,
suplican al Santo ánimos mayores
mientras las mocitas viendo sus temores
gozan en secreto con su turbación.

Uno al fin venciendo a su azoramiento
logra a una mocita confesar su amor,
y al escuchar ella su trémulo acento
el gozo tan hondo que en ese momento
siente su alma, inunda su faz de rubor.

Cuando ellos a ellas convidan gozosos
con dulces, helados o almendras, pagar
todos al instante quieren generosos
con aquellos duros tan limpios y hermosos
que tan noblemente supieron ganar.

Entre un mar de gracias, gozos y colores,
el baile prosigue su función ante él,
sueñan con nostalgia las gentes mayores
mientras los chiquillos alborotadores
corriendo en su torno juegan en tropel.

De ocho a diez entre alegres canciones
se suspende el baile para ir a cenar,
y al final de esto bajo los balcones
del Ayuntamiento de nuevo los sonos
de la banda vuelven con gozo a vibrar.

Otra vez la plaza se colma de gente
y en ella los jóvenes al alegre son
que la banda expande tan ruidosamente
nuevamente bailan jubilosamente
sintiéndose ahogados de amor y emoción.

Un pastor que al pueblo viene solamente
para estas funciones y la Navidad,
cuenta a una mocita fervorosamente
el amor profundo que por ella siente
mientras van bailando con dulce ansiedad.

Dice que en los campos su gentil figura
se le representa como una visión
de la gloria, y trémulo de amor y ternura
con la voz más honda de su ser la jura
que ella es en el mundo su única ambición.

Y agrega mirándola como si extasiado
le fuera dejando su hermosura en flor:
Si tu amor me niegas seré un desgraciado,
y ella ante ese ruego tan apasionado
calla y tiembla abogándose, de gozo y rubor.

Un zagal que en tierras de Madrid segando
a estado a otra moza ruega su querer,
desde hace ya un año la está cortejando
y ésta al fin rindiéndose a su amor, temblando
le da el sí colmándole de gloria y placer.

Los chiquillos juegan jubilosamente
prestando a la fiesta más animación,
y en torno del baile la madura gente
mirando a los mozos, momentáneamente
calman la nostalgia de su corazón.

Allá por los campos los viejos pastores
que solos, del hato esa noche son
sus guardias, recuerdan con hondos amores
la historia tan llena de hechos redentores
de Santiago el Santo y Nacional Patrón.

Y entre los balidos de sus ovejitas
junto al perro amigo en su soledad,
contemplando el cielo y olvidando cuitas
sienten que les hienden alegrías benditas
recordando el tiempo de su mocedad.

Pasada esa noche llega el día siguiente
que es el de Santa Ana, con igual fervor
sigue el pueblo en fiesta tan alegremente
rindiéndola todos religiosamente
como, al Santo Apóstol su profundo amor.

En procesión bella la sacan cantando
cánticos sublimes de la banda al son,
y como al Apóstol igualmente cuando
cruza por el pueblo, la van arrojando
sándalos y flores con gran devoción.

Vuelan los cohetes... Ríe el sol... Los vientos
llevan los repiques de la Santa en pos
que sueña escuchando los dulces acentos
de las oraciones y ¡oh! en tales momentos
hienden a las almas los gozos de Dios.

Cantando regresan a la Iglesia hermosa,
dejan a la Santa entre el resplandor
de su trono y luego la gente gozosa
tras besar su manto marcha presurosa
donde se hace el baile público en su honor.

De nuevo en la plaza empiezan las danzas
y otra vez los jóvenes gozan al oír
a la banda entre arcos de áureas esperanzas
las más deliciosas y hondas venturanzas
que pueda el humano corazón sentir.

Pásase la tarde...La azul noche llega...
¡Ay! que pronto todo se va a terminar!...
y la gente moza que al baile se entrega
sintiéndolo en su alma hondamente ruega
al tiempo impasible que deje de andar.

Este es sordo y sigue su marcha serena
y ¡oh! la jota clásica cuando las dos son,
con su hermosa música el espacio llena
la que todos bailan con profunda pena
por ser ella el término de la gran función.

Esa gente moza ¿qué es lo que no haría
por poder de nuevo las vísperas oír?..
La banda se marcha y sin alegría
con el alma henchida de melancolía
silenciosamente se va ella a dormir.

Y ¡oh! esa noche en medio de sus aflicciones
tan profundas huyen de la realidad,
en hermosos sueños a bellas regiones
donde realizadas ven sus ilusiones
entre áureos marcos de felicidad.

¡Que triste y feo todo ven al día siguiente
que es el melancólico de San Pantaleón!...
En él ven la vida árida y doliente
y dormir quisieran permanentemente
por seguir gozando su azul ilusión...

Después recordando que está cerca el día
de la Santa Virgen y que han de volver
a ser los domingos fiestas, la alegría
borra poco a poco su melancolía
y dichosos vuelven nuevamente a ser.

!Oh, fiestas preciosas que en mi edad de oro
gozar tanto hicisteis a mi corazón!...
Con amor tan vivo y hondo aún os añoro
que ahora al recordaros tiemblo, sueño y lloro,
sintiéndome ahogado de amor y emoción...

Doncellas de mi lugar

FUENCISLA

Posee esta mocita tal don que en su presencia
las ansias más sublimes brotan del corazón,
pues su gracia y su gozo inundan la existencia
de júbilo, de ensueño, de amor y de ilusión.

Su rostro es una rosa de encantadora esencia,
luceros de la gloria sus bellos ojos son,
y en su cuerpo armonioso se corona la ciencia
más clásica y más pura del rey de la creación.

Cuando del campo vuelve tan guapa y resalada,
parece una princesa preciosa disfrazada
de cándida aldeana y ¡ay! tanto hace soñar,

que se envidian los dones del arte milagroso
pues al verla quisiéramos con fervor religioso
en mármoles o en lienzos su gracia eternizar...

LAS ESPIGADORAS

En las bellas mañanas al campo floreciente
van las espigadoras a espigar y espigando,
en los amplios rastrojos y bajo el sol ardiente
recogen las espigas que en ellos ven cantando.

Así abnegadamente prosiguen hasta cuando
ven sus talegas llenas que entonces prontamente,
por sendas y caminos a prisa caminando
regresan al pueblito charlando alegremente.

Ya en sus casas con mazas a las espigas trillan,
después frente a sus puertas junto a ellas se arrodillan
en la calle y contentas tan solo con sus manos,

levantando y soltando los trillados montones
muy pronto y hábilmente entre alegres canciones
limpios de polvo y paja dejan los áureos granos.

Romances de mis amigos

FLORENCIO

Florencio era un noble y llano
muchacho de los mejores,
hijo de unos labradores
dueños de un pasar mediano.

a la era de este muchacho
subía radiante de gozo
a merendar en su chozo
el fresco y rico gazpacho,

Como muy cerca vivía
de nuestra casa, en aquellos
tiempos tan gratos y bellos,
la mayor parte del día.

entre el griterío que alzaban
los renegridos chiquillos
cantando sobre los trillos
conque las mieses trillaban.

Ambos juntos la pasábamos
en nuestras casas jugando
o en el colegio estudiando
en la sección donde estábamos.

Tardes henchidas de amores
que jamás olvidaré
pues en las mismas gocé
las alegrías mejores...

Muchas veces presuroso
por las calles silenciosas
en las tardes calurosas del
estío tan luminoso,

DOMINGOS DEL ESTIO

En los claros domingos
del estío cuando
sus tardes luminosas
van declinando
!oh, que fiesta en las eras
hay de colores,
que cuadros tan hermosos
y encantadores!...
Todo es contento
en ellas, gracia, gozo
y movimiento.

Sus aires están llenos
de resonancias,
de cánticos, de risas
y de fragancias
de cebadas y trigos
recién cortados
y como los recreos
están cerrados,
por eso ellas
no pueden estas tardes
estar más bellas.

Cantando alegremente
sobre los trillos
trillando las espigas
van los chiquillos.
Paséanse charlando
en torno de ellas
señores, artesanos
y las doncellas
que ideales rosas
parecen del ocaso
por lo preciosas.

Vuelan por ellas de aves
grandes bandadas
y los muleros cantan
dulces tonadas,
arreglando las parvas
y los pajeros,
o yendo a encerrar granos
a los graneros,
Y en tales horas
están las amplias eras
encantadoras...

ROMANCES DE MIS NOSTALGIAS

Evadiéndome del triste
presente, soñando echo
a andar por los peregrinos
campos del feliz pretérito.
Tarde plácida de otoño
me invita a dulces paseos,
y por sus floridos prados
como un peregrino lleno
de lírico afán, soñando
con bellas cosas me pierdo.
¡Qué hermosa se me presenta
la tarde en este momento
y todo aquello que miro
en este pasear ameno
que emprendo esta tarde diáfana
por los campos de mi pueblo!...
El olor tonificante
de tomillos y romeros,
cómo impregnan de estas tierras
los coloridos pañuelos
que bordan con sus arados
los labradores contentos...

Mozos que labráis cantando
los olorosos barbechos
hasta cuyas lindes solo
andando y soñando llego,
parad las yuntas, las negras
petacas sacad, liemos
un cigarro de ese fuerte
tabaco que tenéis, luego
contadme vuestros amores,
vuestras ansias, vuestros
[sueños,
yo os escucharé fumando
en respetuoso silencio
con la atención más profunda,
pues de vuestras charlas quiero
como de la flor la abeja,
con el mejor sentimiento
sacar zumos y hacer mieles
para el espíritu: versos.
¿Qué quién soy yo?
¡Oh, nobles mozos!
¿Deseáis de verdad saberlo?

Si os extraña en esta tarde
verme así, tan triste y serio
caminar por estos campos
en solitario paseo
os lo diré: No os asombre.
Yo soy en este momento
el espíritu o la sombra
de un poeta hijo de este pueblo,
que de él se fue siendo niño
sin saber por qué, muy lejos.
Pero ¡ay! el amor profundo
que siente por estos predios
lejos de extinguirse crece
con las distancias y el tiempo.
El corrió por estos campos
viviendo líricos sueños,
él subió al caer las tardes
a ese peregrino cerro
de la ermita de Santa Ana
para ver más grande el cielo,
y en vísperas y funciones
al campanario subiendo
él repico tembloroso
de místico sentimiento
las campanitas aquellas
que hay en la torre del
[templo...
Estos campos son el nido
de sus más dulces recuerdos
y como más no ha de verles,

como está pobre y enfermo
muy lejos de aquí, deseando
con sus inspirados versos
antes de morir cantarles
con sus más hondos acentos,
a recorrerles me envían
su alma y su pensamiento.

Miráronme enternecidos
los arrogantes mancebos
y con asombro mirándome
un largo rato estuvieron
y al fin, con profunda lástima
y amor a mi afán cediendo,
dejaron de arar, sacaron
pronto sus petacas, liemos
un cigarro y encendiéndole
con la yesca nos sentemos
sobre una linde alfombrada
con fresco y fragante heno,
y fumándole sin prisa
estos mozos de mi pueblo
confesiones ¡ay! tan cándidas
y tan hermosas me hicieron,
que si lograra expresarlas
como las oí con mis versos,
¡cómo se deleitarían
los que en tranquilos momentos
pudieran al caer las tardes
frente a los campos leerlos!...

Doncellas de mi lugar

CONCEPCIÓN

Es guapa y seductora como una pitonisa
de aquellas que existieron en la Grecia inmortal,
tiene un rostro hechicero y sobre él su sonrisa
brilla como una perla del reino celestial.

Su cuerpo esbelto envidian la palmera y la brisa,
su voz resuena como una música ideal,
y cuando con el velo tocándose va a misa
nos parece la virgen más espiritual.

Los mágicos luceros de sus ojos si halagan
con néctares de ensueño el alma nos embriagan
y su encanto es tan hondo, tan puro y tentador,

que al verla tan sencilla, tan simpática y bella,
creemos firmemente que avaro esconde en ella
sus mieles más balsámicas y dulces el amor.

PROPIEDAD

Yo tengo un reino blanco y azul en otro mundo
más aéreo, más bello, más lírico y mejor,
que este tan desdichado, tan bárbaro e inundo
que rigen la injusticia, el azar y el dolor.

En él el pensamiento benéfico es fecundo,
se ignora en absoluto al vicio corruptor,
unge a todos sus seres un júbilo profundo
y es su ley la justicia, la virtud y el amor.

Cuando en esta existencia tan árida e impura
el mísero pecado me oprime y me tortura
cierro mis tristes ojos y élévome hasta él,

donde al punto de verme con íntima ternura
colmándome de bienes consuelan mi amargura
los ángeles más bellos con bálsamos de miel.

CANTARES DEL MOZO TRISTE

Sírveme buen tabernero
del mejor vino un azumbre
porque con tu vino quiero
olvidar mi pesadumbre.
Pronto alcánzame una jarra
del mejor, dos cajetillas de

[tabaco,
las cerillas una copa y la
[guitarra.

No te asustes ni rías si
digo aquí algún desatino,
échale la culpa al vino
y ten lástima de mí.
Porque no tengo dinero
me negó su amor la moza
que más que a mi vida quiero.

Para calmar los pesares
que da el amor y el destino,
dicen que no hay como el vino,
el tabaco y los cantares.

Sé como el simple cantar
mariposita del cielo
que del profundo pesar
nace dándole consuelo
cuando este le echa a volar.

¿Estás solo y triste? canta,
fuma, bebe y sin demora
sentirás que se evapora
la pena que te quebranta.

De tontos es el querer
con la mezquina razón
los problemas resolver
que atañen al corazón.

Sólo bebiendo y cantando
puedo olvidar esta cuita
tan cruel que me está
[matando.
como una espina maldita.

¡Ay! cuando el dardo dañino
del desdén se hunde en el alma
como un puñal asesino,
sólo su dolor se calma
con cantos, tabaco y vino.

¡Oh, Dios, que angustia sentí
cuando esa noche en su reja
con otro hablando la vi!...

En tan horrible segundo
como tanto la adoraba,
mi dolor fue tan profundo
que creí que todo el mundo
sobre mí se desplomaba.

Quedé aturdido y sin luz
lo mismo que Cristo cuando
murió clavado en la cruz.
Sintiéndome aborrecido
por ella, tendré que huir
de este lugar tan querido
sino quiero consumido
de pena y de amor morir.

El vino y el canto son
bálsamo infalible para
las penas del corazón.

¿Para qué sentir y amar,
ser justo, sensible y fiel,
si al mundo rige el azar
más ciego, injusto y cruel?

Ayer condenaba al santo
al vil tormento del potro,
y a mí hoy por quererla tanto
a verla feliz con otro.

¿Que de mí se ríe la gente
por quererte de este modo?
Bebiendo y cantando todo
para mí es ya indiferente.

Puedes seguir despreciando
las súplicas de mi amor
tan hondo, porque fumando,
bebiendo vino y cantando
no me hace mella el dolor.

Doncellas de mi lugar

CARMEN

Su pelo es cual la fronda del ébano fragante,
su boquita una joya de púrpura y coral,
y el color rosa pálido que luce en su semblante
revela su alma. noble, tierna y sentimental.

Cuando con la mantilla tan guapa y elegante
va a misa en los domingos y días de fiesta, es tal
su hechizo, que la gracia más honda y cautivante
envidia su hermosura tan honda y natural.

Por yo no sé que dulces y milagrosas magias
al verla en los ocasos de líricas nostalgias
inunda nuestras almas haciéndolas soñar,

con lejanos países espléndidos, divinos,
a los que alegremente por plácidos caminos
se cree entre un son de risas y cánticos llegar.

OTOÑO

Nostálgicos cantares cantan lasavecillas,
desierto queda el campo de júbilo y verdor
mientras que lentamente sus hojas amarillas
los árboles desprenden con íntimo dolor.

Parece que más tristes suenan las esquillillas
de las yuntas, que todo perdiera su color,
de frío van marchitándose las tiernas florecillas
y hasta el aire suspende su lírico rumor.

Sopla el ábrego y mudos los simples campesinos
andan apresurados los áridos caminos
llevando en sus espaldas de leña un seco haz,

y mientras el sol se hunde tras las sierras lejanas
melancólicamente elevan las campanas
el ángelus como una triste oración de paz...

PREAMBULO

En la larga y triste ausencia de los añorados predios donde un día nací y mis años más felices transcurrieron, cuando mis ánimos eran grandes, profundos y recios, y ante los grandes obstáculos se agigantaba mi aliento, muchas, pero muchas veces al recordar a mi pueblo soñaba que siendo anciano digno, tranquilo y contento, como tanto lo deseaba volvía en dichoso regreso a vivir en él sin penas rememorando el pretérito, hasta el día que me llevara Dios dulcemente a su seno.

Confieso sinceramente que este gratísimo sueño me causaba honda alegría redoblando al mismo tiempo

en mi espíritu los ánimos para realizarle. Lleno de gozo durante el mismo sin ningún aviso previo me veía en él entrando una tarde del buen tiempo causando con mi presencia de extemporáneo viajero de curiosidad y asombro el más vivo sentimiento.

Primeramente me iba desde la plaza a su Templo para dar al Señor gracias porque al fin anciano y lleno de honor como tanto ansiara, me hacía volver a mi pueblo y después que a Dios rezaba con profundo amor, saliendo de la Iglesia ya, sus calles recorría en grato paseo saboreando las mieles de los felices recuerdos,

y haciendo a sus habitantes preguntas de antiguos tiempos que intrigaban sus espíritus más sobre mí y el objeto de mis paseos tan extraños por los lugares del pueblo. Y así seguía y seguía resucitando los muertos gozos que tanto en mi infancia soñar y gozar me hicieron con su deliciosa esencia, causando en el pueblo entero la curiosidad más grande, hasta que otra vez volviendo a su amplia y alegre plaza después de tomar asiento en el poyo que en su puerta tenía el mesón del tío Pedro, a los que me rodeaban me hacía conocer, diciendo hondamente conmovido con amorosa voz esto:

Yo soy paisanos aquel chiquillo alegre y travieso hijo de la tía Natalia y Saturnino el herrero que su animada herrería y el taller de carretero en la calle de la Olla tenía en los antiguos tiempos. Yo soy aquel muchachito tan revoltoso e inquieto, que hace más de cincuenta

años se fue de su natal predio a correr mundo impulsado por el peregrino anhelo de conquistar honra y gloria con sus virtudes y méritos, y el que por fin hoy ya anciano regresa al querido pueblo como tanto lo soñara con el único deseo de vivir hasta su muerte en él tranquilo y contento.

Esto soñé muchas veces cuando me encontraba pleno de juventud, de ilusiones, de fuerza y ánimo, pero después ya cuando el destino más implacable y adverso quitándome salud y ánimos me hundió en el doliente yermo de los fracasos más tristes y lastimosos, sabiendo ya que imposible me era volver gozoso y sereno como lo había deseado tanto, en tan infausto tiempo volví a soñar muchas veces que regresaba a mi pueblo pero ¡ay! no alegre y con honra sino de lástimas lleno, triste, pobre y derrotado, como lo hace el misionero que en este Ocaso Invernal pintan mi pena y mis versos.

OCASO INVERNAL

Es un frío atardecer de invierno. El cielo cubren nubes grisáceas. Parece el campo un vasto páramo. En su suelo como un arbusto lánguido florece solamente la gran melancolía que le llena. Los búfalos del viento mugiendo en tumultuosa algarabía corren ciegos por él. Al firmamento el frío hace tiritar. Tras nubarrones rojos el sol va hundiéndose. La pena con sus tristes y pálidas visiones desfila por sus límites. Serena calma a todo invadiendo va. Callados vuelan cuervos fatídicos. Ligeros y en sus gruesas bufandas arropados regresan al lugar los jornaleros sin palabras ni cánticos. Ni un trino de los pájaros se oye. Tierra y cielo están tristes y fríos. En un espino impasible e impávido un mochuelo mira mudo quién sabe qué. Las ruinas de los pétreos castillos tan calladas

surgen entre las pálidas neblinas
cual fúnebres mansiones habitadas
por dolientes espíritus. La sierra
lejana coronándose de nieve
pavor causa en el ánimo. Aterra
tanta desolación. La bruma leve
resbala por la ermita primorosa
dándola el triste y peregrino encanto
de un refugio ideal. Todo reposa
en profundo sopor. El Camposanto
que se va entre las nieblas esfumando
alza oscuros cipreses que semejan
gigantes monjes místicos rezando
a Dios por las virtudes muertas. Dejan
lentamente de oírse la esquilas
de yuntas y rebaños que al encierro
van del cómodo establo. Las tranquilas
tierras corre ladrando un pobre perro
con íntimo dolor. El pueblo extiende
sus casas por el valle confiado
y desde éstas por su chimenea asciende
al cielo un humo trémulo. Callado
y tranquilo gozando está el consuelo
hogareño que tan grato es. Nada
turba su paz beatífica. Hasta el cielo
llega la paz tan fría e inturbada
de este instante solemne. Las campanas
como un rumor de santas oraciones
lanzan desde su torre las cristianas
melodías del ángelus. Sus sonos
extasían y extendiéndose en los vientos
como un coro de ideales alabanzas,
inunda los profundos aposentos
del alma con divinas esperanzas...

Como un interrogante del destino
ante estos cuadros del paisaje eterno,
haciendo un breve alto en su camino
se detiene un anciano peregrino
en este triste atardecer de invierno.

Su porte es venerable. Honda tristeza
revela en su nostálgica mirada,
le platean las canas la cabeza
y en su estampa de clásica belleza
se adivina una vida infortunada.

Trae en su espalda un zurrón. Pobreza noble
nos revelan sus ropas al instante,
la expresión de su rostro un alma innoble
y en un nudoso báculo de roble
apóyase el austero caminante.

En escena tan triste e insegura
así tan solitario y abatido,
nos hace imaginar con su figura
a un genio bondadoso sin ventura
o a un apóstol heroico vencido,

que sintiéndose ya en su triste ocaso
presa indefensa de la adversa suerte,
doliéndole en el alma su fracaso
sin ánimo y sin fuerza, paso a paso
fuera buscando sin temor la muerte.

Apoyado en su báculo nudoso
el noble y desdichado peregrino
queda inmóvil mirando silencioso
el paisaje desértico y brumoso
desde lo alto del árido camino.

Sigue así un largo rato abstraídamente
y cuando con su velo ya han nublado
las lágrimas su vista totalmente,
después de suspirar profundamente
con íntima emoción, el desdichado,

el mísero zurrón deja en el suelo,
enjuga el llanto fiel que por sus ojos
verter le hace el más hondo desconsuelo
y con férvida voz mirando al cielo
exclama así poniéndose de hinojos:

¡Por fin antes de mi muerte..
en este atardecer frío
logro nuevamente a verte.

Vuelvo a ti pueblo querido
entre amarguras y abrojos
con lagrimas en los ojos,
anciano, pobre y vencido.

¡Pueblito de mi cariño!
¡Templo de mi devoción
donde henchido de ilusión
tanto gocé siendo niño!

Vuelvo en mi mísera ruina
cuando mis ansias se embotan,
mis resistencias se agotan
y mi existencia declina.

Vuelvo a verte nuevamente
pero no como anhelaba
sino porque ya se acaba
mi vida míseramente.

Tan grande fue mi fracaso
y tan próximo me siento
ya de mi último momento,
que en este invernal ocaso,

Vuelvo sin dicha y sin calma
trayendo del mundo impío
cansancio en el cuerpo y frío
y desaliento en el alma.

con mis lágrimas regando
el camino tristemente
y por él tan solamente
pena y lástima inspirando.

Vuelvo de canas cubierto
el último adiós a darte
porque Dios en cualquier parte
me dejará pronto muerto.

Con tan profunda pasión
quise hacerte esta visita
final, que solo aún palpita
por ello mi corazón...

Hace corta pausa, mira
al pueblo que tanto ama,
se enjuga el llanto, suspira
y así nuevamente exclama:

¡Oh, pueblo mío!... ¡Dulce nido
de mi amor más hondo y santo
donde niño gocé tanto,
con qué anhelo tan sentido

salí de ti alegremente
en mi juventud florida
con la ilusión encendida
y el corazón impaciente

de alcanzar con la labor
más ímproba y meritoria
la merecida victoria
que me llenara de honor.

En aquellos claros años
de la joven vida mía,
cuando aún desconocía
las penas y desengaños

que da este mundo traidor
a aquellos que en su bregar
solo saben emplear
a la verdad y al amor,

e ignoraba a la venganza,
a la envidia y al egoísmo,
porque todo era altruismo,
gozo, fuerza y confianza.

¡Con cuanto fervor mi alma
luchó contra el enemigo...
¡Dios, Dios tan solo es testigo
de que intrépido y sin calma

ansiosa y gozosamente
contra las fuerzas del mal,
en combate sin igual
luché denodadamente

porque el amor, la verdad
y la justicia triunfaran,
y al fin sin mengua reinaran
en la humana sociedad.

En la más noble actitud
viví siempre combatiendo
y únicamente esgrimiendo
el mérito y la virtud,

ansioso de conquistar
con el amor más profundo
en los combates del mundo
el triunfo más ejemplar,

para al ser viejo poder
aunque no tuviera un real,
a ti pueblito natal,
con alegría volver,

y entonces tranquilo en ti
hasta mi final vivir,
pues siempre quise morir
en el lugar que nació...

Pero todo lo contrario
conseguí en el mundo, en él
el destino más cruel
tras de un trágico calvario

en el cual con desengaños
acosándome inclemente
me hizo el vil inútilmente
gastar mis mejores años;

en el cual mis ambiciones
ahogó con manos brutales
y mis líricos ideales
con las más viles traiciones,

a ti pueblito adorado
me hace sin piedad volver,
en este frío atardecer viejo,
pobre y derrotado.

El anciano bondadoso
hondamente conmovido
mirando al pueblo querido
vuelve a quedar silencioso.

Digna es su hermosa figura
en tal sitio arrodillada
de quedar eternizada
en bronceína escultura.

Pues en el triste escenario
en que se encuentra actuando,
parece un genio expirando
en un yermo solitario

triste y resignadamente
entre infinitos dolores,
tras de sufrir los rigores
del hado más inclemente.

Su alma de emoción se anega
mirando al pueblito amado,
suspira y como abrasado
de amor, tristemente agrega:

Con una pena infinita
y amargos llantos vertiendo,
vuelvo a ti como cumpliendo
una promesa bendita.

Vuelvo sí esta tarde a darte
mi última despedida,
pues con el alma abatida
volveré pronto a dejarte

para no volver a verte
ya nunca más, pues presiento
que está cercano el momento
de mi miserable muerte.

Quedarme en ti es imposible
pues mi derrota humillante
me obliga a vivir errante
con el dolor más horrible.

Vuelvo a ti sólo un instante
a embriagarme en tu calma
y despertar en mi alma
aquel gozo tan radiante

que cuando niño en tu asilo
me hacía la ilusión sentir,
para así poder morir
lejos de ti más tranquilo.

Haciéndome la ilusión
de que volveré a ser niño,
de que el místico cariño
de nuevo en mi corazón

hará florecer aquellas
rosas de santa fragancia
que me llenaron la infancia
de gozos, gracias y estrellas,

rememorando mis cosas
más gratas con alegría
iré esta noche tan fría
por tus calles silenciosas.

Y ¡oh! al revivirlas gozando
sus inefables venturas,
con mis lágrimas más puras
las regaré suspirando,

sintiendo que la emoción
de Dios más dulce y ardiente
me inunda torrencialmente
el alma y el corazón...

Por eso, sólo por eso
con el pesar que me embarga
tras de mi ausencia tan larga
vencido y viejo regreso.

¡Vencido y viejo!... ¡Que horrible
y triste fue mi fracaso!...
El mundo no me hizo caso
y aún me parece imposible

que no tuvieran mejor
destino los pensamientos
y líricos sentimientos
que me inspiraba el amor;

que en él pasara los años
cultivando ¡oh, Dios! las rosas
más delicadas y hermosas,
sin ver que los desengaños

más pérfidos y crueles,
cuando más bellos estaban
invadían y destrozaban
con torpe afán mis vergeles,

secando así los preciosos
huertos que Dios puso en mi alma
en los que hozaban sin calma
como cerdos repugnantes...

La honra siempre me impidió
armas viles empuñar
y por eso, al no triunfar
el mundo me desprecio.

Por ello aunque estoy vencido,
viejo y pobre, si volviera
a nacer aquí quisiera
volver a ser lo que he sido.

¡Mas que importa! Mi conciencia
en hondo y sereno juicio,
aprueba el noble ejercicio
que hice en él de mi existencia.

Que en el terrenal trajín
como bien sabe el cristiano,
nunca mártir se es en vano
y por lo mismo, tal fin

es el destino mejor,
más bello y santo que el ser
humano pueda tener
en este mundo traidor.

Vuelve a quedar callado el caminante
que de tantas angustias y ansias sabe
cual pensando hondamente, y es tan grave
la expresión que así adquiere su semblante
cual si viera en tan crítico momento
a Dios en el confín que está mirando
o el misterio del vasto firmamento
ante él se estuviera revelando,
haciéndole olvidar con la hermosura
que adquieren sus secretos revelándose,
la profunda y tristísima amargura
en que su alma apostólica está ahogándose.
Pásase al fin la mano por la frente
cual si de un hondo sueño despertara,
y mirando al pueblito cual si hablara
con su espíritu, agrega tristemente:

¡Ya estoy aquí pueblo mío!...
Pronto en ti entraré temblando
y al mismo tiempo rezando
en este anochecer frío.

Tu hidalga y tranquila gente
desde su cómodo abrigo
me verá como a un mendigo
anciano, triste y decente.

Y cediendo a la nobleza
de su alma incontaminada,
sintiéndose impresionada
por mi profunda tristeza,

pasar me hará a sus cocinas
donde en las eras pasadas
en las amenas veladas
gocé dichas peregrinas.

Y ¡oh! entre esas sencillas gentes,
antiguos amigos míos,
se desbordaran en ríos
mis lágrimas más ardientes.

Y dándome con su mano
limosna larga y bendita,
me dirán con infinita
pena: ¿Por qué estás llorando?

Tratando de adivinar
al mirarme compasivos
aunque en vano, los motivos
que ante ellos me hacen llorar.

Poco después ya sin darme
a conocer ni decirles
la verdad, tras de mentirles
de allí volveré a alejarme

abandonando el solaz
de sus hogares honrados,
dejándoles intrigados
con mi visita fugaz.

¡Pues no seré conocido
no, no!... ¿Quién ha de acordarse
de aquel mozo que al marcharse
a correr mundo movido

por ideales sentimientos
aquella estival mañana
tan jubilosa y galana
en que riendo los vientos

con sus labios tembladores,
mientras los trigos ondeaban
besándonos nos brindaban
los bálsamos de las flores,

cuyos pétalos se abrían
gozosa y líricamente
mientras los cielos de oriente
con púrpuras se vestían,

y entre rumores de esquilas,
ladridos, cantos y trinos,
los dóciles campesinos
en las campiñas tranquilas,

con yuntas, hoces y azadas,
empezaban sus labores
mientras los simples pastores
cantando abrían las majadas

ebrio de ilusión gloriosa
e hincado así en este suelo
mientras contemplaba el cielo
con su voz más fervorosa

y rediles, de los cuales
los corderitos balando
salían corriendo y saltando
cual jóvenes colegiales,

juró abrasado de amores
no volver jamás a verte
sino era para traerte
altos ejemplos y honores?...

llenándose en tal momento
el bello campo enseguida
como naciendo a la vida
de luz, gracia y movimiento,

Como hace ya tanto que
por dar un cambio a mi vida
de esta región tan querida
en mala hora me ausenté,

nadie, nadie en ti pueblito
conocerá, y no hablo en vano,
en este infeliz anciano
a aquel alegre mocito...

Tras hablar estas cosas cual rezando
el noble y desdichado peregrino
se alza del suelo y al lugar mirando
permanece en silencio interrogando
a la impávida esfinge del destino.

Después coge el zurrón. Profundamente
suspira y por el árido y tortuoso
camino al fin el triste penitente
echa a andar hacia el pueblo lentamente
apoyado en su báculo nudoso.

Lo más mínimo al pobre le atormentan
los fríos de la tarde tan glaciales,
pues su cuerpo y su espíritu calientan
las ígneas esencias que alimentan
las ansias de sus santos ideales.

De sus santos y hermosos ideales
hinchidos de virtudes y de amores,
de justicia y belleza, con los cuales
llenar quiso los áridos eriales
de este mundo de músicas y flores.

Su suerte no pudo ser peor... En vano
su existencia gastó por Dios luchando
y hoy del mundo tan pérfido y tirano,
vuelve al pueblo natal pobre y anciano
a darle el adiós último llorando.

Y así evocando su infeliz pasado
al cabo de tan larga y triste ausencia,
sintiéndose hondamente emocionado
entra al fin en su pueblo el desdichado
con la más viva y cálida impaciencia.

Por el mismo camino tristemente
al pasar unas horas, bajo el peso
de su mal caminando lentamente
viene ya el noble apóstol de regreso.
Las nubes se han fundido y las estrellas
destacan en la altura sus fulgores,

y cual reina hermosísima entre ellas
va la luna luciendo sus primores.
¡Cómo invita a soñar el azul cielo!..
pero ¡ay! su corazón lleno de hastío,
de lástima y de pena, ve este suelo
como un horrible páramo sombrío
en el cual, a sufrir la penitencia
que más terriblemente al alma aflige
le condena con sádica inclemencia
el bárbaro destino que nos rige.
En noche tan incierta y dolorosa
para él todo es ingrato y torturante,
y este estado de su alma bondadosa
se observa fácilmente en su semblante,
pues el rictus de la íntima tristeza
que embarga a su cristiano corazón,
haciendo aún más augusta su belleza
marca en él claramente su impresión.
Ciego está para ver las cosas bellas
por ello en esta cruel noche de invierno,
son para él solamente las estrellas
brillantes agujeros del infierno,
y la luz tan diáfana y tan leve
que en los campos la blanca luna vierte
desde lo alto del cielo azul, la nieve
más nívea y helada de la muerte.
Duerme el pueblo en el valle, duerme ajeno
al dolor del anciano peregrino
al que solo por ser íntegro y bueno
castigara tan cruelmente el destino.
¿Qué culpa tiene él que la victoria

su adversa suerte siempre le quitara?
Ninguna, y digno es de que la gloria
con sus áureos laureles le nimbara.
Ello sabe y por eso es tan profundo
el dolor que en su espíritu fiel siente,
al verse condenado en este mundo
por el mal, a sufrir constantemente.
Jamás las miserandas ambiciones
las fuerzas de su espíritu impulsaron,
pues siempre en esta vida sus acciones
en las causas más nobles se inspiraron.
Nunca aspiró a la física opulencia
sino a la honra más alta el desdichado,
y a llegar al final de su existencia
pobre sí, pero en paz y respetado,
entre un coro espontáneo y sentido
de humildes y piadosas bendiciones,
en su pueblo natal, el dulce nido
de sus más peregrinas ilusiones.
Inspirar pena y lástima no quiere
por eso en su fracaso tan profundo
antes que así vivir en él, prefiere
extraviarse en los páramos del mundo.
Apoyado en su báculo ruidoso
sigue el pobre avanzando lentamente
y al llegar a la loma nuevamente
se detiene el anciano bondadoso.
Vuelve henchido de lástima al momento
su rostro hacia el lugar que tanto ama
para de él despedirse, y así exclama
con su más fervoroso y hondo acento:

Por fin pueblito en tu estancia
tan grata antes de morir
he logrado revivir
los júbilos de mi infancia.

Tanto en la ausencia sufrida
con este viaje he soñado
que ahora al verle realizado
veo sin objeto mi vida.

A rezar con fe cristiana
a tu Camposanto fui
y a hacer lo mismo subí
a la ermita de Santa Ana.

Lugar donde mi cariño
tiene su trono más santo,
por gozar y soñar tanto
mi alma en él cuando era niño.

Después de besar temblando
a Santa Ana, presuroso
de ese cerro tan hermoso
descendí y en ti ya entrando

en tu Iglesia grande y bella,
rememoré las venturas
tan deliciosas y puras
que en mi infancia gocé en ella.

Luego fui con pasos lerdos
andando por ti pueblito
entre un séquito infinito
de dulcísimos recuerdos.

Mi espíritu dulcemente
se embriagó de emoción
y se hinchó mi corazón
de júbilo ante tu fuente.

Con honda pena y cariño
soñé en tu alegre placita
y ante la humilde casita
que me albergó siendo niño.

Vi a tus mocitas hermosas
con sus cántaros marchando
hacia la fuente soñando
las más peregrinas cosas.

Me olvidé de mis pesares
tan hondos y dolorosos
al oír de tus jubilosos
quintos sus dulces cantares.

Delicias ¡ay! sobrehumanas
sentí hablando con tu gente
y escuchando nuevamente
repicar a tus campanas,

y paseando entre emociones
dulcísimas y gloriosas,
por tus calles tortuosas
y desiertos callejones.

Así por ti pueblo amado
anduve como soñando
y a la vez resucitando
de aquel lejano pasado,

la ilusión maravillosa
que con su gracia y fragancia
amenizara mi infancia
haciéndola tan dichosa.

Cumplida así esta misión
que tanto a mi alma consuela,
ya sola en la tierra anhela
calma y paz mi corazón.

Pues como al héroe vencido
tan sólo ya en este suelo
pueden brindarme consuelo
la soledad y el olvido.

El desventurado anciano
de bondadoso semblante,
queda callado un instante
mirando el pueblo lejano.

Sus músculos estremecen
las sensaciones más puras
y en sus pupilas oscuras
las lágrimas resplandecen.

Con su manto y su melena
hermosa el frío viento juega,
suspira y al poco agrega
esto con íntima pena:

¡Adiós queridas regiones,
mis verdes valles floridos
donde tuvieron sus nidos
mis cándidas ilusiones...

Donde de niño entreví
las místicas hermosuras
y en éxtasis las dulzuras
más hondas de Dios sentí!...

¡Adiós pueblo mío!... En ti nada
de mí ni de los míos queda,
pues en su constante rueda
la suerte más despiadada,

les arrancó sin clemencia
de ti para atormentarles
y al final la muerte darles
con la mayor inclemencia...

¡Adiós pueblo mío, adiós! Trunca
ya esta mi vida. Soy viejo
de cuerpo y de alma y me alejo
para no regresar nunca.

Sé que en yermo inclemente
la suerte más cruel e impía,
tras de angustiosa agonía
me hará morir prontamente.

Después, cuando en ignorado
sepulcro deshecho esté,
mi pobre nombre que fue
en vida tan despreciado,

siendo al fin reconocidas
sus obras tan bondadosas
coronarán con las rosas
de las honras merecidas,

cumpléndose así fielmente
la ley que el destino injusto
al ser sabio, humilde y justo,
impone implacablemente.

Pues a sus seres mejores
siempre honró el mundo malvado
después de haberles matado
con los tormentos peores.

Quise en la tierra implantar
a justicia y el amor
y de la misma alejar
a la envidia y al rencor.

Olvidado de mí mismo
viví contra el mal luchando
siempre ansioso y derrochando
honra, valor y altruismo.

Por eso sé que al morir
conocerán mis valores
y altos y justos honores
a mi nombre han de rendir.

Honores que aunque en verdad
me los dediquen a mí,
mi alma te ofrendará a ti
desde la alta eternidad.

¡Al morir!... Precio terrible
que impone la gran victoria...
Mas para obtener la gloria
de otra forma es imposible.

Es ley que nadie violar
puede. En constante sufrir
debe en la tierra vivir
quien quiera en la gloria entrar.

Estando llena esta tierra
de maldición e impostura,
de injusticia, de amargura,
de hambre, envidia, egoísmo y guerra

cual si fuera el más horrendo
antro de los penitentes
que en sus infiernos ardientes
Satanás tuviera, y siendo

tan torpe, sucio y bestial,
nuestro origen como ser
consciente, para poder
lograr el triunfo inmortal,

hay que hacer con la mejor
voluntad de sacrificio,
continuamente ejercicio
de la virtud y el amor.

En una lucha ejemplar
al dragón del egoísmo
y a la bidra del sensualismo
en el alma hay que matar.

Pues estos dos monstruos son
los que con su afán nefando
como nunca están llenando
el mundo de perdición.

Esto implica el padecer los que hambrientos de ideal
más angustioso y profundo, siempre van del bien en pos,
y por lo mismo en el mundo los que en verdad creen en Dios
sólo lo pueden hacer y en su justicia final.

Cesa de hablar. Sus ojos empañados
de lágrimas se seca y lentamente
con ellos de esos sitios tan amados
el pobre se despide tristemente.
Lóbregas nubes densas vanse alzando
en un desfile cauteloso y lento
y como cuervos negros van manchando
la azul diafanidad del firmamento.
Como gruta en los témpanos abierta
está fría la noche. Los olivos
retorciéndose inquietos en la incierta
extensión parecieran ser cautivos
fantasmas que agitáranse anhelando
romper sus invisibles ataduras
para andar por los páramos llenando
de pánico a las débiles criaturas.
Algunas nubes abren en la sierra
sus ígneas pupilas. Jubilosos
retozan los murciélagos. La tierra
poco a poco de espectros horrorosos
va inundándose en esta noche. El cielo
parece inmensa lápida. Los vientos
fríos combando los árboles al suelo
aullando como búfalos hambrientos
corren los campos áridos. Se agita
la tormenta y tragándose va ansiosa

por los cielos los áureos astros. Pita
con largo y hondo aliento la fogosa
máquina de un gran tren que velozmente
por los límites corre semejado
una enorme y diabólica serpiente
perdida, que de pánico temblando
se hundiera en las tinieblas del invierno
ansiosa, de en su océano infinito
hallar la boca roja del infierno
para hundirse con júbilo maldito
nuevamente en su bátrac. Violenta
empieza a retronar ya como estando
de cóleras henchida la tormenta
y sus truenos prolónganse llenando
de trémulos la noche sin sosiego,
mientras entre un fulgor incandescente
por sus sombras cual víboras de fuego
los relámpagos cruzan velozmente.
En esto el peregrino desdichado
tras mirar por vez última al querido
pueblito se santigua emocionado.
y cuando este acto santo ha concluido,
sin más vacilaciones al momento
después de suspirar profundamente
de espaldas ya al pueblito y cara al viento,
por el triste camino nuevamente
en esta obscura noche cuyos senos
engendran terroríficas visiones,
entre ardientes relámpagos y truenos
que rugen cual coléricos leones,
soportando en su espíritu agotado.

la cruz de su vencida ancianidad
con la cual sin clemencia le ha cargado
la más dura y cruel adversidad,
se aleja de esos sitios tan queridos
por el campo tan árido e inerte,
buscando cual los héroes vencidos
los íntimos consuelos de la muerte.

ANHELOS DE LO IMPOSIBLE

Un redentor noble y tierno
queriéndole redimir
de su horroso tormento
se hunde animoso y contento
en el satánico infierno
¿podrá el pobre de él salir?

Un sembrador simple y bueno
siembra un yermo con placer,
le achicharra el sol ardiente
pero él sigue alegremente
sembrando ¿el páramo lleno
de flores logrará ver?

Un soñador animoso
desde niño por el mar
busca el país del ensueño,
ya es anciano y aún risueño
recorre el mar proceloso
¿podrá ese reino encontrar?

Un candoroso cordero
se hunde en tupido encinar,
redimir al lobo anhela
y por su ideal se desvela
¿la índole del lobo fiero
podrá con su amor cambiar.

Que no logre el redentor
al infierno en calma ver,
que jamás vea florecer
el páramo el sembrador,
que el mar trague al soñador
y al cordero el lobo hambriento,
¡no importa! tal sentimiento
irradia luz tan divina
que es la única que ilumina
al lóbrego firmamento.

GRATITUD

Albas de rosa y de oro decoran mis mañanas,
la gratitud y el gozo las llenan de emoción,
y entre un triunfal repique de trémulas campanas
las dichas más brillantes, más íntimas y sanas,
inundan en torrente mi alma y corazón.

Criaturas de los predios tan bellos y queridos
donde nací y que nunca jamás volveré a ver,
amigos de la infancia para siempre perdidos
¡oh, cómo añoro aquellos dichosos tiempos idos
tan llenos de inocencia, de ilusión y placer!...

Doncellas y zagales que en mi época florida
llenasteis mi existencia de júbilo y color,
tanto os he recordado en mi azarosa vida
que en esta obra tan bella, tan íntima y querida
os pintaron mis versos con infinito amor.

La empecé amenazado por la muerte, implorando
a Dios que de mi angustia tuviera compasión
y vivir me dejara con ánimo hasta cuando
saciara el ansia lírica que me estaba abrasando
constantemente con su fuego mi corazón.

Dios me concedió esa gracia tan suplicada
y por ello impulsado por el deseo mejor,
exalté las bellezas de mi España adorada
y las de esa comarca natal tan añorada
cantándolas gozoso con religioso amor.

Los cuarenta y cinco años que estuve consagrado
a realizar esta obra, cumbre de mi ambición,
sin poder pensar otra cosa los he pasado
en tan noble y hermoso propósito enclaustrado
creándola día y noche con mística pasión.

Las dudas tenebrosas que oscurecían mis sendas
disiparon las luces de Dios con su virtud
y como tanto ansiaba, mi líricas ofrendas
florecieron en cánticos, romances y leyendas,
inundándome el alma de amor y gratitud.

Viendo como anhelaba mi obra concluida
ya nada turbar puede la azul serenidad
que siento, ni aun aquella idea antes tan temida
de partir de esta breve y misteriosa vida
en brazos de la muerte hacia la eternidad.

Me redimí por siempre de la angustiosa cuita,
mi fe y mi ilusión vuelan del bien máximo en pos
por ello con su esencia tan mística y bendita
mis lágrimas más puras desborda esta infinita
gratitud que mi alma sintiendo está por Dios...



